

Esther Tusquets

Confesiones de
una editora poco
mentirosa



Lumen

Confesiones de una editora
poco mentirosa

Esther Tusquets

Lumen

narrativa

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks

@lumeneditorial



@siguelumen



@editorial_lumen

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Para Teo

A veces un libro empieza por el título

No estoy segura de quién es el responsable de que yo esté ahora aquí escribiendo las primeras líneas de algo que puede convertirse en un libro que siempre creí que no iba a escribir, en primer lugar porque temía que no tuviera suficiente interés, y en segundo lugar, y era la razón definitiva, porque no me apetecía. «Porque tuve ganas», es la respuesta que dio en repetidas entrevistas Umberto Eco, aburrido de que le preguntaran por milésima vez el motivo de que se hubiera decidido a escribir una novela, y creo que ahí hubiera debido quedar zanjada la cuestión, aunque seguro que no fue así y le siguieron incordiando con la misma pregunta. En fin, el hecho es que, a pesar de mi fama de mujer dura que hace siempre lo que quiere —¡ya me gustaría que fuera a medias cierto!—, aquí me veo, tecleando las primeras líneas de lo que corre el riesgo de convertirse en un libro que siempre me dije que no iba a escribir, un libro sobre mis experiencias de editora.

Todo empezó hace unas pocas noches, en una cena de cuatro o cinco amigos, cuando, para animar una sobremesa que se anunciaba aburrida, empecé a contar algunas anécdotas de mi vida profesional.

—¿Ves? —me dijo mi hija Milena, que se ha iniciado hace poco como editora, lo cual implica, pues eso conlleva la profesión, que vive como editora todas las horas del día y sueña con libros la mayor parte de las noches—. Esto es lo que quiero que escribas para mí. No unas memorias solemnes, hablando de los grandes problemas y acontecimientos de la edición, sino estas pequeñas anécdotas que constituyen la vida cotidiana de una editorial y que cuando las cuentas tú resultan divertidas.

—Confesiones de un pequeño editor —apostillé, pensando en Azorín—, y tal vez podríamos añadir «poco mentiroso».

Y en cuanto lo dije supe que estaba perdida.

No solo porque Milena se precipitó a apuntar el título, como si se tratara de un encargo formal y no de una charla de sobremesa, en el bloc que tenemos junto al teléfono —donde sigue figurando en primera página y en solitario, porque nunca escribimos allí nada: seguimos anotándolo todo en

los márgenes de los periódicos del día que se tiran por descuido a la mañana siguiente o en minúsculos papelititos que nos apresuramos a extraviar—, sino porque darle nombre a algo equivale a dotarlo en cierto modo de entidad, y además el título me gustaba.

En muchas ocasiones, he dejado el título de mis libros para el final y he aceptado gustosa sugerencias y cambios (a no ser por José Batlló, *El mismo mar de todos los veranos* se hubiera llamado *Y Wendy creció*, y debo el título *Con la miel en los labios* a mi gran amigo y editor, Jorge Herralde), pero, en otras ocasiones, pocas, he escrito un texto tomando como punto de partida un título que previamente me gustaba, como en *La niña lunática* de Kokoschka, que me brindaba además la oportunidad de utilizar el bonito dibujo de la muchachita desmadejada e inquietante para la cubierta.

Confesiones de un pequeño editor me parecía un buen título, sobre todo porque el calificativo «pequeño» (que, sin embargo, finalmente he suprimido) no era accidental, no se trataba de falsa modestia, ni de que Lumen, por razones externas a nuestra voluntad, y frustrando posibles sueños de grandeza, se nos hubiera quedado chica. De hecho, hubiéramos podido intentar, al menos en dos ocasiones —con Mafalda y con las novelas de Umberto Eco—, dar el salto y convertirnos en una empresa mucho mayor. Pero, si me ha llevado tiempo estar segura de poseer una auténtica vocación de editora —debido en parte a que no fue una profesión elegida por mí y en parte a que no he terminado nunca de sentirme a gusto en el papel de empresaria—, sí he estado por el contrario absolutamente segura de que nada podía seducirme menos que dirigir una gran editorial, una gran industria con multitud de empleados, mucho capital en juego y cientos de títulos al año. Esto último, además, en un país donde se produce un extraño fenómeno, que debió de tener su origen hace un montón de años: la oferta no se ajusta en absoluto a la demanda, y se editan muchísimos más títulos de los que va a ser posible vender, lo cual abona mis sospechas de que, si bien la edición es, qué duda cabe, otro negocio más dentro del sistema económico general, no deja de ser, incluso para los ejecutivos más eficaces y menos propensos a veleidades románticas o de cualquier otro tipo, un negocio algo especial, y de que, contrariamente a lo que en ocasiones han asegurado, fabricar libros no es para nadie, o para casi nadie, lo mismo que fabricar otro producto cualquiera.

Pero, además, para mí fue siempre importante mantener una relación personal con cada uno de los títulos que publicaba. No solo, como se nos pregunta con frecuencia si hemos hecho, leerlos todos, sino seguir el proceso desde que nacen como idea, como mera posibilidad, hasta que encuentras los primeros ejemplares de muestra de la edición ya terminada encima de tu mesa de trabajo.

Me gustaba por encima de todo, claro está, elegir títulos y descubrir autores (existe un momento sublime en la vida del editor, que se produce, como los grandes amores, pocas veces, y que no guarda relación alguna con el aspecto comercial, porque ningún editor genuino, ningún editor de

raza, piensa entonces en los ejemplares que va a vender, y es aquel momento en que abres, acaso al azar, el original de un perfecto desconocido y te encuentras ante una obra importante: son estos raros momentos de éxtasis, de enamoramiento, los que compensan las dificultades y disgustos de una profesión dura y difícil, y los que me han hecho reconocer que he sentido en definitiva vocación por un trabajo que, si bien no elegí, he desempeñado con placer y a trechos con entusiasmo). Pero me ha gustado también mucho la vertiente artesanal de mi trabajo. Una de las ventajas del pequeño editor es participar en todo, hacer un poco de todo. Creo que he odiado un solo aspecto de mi profesión, que en consecuencia debe de ser el que peor he desempeñado: la promoción. Solo oír hablar de «argumentos de venta» me ponía enferma, sobre todo desde que me indicaron, muchísimos años después, cuando ya no era mía la editorial, que entre estos argumentos quedaba obviamente excluida la calidad e incluso el placer que la lectura de un libro pudiera proporcionar. Esto no interesaba por lo visto a nadie: si los argumentos de venta se relacionan con algo, es sin duda —y a mí, gran defensora, por otra parte, de los valores del medio, me parece aberrante— con la televisión.

El pequeño editor no puede, por lo general, entrar en subastas para conseguir los títulos que se suponen más vendibles, no puede montar premios millonarios que tienten a los archifamosos, no puede arrebatar autores a otro editor ofreciendo más dinero (alguien, que no se debe de interesar demasiado por los argumentos de venta, ni creer que los resultados económicos son los únicos que cuentan, afirmó que prefería haber editado el primer libro de un gran escritor que el último); el pequeño editor no puede permitirse la ordinariez de extender cheques en blanco. Y estas limitaciones me gustan. Me parece más interesante apostar por valores que has descubierto, que has ayudado incluso en ocasiones a crear, que por valores ya reconocidos. Establece una relación más rica entre autor y editor (los pequeños editores suelen creer más que los grandes en la importancia de esa relación personal autor-editor). Es más creativo, es mucho más emocionante. Parece paradójico comprobar con cuánta frecuencia las limitaciones, lejos de frenarla, estimulan la creatividad.

Y aquí estoy, pues, escribiendo lo que nunca creí escribir (¡he hecho, por otra parte, tantas veces, en el curso de mi vida, lo que nunca creí hacer!). Porque me lo pidió mi hija; porque me gustó lo de «pequeño editor», utilizado más que como limitación económica como opción ideológica; porque no quiero sentirme dudosa e incómoda cada vez que lea el título en un bloc de notas para ningún otro fin utilizado; porque se trata de una etapa cerrada y, cerca ya el final de la vida, cuando queda de hecho menos tiempo, a uno le parece que dispone de tiempo sobrado para todo; o tal vez, simplemente, porque ahora sí siento ciertas ganas de hacerlo, las suficientes al menos para intentarlo.

Una editorial franquista, religiosa y moralizante nos cae inesperada y, como corresponde, de los cielos

Siempre, desde muy pequeña, me habían gustado apasionadamente los libros. Quizá sería más exacto decir que siempre, hasta donde alcanza mi memoria, me había apasionado que me contaran historias: los fantásticos cuentos que relataban mi madre y sus hermanas, unas narradoras de excepción, las truculentas historias que nunca terminaba de entender del todo que se chismorreaban en la cocina y en el cuarto de la plancha, los inefables seriales de la radio de los años cuarenta, la fascinación del cine, pero sobre todo los libros. Leía, desde que aprendí a leer, a todas horas y en todas partes, con una pasión que no he recuperado con igual intensidad en ninguna otra etapa de mi vida. Decían que era como la niña de una película, creo que de Capra, que ni para contestar al teléfono soltaba el libro que tenía entre las manos.

Pero cuando tuve que elegir, dentro de la carrera de Filosofía y Letras, una especialidad, no me matriculé, como todos esperaban, en una sección de lengua y literatura, sino de historia. Quería que la literatura siguiera siendo puro placer, un placer incontaminado, y no un motivo de estudio ni algo relacionado con el trabajo. No me interesaba llegar a ser profesora de literatura, crítica literaria, sesuda hispanista. Lo único que me atraía era leer y escribir. Seguramente hubiera preferido colaborar en la universidad con mi profesor Jaume Vicens Vives —que murió pocos meses después de terminar yo mi carrera— que aceptar un empleo en una editorial.

Y entonces, el año 59, cuando acababa yo de licenciarme; mi hermano empezaba segundo de Arquitectura, junto con Lluís Clotet, su socio luego durante muchos años, que desempeñó un papel importante en los primeros tiempos de Lumen; mi padre compaginaba el ejercicio de la medicina con una agencia de seguros, y mi madre —eso lo sabe cualquiera que haya leído unas pocas páginas de mis novelas— era la mujer más capacitada y más desperdiciada que imaginarse pueda; entonces, pues, nos cayó de las nubes —o irrumpió en nuestra vida desde los infiernos, cualquiera sabe— una empresa de la que apenas habíamos oído hablar (recordábamos vagamente Oscar y yo que, de niños, papá nos traía unos cuadernos para colorear que editaba uno de nuestros tíos) y que

jamás se nos ocurrió iba a jugar un papel en nuestro reducido núcleo familiar: Editorial Lumen.

Sabíamos que el hermano mayor de la encopetada y ultraconservadora familia de mi padre, el reverendo Juan Tusquets, más tarde monseñor Tusquets, que había estado en contacto el año 36 con los militares amotinados y mantenía relaciones con Franco, había conseguido, al comenzar la guerra, huir a Burgos, y había iniciado allí una editorial de libros religiosos. Nunca llegué a preguntarle, quizá porque no me había planteado siquiera la cuestión, qué peregrina ocurrencia le había inducido a fundar, en plena contienda, cuando se luchaba en todos los frentes y la gente moría a mansalva y había sin duda cometidos mucho más apremiantes, una empresa de ese tipo. Tal vez temiera que, tras las nefastas enseñanzas ateas y librepensadoras (el término «librepensador», como la supuesta conjura «judeo-masónico-marxista», de la que hablaba mi tío en más de un libro, les estremecían de espanto) de los republicanos, se requerían urgentemente unos textos piadosos que devolvieran a la España eterna la fe de sus mayores y pusieran feliz término a tanto pecaminoso dislate.

La editorial se había trasladado después, terminada la guerra, a Barcelona. La dirigía el marido de una de mis tías —Guillermo Jurnet, que siguió trabajando con nosotros hasta una tardía jubilación—, la supervisaba tío Juan, el cura, y había invertido el dinero otro de mis tíos. La supercatólica familia de papá había constado de once hermanos, dos de los cuales, los menores, casi unos niños, se habían lanzado armados a la calle el 18 de julio, sin que se volviera a saber de ellos nunca más.

Lo cierto es que un día del año 59 llegó mi padre a casa a la hora del almuerzo y nos comunicó que, para hacerle un favor al hermano que poseía en aquellos momentos Lumen y que necesitaba capital para ampliar otro pequeño negocio, creo que de perfumes, se la acababa de comprar. Eran cuatro perras, y la empresa funcionaba por sí sola, a base de los textos de religión para todos los cursos de bachillerato, que tenían una salida anual fija y segura, y de un *best seller* curiosísimo, del que se vendían cientos de miles de ejemplares y que los distribuidores de distintas partes del mundo nos seguían pidiendo ansiosos muchos años después —y del que lamento no tener un ejemplar a mano—, *A Dios por la ciencia*, donde un jesuita, el padre Simón, demostraba, capítulo a capítulo, a base de hechos científicos irrefutables —por ejemplo, la sabia organización de las abejas, la hábil construcción de los hormigueros, la función de la clorofila o la absoluta imposibilidad de que el ser humano alcanzara algún día la luna—, la existencia de Dios, pues ¿quién, si no Dios, podía haber creado semejantes prodigios?

Lumen seguiría viviendo —explicó mi padre— de estos títulos, sin otro empleado que tío Guillermo, pero nos proponía, sobre todo a mí, que sacáramos todos los años dos o tres libros distintos, de los que de veras nos gustaban a nosotros, de esos que yo lamentaba a veces con extrañeza que, siendo tan interesantes, no los publicara nadie en español. Parecía una propuesta sensata. Todo parecía sensato. Una editorial franquista y piadosa, que unos parientes habían tenido

la peregrina ocurrencia de crear en Burgos durante la Guerra Civil, había caído de modo inesperado en nuestras manos, lo cual resultaba un poco contradictorio —porque los cuatro, incluida mi madre, éramos, no ya librepensadores o masónicos, sino resueltamente ateos, y una editorial fundada el año 36 para defender los valores de la España cristiana, reaccionaria y tradicional iba a convertirse en la década de los sesenta y de los setenta en una de las editoriales formalmente comprometidas en la lucha contra el franquismo—, pero no parecía en absoluto alarmante.

Lo imprevisible para todos, y sobre todo para mí, que presencié el fenómeno atónita y asustada, era que antes de que transcurriera medio año una familia tan aparentemente equilibrada como la nuestra se vería aquejada de una locura colectiva sumamente extraña y de difícil diagnóstico y curación.

Cómo una familia bastante normal pasa del *seny* a la *rauxa*

Todavía ahora, más de cuarenta años después, me maravilla lo que ocurrió entonces. Como he dicho, mi padre era médico; mi hermano cursaba segundo curso en la Escuela de Arquitectura, y dividía sus intereses entre la arquitectura y la pintura; yo había estudiado Historia y pensaba en la enseñanza como temporal salida de emergencia, porque, desde antes de tener pleno uso de razón, sabía con certeza que solo podían satisfacerme dos profesiones: novelista o actriz; mi madre, como todas, o casi todas, las mujeres de su clase y de su generación, no había trabajado en su vida. Y ninguno de los cuatro tenía ni la más remota idea de en qué consistía una editorial ni de cómo había que manejarla. En realidad, ninguno de los cuatro, ni siquiera mi padre —aunque poseía, gracias sean dadas a los cielos, un certero instinto comercial, un sentido común notable, un entusiasmo a prueba de bomba y una confianza desmesurada en cuanto hacían sus hijos—, sabía de hecho cómo se manejaba ningún tipo de empresa. (A lo peor ni se nos ocurrió que, aparte de otras cosas, una editorial era también una empresa.)

Se había hablado únicamente, los primeros días, de agregar dos o tres títulos elegidos caprichosamente por nosotros a la producción del año, y de dejar que el resto —llevado por nuestro tío Guillermo desde el minúsculo despacho que tenía Lumen en un almacén de la calle Rocafort, que conservamos siempre pero en el que no pusimos más allá de cuatro veces los pies— siguiera su curso, que prometía unos beneficios modestos pero segurísimos. ¿Qué ocurrió para que apenas tres semanas después se hubiera decidido abandonar los libros de texto de religión —incluido nuestro *best seller*: *A Dios por la ciencia*—, que se debieron de seguir vendiendo, supongo, aunque cada vez en menores cantidades, bajo pedido, eliminar de hecho todo el viejo catálogo y empezar de cero una nueva editorial, sin aprovechar de la anterior apenas otra cosa que el nombre —curiosamente solo los italianos lo relacionaban con el tema religioso— y el minúsculo almacén? ¿Qué había ocurrido para que mi padre dejara en gran medida la medicina, se ocupara cada vez menos de la agencia de seguros y dedicara cada vez más tiempo a los libros? ¿Para que yo dejara de pensar en distintas actividades laborales y entrara como empleada, de hecho como directora, en Lumen? ¿Para que incluso mi madre hiciera sus pinitos laborales? ¿Para

que mi hermano se encerrara horas y horas con Lluís Clotet —tenían apenas diecinueve años y nadie les había enseñado nada de diseño gráfico— a maquetar libros y colecciones (ya no se trataba de dos o tres libros caprichosos al año, sino de colecciones)? Yo había oído disertar a Vicens Vives sobre las dos contrapuestas pero coincidentes vertientes catalanas del *seny* (el sentido común que se nos atribuye sin titubeos en el resto de España) y la *rauxa* (un arrebató súbito y descontrolado, no exento de un punto de locura), pero no creí que me tocara vivirlas tan de cerca.

¿Qué chifladura provocó que casi de repente solo se hablara de Lumen, solo se planificaran actividades en función de Lumen, solo pareciéramos vivir los cuatro (los cinco, porque mi padre había incluido a mi primo Emilio Blay en la aventura) pendientes de Lumen? Las comidas familiares se habían transformado en sesiones de trabajo y los viajes constituían viajes de negocios.

El siguiente mes de octubre, cuando no habíamos sacado todavía un solo título de nuestra cosecha, nos trasladamos los cinco a la Feria de Frankfurt —el gran mercado internacional del libro, donde los editores compran y venden derechos de autor— y recorrimos con fervor los interminables pabellones, kilómetros y kilómetros de pasadizos, miles y miles de títulos. Tomamos montones de notas, acumulamos toneladas de catálogos, pedimos un montón de opciones de derechos y de precios de coediciones. Habíamos planeado empezar con libros infantiles y libros ilustrados, y habíamos acudido a la Feria decididos a descubrir el libro del año. Y lo descubrimos. ¡Vaya si lo descubrimos! Uno de los libros más hermosos y más sofisticados, y menos vendibles que se han editado jamás (aunque años después, agotadísima la primera y hasta entonces única edición —por supuesto en japonés, porque en Lumen nos habíamos limitado a incluir un encarte con la traducción al español—, se pagarían en el mercado internacional sumas espectaculares por un ejemplar). Nos lo comunicó Oscar entusiasmado: «¡He encontrado el libro más bonito de la Feria!». Y nos precipitamos los cinco al stand del editor japonés. Hubo suerte, no se nos había adelantado nadie, los derechos del libro estaban libres para el mercado español. *Muerto por las rosas*, del fotógrafo Eikoh Hosoe. En blanco y negro, con una impresión increíble en papeles opacos y mates, o en ocasiones traslúcidos, que permitían vislumbrar, prever, adivinar, las imágenes de las páginas posteriores. El modelo de las fotos era el novelista Yukio Mishima, que había escrito también el texto, muy breve.

Aquel primer año de Frankfurt compramos, además de *Muerto por las rosas*, algunos títulos para niños, por los que curiosamente tampoco se interesaba —salvo por los de *Topo Gigio*, que tal vez se salían un poco de lo que buscábamos— ningún editor español. Tendrían que transcurrir muchos años para que al llegar a la Feria del Libro de Frankfurt o a la Feria del Libro Infantil de Bolonia resultara que muchos de los títulos que nos interesaban, que caían de lleno en nuestra línea, y que empezaban por fin a tener un mercado, habían sido ya contratados, y para que los

editores más exquisitos de libros para niños dejaran de recibirnos, entre vítores y champán, como a esos «locos de Barcelona».

Regresamos, pues, de Frankfurt habiendo comprado el libro más hermoso de la Feria y un grupito de libros para niños que, salvo un par de excepciones, no se parecían en absoluto a los libros que yo veía en las menguadas secciones infantiles de nuestras librerías. Por otra parte, seguíamos sin tener idea de cómo funcionaban los distintos sectores de una editorial, y no entraba en nuestros planes contratar a alguien que sí la tuviera. En la vieja Lumen los libros religiosos se reimprimían de modo automático y se vendían por unos pocos canales especializados. Allí no podíamos aprender apenas nada. Y nosotros no sabíamos en qué consistía una resma de papel ni una cuatricromía; las técnicas de impresión y encuadernación constituían misterios insondables; los únicos críticos cuyos nombres nos sonaban eran aquellos de los que leíamos reseñas en *La Vanguardia* o en *Destino*, y ni habíamos oído hablar, ¡oh, feliz ignorancia!, de argumentos de venta y de promoción. ¿De cuántos ejemplares debía constar una edición? ¿Cómo demonios se fijaba el precio de un libro? Obviamente los libros se tenían que vender en las librerías, pero ¿quién los situaba en las librerías? El distribuidor que se había ocupado hasta entonces de los libros de Lumen solo abarcaba unos pocos comercios de textos escolares y religiosos.

La única norma de la nueva editorial, nuestra única decisión inquebrantable, era editar los libros que nos gustaran. Creo que no éramos conscientes de la insensatez en que nos habíamos metido. Nadie hubiera dado por el futuro de Lumen un duro. Y me parece que yo, que contemplaba atónita y despavorida aquel disparate, tampoco. Para sacarlo adelante hacía falta un milagro. Y hubo un milagro. Hubo varios milagros. No los merecimos —¿acaso merece alguien un milagro, y menos que nadie un ateo que ni siquiera cree en ellos?—, no los provocamos (como mucho los propiciamos, hicimos que fueran posibles). Pero a Dios y a las tierras de Tara pongo por testigos de que, cuando se produjeron, supimos aprovecharlos.

Primer encuentro con un autor importante: Ana María Matute

Empezamos la nueva Lumen con libros infantiles. Quizá me hubiera ilusionado más iniciar ya entonces una serie de narrativa, pero me parecía que el campo estaba cubierto, que había muchos editores que llevaban años publicando novelas de calidad. Y, sobre todo, que, si se pretendía romper moldes y arriesgarse con una literatura de vanguardia, era imposible competir con el mítico Carlos Barral, que había tenido, entre otras cualidades, el talento de congregar a su alrededor un equipo excepcional. Es preciso haber vivido —y recordarlo— lo que era la España de los cincuenta, de los sesenta, para calibrar lo que supusieron entonces colecciones como Biblioteca Breve y Biblioteca Formentor, o los premios que llevaban estos mismos nombres (en el Formentor, internacional, participaban, junto a Seix Barral, editores de la talla de Einaudi, Gallimard, Rowohlt o Grove Press). Casi un milagro que pudiera florecer en un país tan chato, tan depauperado material e intelectualmente, tan reprimido desde los organismos que detentaban el poder, un fenómeno tan insólito.

Pero además, contrariamente a la mayoría de los intelectuales y universitarios que me rodeaban, a mí los libros para niños me gustaban mucho y me parecían importantes. Tal vez uno tienda a considerar que debe ser importante para otros aquello que lo ha sido para él, y los cuentos que leí o que oí en la infancia han jugado un papel primordial en mi vida. No solo porque fueron —suelen ser para todos nosotros— el emocionante primer encuentro con la literatura, a partir del cual podemos empezar a amarla (o a no amarla: no considero un objetivo alcanzable ni imprescindible, ni siquiera primordial, que a todo el mundo le guste leer), sino porque me suministró un mundo imaginario sin el cual hubiera visto y entendido de otro modo el mundo que consideramos real. Sin Proust, yo no habría sabido lo que sé del amor, ni lo habría vivido del mismo modo, pero tampoco sin Andersen.

Considero, pues, y aprovecho la ocasión para decirlo, que el objetivo de fomentar la lectura corresponde al Ministerio de Educación y no al de Cultura. Una bobada derrochar el dinero del contribuyente inundando las ciudades de fotos de micos con un libro encima de la cabeza (más útil sería, en cualquier caso, gastarlo en libros para bibliotecas públicas). El gusto por la lectura se

adquiere casi siempre en la niñez, y me sorprende que parezca tan difícil inculcarlo. ¿Cuántos niños conocemos que se resistan, cuando les metemos en cama, a que nos sentemos a su lado y les contemos o leamos un cuento? ¿Cuántos los que no piden que lo repitamos o que agreguemos otro? ¡Qué pésimos narradores deben de ser muchos adultos (tal vez, antes de ser padres, habría que pasar un examen, demostrando, entre otras cosas menos importantes, que eres capaz de contarle a tu hijo un cuento), y, sobre todo, qué poco les debe de gustar leer a muchos maestros! Imposible transmitir el amor por algo que no se ama, y quizá tampoco a ellos, pobrecillos, les contaron historias en la cama cuando eran pequeños...

Era sorprendente —o a mí me lo parecía— la poca exigencia que regía en la España de los años sesenta para los libros infantiles. Había, claro está, destacadas excepciones —los cuentos ilustrados por Arthur Rackham (una de las grandes pasiones que comparto con Matute) publicados por Juventud o la colección de clásicos de Araluce, entre otras pocas—, pero el nivel general era deplorable. ¿Qué demonios compraban para sus hijos los padres que exigían para sus propias lecturas un alto nivel de calidad? ¿Por qué casi todos mis amigos, cultos e incluso apasionados por los libros, consideraban la literatura infantil un género menor y ponían en manos de los niños pura basura? (Arriesgándome a pasar por reaccionaria, me animaré a decir que no estoy segura de que no debe existir una mínima censura para los libros infantiles y que deba bastar el criterio, a veces aberrante, de los padres.)

Me pareció que era pura realidad, por una vez, ese tópico de que había ahí un hueco que llenar. Y, mientras Oscar buscaba en Frankfurt y en catálogos extranjeros álbumes ilustrados, programé una colección de textos literarios de calidad y de autores conocidos: clásicos o actuales, escritos o no inicialmente para niños, ya existentes o encargados especialmente para la colección. Me impuse dos condiciones: primera, los textos no debían mutilarse ni alterarse, se trataría de obras íntegras, no de versiones; segunda, los textos no podían ser aburridos. Cumplí bastante bien, no a rajatabla, con ambas.

La colección iba a llamarse «Grandes Autores para Niños», pero los vendedores dictaminaron que ningún niño aceptaría leer un libro calificado «para niños», y quedó en «Grandes Autores». Aunque los comienzos fueron durísimos, tendría una vida muy larga, e incluiría varios éxitos de ventas.

La primera persona a quien pensé encargar un libro fue Ana María Matute. Era uno de mis autores favoritos y había ganado hacía poco el Premio Nadal, entonces mítico, con una novela espléndida, *Primera memoria*. Además yo convalecía de un tifus providencial, sin dolores ni molestias ningunos (salvo la breve fiebre del principio), que había justificado cuarenta maravillosos días de cama, algo muy parecido a las anginas que me permitían de niña hacer novillos en la escuela. En aquel entonces (lejana todavía la siniestra e inevitable etapa de la lectura en diagonal y del solapeo), yo, si un autor me interesaba, comenzaba con su primera obra y

seguía sin interrupción hasta la última línea del libro más reciente. Leí, pues, a Matute de cabo a rabo.

Concertamos una entrevista, y allí se fue mi madre, nuestra flamante relaciones públicas y jefe de contratación, a negociar el acuerdo con Ramón Eugenio de Goicoechea, también escritor y marido en aquel entonces de Ana María, que administraba sus derechos. De hecho lo administraba todo, y la trataba con esa cariñosa condescendencia que se destina a alguien dotado sin duda de un talento especial, pero tan torpe e incapacitado para el común vivir que necesita perentoriamente del otro, porque no sería capaz de cruzar la calle sin que le atropellaran veinte automovilistas enloquecidos —ignoras, pequeñina, lo peligrosa que es la ciudad y lo muy mala que es la gente—, ni de cortarse las uñas sin que le sangraran los diez dedos —déjame a mí, bonita, que tú no sabes—, ni de hacer un simple café —cariño, recuerda que es preciso moler los granos antes de echarlos en la cafetera—, para no hablar de enfrentarse a los periodistas sin tenerte a su lado, de saber si participar o no y qué decir en un coloquio, y sobre todo de cómo deben manejarse los bienes materiales.

Me hubiera encantado asistir a la entrevista, que tuvo lugar en el piso recién adquirido de la calle Calvet, porque Ramón Eugenio había decidido por los dos que era el mejor modo de invertir el dinero conseguido por Ana María con el Nadal. Ramón Eugenio recibió a mi madre mientras se afeitaba. Muy a lo *enfant terrible* pero seductor, dispuesto a escandalizar a aquella incauta burguesa tontuela que se las daba de editora y a sacarle sobre todo una buena tajada. Era un tipo simpático, y confieso que, cuando le conocí, me cayó bien. Supongo que le enseñó a mi madre el piso, un poco como si se tratara de la visita comentada de un museo. (Días más tarde me lo mostraría a mí, y solo recuerdo que había una mesa enorme y suntuosa donde escribía él y una minúscula mesita arrinconada donde trabajaba, desafortunada, Matute; la prolija explicación de un pequeño armario de una madera muy especial y carísima, que parecía sacado de *Las mil y una noches* y sí debía de gustarle quizás a Ana María, a la que todo lo demás parecía importarle un pito, y la cariñosa advertencia de que debían molerse los granos de café.)

Mamá de tontuela no tenía un pelo y, aunque el hecho de que la recibieran en pleno afeitado le debió de parecer un tanto grosero, hacía falta mucho más que eso para escandalizarla. El acuerdo económico al que llegaron era seguramente un poco abusivo, pero tampoco tanto, o nosotros entonces no lo sabíamos, y quedaron citados para que a los pocos días tomáramos todos el té en nuestra casa y firmáramos el contrato.

Fue una velada curiosa, mi primer encuentro con Ana María, una de las personas del mundo del libro, de mi mundo profesional, a las que llegaría a querer de veras y con las que mantendría una amistad importante durante el resto, entonces todavía nos quedaba mucho, de nuestras vidas. Yo había encargado especialmente a la cocinera una tarta de manzana que le salía deliciosa, y ardía fuego en la chimenea. Mi madre y Ramón Eugenio charlaban por los codos. Ana María y yo no

abrimos la boca. Supongo que yo por timidez, y ella porque andaba camino de una obstinada huelga de silencio. Me pregunto si estaríamos esperando la previsible llegada de la Liebre de Marzo o el Sombrero Loco. Que, en cualquier caso, faltaron a la cita. (Más adelante descubriría yo que Ana María no solo sabía hacer un café, sino que era buena cocinera, y que, si bien la había conocido en una etapa de mudita enfurruñada, era asimismo una gran conversadora, realmente ocurrente y divertida. ¡Lo que habremos reído juntas a lo largo de tantísimos años!)

Yo, que era y soy un pelillo mitómana, pedí aquella primera tarde, les pedí a los dos, que me escribieran algo en un álbum de autógrafos que llevo desde niña. Ramón Eugenio, a quien se le daban bien las grandes frases, me puso: «Una página en blanco invita siempre a decir la palabra exacta. ¡Qué difícil! Apenas el silencio, entonces, vale algo». Ana María no suele esforzarse mucho en las dedicatorias —le dan, como tantas otras cosas, pereza— y cumplió con «un afectuoso recuerdo de su amiga». Pero años después cubriría una de las páginas del mismo álbum con un precioso dibujo en color, donde aparecía Astrid guiada por el Trasgo del Sur, ya en los míticos dominios del Rey Gudú.

Me parece curioso que Ana María no olvidara tampoco nunca aquella tarde, de la que me ha hablado muchas veces: la verborrea de su marido y de mi madre, tan mundanos ellos, la obstinada mudez de nosotras dos, y sobre todo la tarta de manzana, porque asegura que ningún otro editor ha hecho cocinar jamás para ella una tarta casera tan rica en celebración de una fiesta de no cumpleaños.

El libro —*El saltamontes verde*— se escribió, se publicó, quedó precioso, y con el transcurso de los años venderíamos de él muchísimos miles de ejemplares, pero, cuando tuvimos terminada aquella primera edición, en las librerías no lo aceptaban —lo consideraban, nunca he entendido por qué, poco comercial—, ni siquiera en depósito. Me parece que durante aquellos primeros meses las ventas más importantes de Lumen eran las que conseguía Marta Pessarrodona, futura poeta y ya entonces amiga, entre los viajeros que coincidían con ella todos los días en el tren que la traía y llevaba de Terrassa a Barcelona para asistir a las clases de la universidad.

¿Vale una imagen más que mil palabras?

Habíamos pensado, como he dicho, empezar con libros que incluyeran imágenes. Nos parecía un campo en España casi virgen, donde quedaba mucho por hacer, y en el que mi hermano Oscar y su amigo Lluís Clotet podían lucirse. Formaban parte de un curso de la Escuela de Arquitectura excepcionalmente brillante, congregado alrededor de un maestro de excepción, Federico Correa, que ya al empezar su segundo año les había introducido en el estudio que compartía con Alfonso Milá.

Federico tuvo curiosidad por conocerme, me invitó a cenar al restaurante Reno, una de sus últimas obras, y, ante mi sorpresa, me sometió a un exhaustivo interrogatorio acerca de en qué consistía ser editor. Tuve que explicarle, y he tenido que explicarlo luego muchas veces, que no consistía en tener una imprenta, ni un taller de encuadernación, ni una fábrica de papel, ni siquiera de medios propios de distribución o de unos grandes despachos: una editorial consistía, ante todo y en primer lugar, en una mera carpetita llena de contratos de derechos de autor —ser editor consistía en elegirlos y conseguirlos y apostar por esos libros—, y, en segundo lugar, en congregar a un grupo de colaboradores capaces de proponer títulos y colecciones, de aportar contactos, de sugerir ideas, algo que Carlos Barral, el gran seductor, había logrado como nadie.

Fue Federico quien me llevó por primera vez a Cadaqués. Era extremadamente generoso en las invitaciones a su casa y nos puso en contacto con un grupo de modelos, periodistas, fotógrafos, gente de cine, pintores, arquitectos, modistos, casi todos ellos izquierdosos y esnobs, más o menos pijos, muy distintos a los universitarios entre los que yo me había movido hasta entonces, que preludiaban lo que iba a ser la *gauche divine*, un mundo que yo desconocía (Federico y yo nos caímos bien desde la primera noche en el Reno, pero no dejamos nunca de sorprendernos mutuamente: nos sonaban insólitas, y por eso mismo muy divertidas, cosas que el otro decía con la mayor naturalidad) y que jugó un papel en los años iniciales de Lumen, más a través de mi hermano y de la que iba a ser muy pronto su primera mujer, Beatriz de Moura, que de mí.

En unos momentos en que acariciábamos la idea de hacer libros ilustrados; Barral utilizaba fotografías para las cubiertas de su Biblioteca Breve; se publicaban, sobre todo fuera de España,

hermosos libros de fotografía; se oía con frecuencia la ingeniosa y dudosa suposición de que «una imagen valía más, o decía más, que mil palabras», y todos defendíamos con fervor que el cine y la fotografía eran artes a tan justo título como las cinco artes tradicionales que habíamos heredado de la Antigüedad (que yo prefiriera un dibujito de Durero a toda la obra de Richard Avedon o Cartier Bresson —aunque me encantó publicar del primero una antología que reunía sus mejores imágenes, y del segundo un maravilloso *Nada personal*, con texto de James Baldwin— era una vergonzosa perversión a ocultar), se presentó un día en nuestra casa (la biblioteca de mis padres —donde se encendía la chimenea, se servían tartas caseras y bocadillos de jabugo, y se compartía el sofá con dos perritas dackel de pelo largo— seguía siendo la sede real de la editorial, aunque conserváramos el local desde donde tío Guillermo servía los pedidos) Jaime Buesa, un joven colaborador de *La Vanguardia*.

Nos traía un proyecto de libro: una serie de fotos de chiquillos de barrios marginales, para las que Matute había escrito unos textos brevísimos, muy hermosos, en la línea de *Los niños tontos*. Ramón Eugenio le había sugerido que nos lo mostrara. Era lo que andábamos buscando: palabras e imágenes en torno a un tema común. Libros nacidos de una colaboración lo más estrecha posible entre el escritor y el fotógrafo, donde se diera la misma importancia al uno que al otro (la realidad fue que se vendieron casi siempre por los autores de los textos y no por las imágenes), y donde el diseño desempeñara además un papel destacado. Nos proponían un libro concreto, *Libro de juegos para los niños de los otros*, y vimos allí toda una posible colección, que iniciaría su andadura, como la editorial, como Grandes Autores, con Ana María Matute.

Elaboré una lista muy extensa, muy ambiciosa, de escritores. Les escribimos. Casi todos contestaron y a casi todos les gustó la idea. Se trataba de textos breves, de unos libros especiales y distintos, y no recuerdo que ninguno de los editores habituales de los autores a los que recurrimos pusiera dificultades. Tampoco recuerdo haber tenido que tratar con ningún agente literario. No pretendo en absoluto que fueran tiempos mejores, eran tiempos distintos.

Entretanto, mi hermano había elaborado una lista equivalente de fotógrafos, con el mismo o mayor éxito inicial, porque hacer un libro y colaborando de igual a igual con un escritor famoso era para la mayoría de ellos el trabajo más sugestivo que cupiera imaginar. Y, junto con Lluís, se pusieron a trabajar en la maqueta inicial de la colección. Ninguno de los dos había cumplido veinte años ni tenía experiencia, pero creo que no me ciega la pasión —aunque quiero mucho a mi hermano, a mi adorable e insoportable hermano, y he sentido desde siempre debilidad por Lluís— si afirmo que llevaron a cabo un trabajo excepcional. No solo porque son dos de las personas con mayor talento que conozco, sino porque se trataba de una de las primeras tareas que acometían, lo cual aumentaba la ilusión que ponían en ella, y porque se daba para todos nosotros, en aquella etapa inicial de Lumen, una circunstancia especial y ambivalente: partíamos, para bien y para mal, de cero, y eso suponía torpezas, errores, pérdida de tiempo, pero también entrañaba la posibilidad

de llegar casi sin darnos cuenta a soluciones inéditas. «Eso no puede ser», decía yo, siempre más conservadora. «¿Y por qué no?», interrogaba Lluís con su aire más inocente, especialista Lluís en poner el gesto de quien no ha roto un plato en su vida. «Porque no se hace nunca.» Lluís se encogía de hombros. Oscar se encogía de hombros. Y se hacía. Eso sí, después de haberse discutido muchísimo, porque cada ínfimo detalle se discutía con Lluís durante horas o durante días (ganaba las batallas por cansancio del adversario: llegó a convencernos incluso de que no era preciso, *aunque se hiciera siempre*, que un libro llevara el título en cubierta, y sin título en la cubierta apareció el primer libro de la colección), y podía haber errores, pero no se debían nunca a la improvisación.

El punto más conflictivo iba a ser sorprendentemente el papel. La impresión de las fotos tenía que ser impecable y requería el mejor cuché. Hasta aquí no había discusión. Pero ¿y el texto? El texto sería casi siempre breve, iría por lo tanto en cuerpo grande, no presentaría problema de lectura. De hecho cualquier papel servía. Pero al decir «cualquier papel», yo no pensaba en una cartulina de embalaje, rugosa y de color grisáceo, ni remotamente proyectada para libros. ¿No servía? ¡Claro que servía! ¡Quedaba por ver si alguien compraría unos libros caros, libros de lujo, adecuados para regalo, impresos en esos papeles que se utilizan en los mercados para envolver las cerezas o las sardinas!

Palabra e Imagen, y aquí cierro esa historia, dio lugar a uno de los episodios más extraordinarios que tuvieron lugar en Lumen. Antes de que terminaran los años sesenta, cuando casi no se nos conocía, vendíamos con cuentagotas los títulos de Palabra e Imagen y los críticos no habían dado apenas noticia de la colección —cuyos diez o doce primeros títulos eran realmente extraordinarios—, salvo para comentar el conflicto del entonces escandaloso *Izas, rabizas y colipoterras* de Cela, recibimos desde Venecia un paquete que contenía un León de Bronce: nos habían concedido un premio al que no habíamos concursado, del que no conocíamos siquiera la existencia, el premio internacional a la mejor colección de libros o a la mejor revista destinada al cine o a la fotografía.

Cuando, tras más de treinta años, dejé la editorial, ese león fue uno de los poquísimos objetos que lamenté no llevarme conmigo. Aunque lo cierto es que mi ruptura final con Lumen no supuso, como cabría imaginar, como todos temían, excesivos duelos ni nostalgias.

Palabras, palabras, palabras...

Me llama la atención, al recordar aquellos años, lo muchísimo que hablábamos (sobre todo los hombres, porque las mujeres, en las reuniones de más de cuatro o cinco personas, teníamos que alzar la voz para que se nos permitiera meter baza). En Cadaqués, con Federico, se empezaba a discutir a la hora del desayuno —cuando no se te metía antes en la habitación— y ya no se paraba; las cenas en casa de los amigos se prolongaban hasta el amanecer (uno de los síntomas más notables del inicio de la vejez es que las cenas concluyan con creciente frecuencia a las doce o a la una de la noche); de los restaurantes terminaban echándonos porque iban a cerrar; nos conocíamos los locales donde, a puerta abierta o a puerta cerrada, podías permanecer la mayor parte de la noche y aquellos en que, tras una noche en vela, te servían mejor desayuno; y, por largos que fueran los viajes en coche, no daban tiempo para terminar unas discusiones que había que proseguir luego en las habitaciones del hotel.

Hablábamos sin parar, y nos divertía, y siempre teníamos algo que escuchar o que decir. Durante las peregrinaciones colectivas a Perpignan, para ver el muchísimo cine que entonces en España no se podía ver, no permanecíamos en silencio, excepto durante las proyecciones, ni para dormir. Hablábamos de todo (aunque casi nunca, tiempos felices aquellos, de achaques o dinero). De política, de arte, de los grandes dilemas de siempre —la muerte, el amor, el sexo, Dios—, pero también de temas intrascendentes, de sucesos del día, de nosotros mismos, de los demás. Chismorreábamos, criticábamos, decíamos maldades. Me pregunto a veces si los jóvenes de hoy hablan tanto como hablábamos nosotros, si les sigue quedando espacio libre para llenarlo con palabras. Me pregunto si hemos cambiado nosotros al hacernos viejos, o si los tiempos han cambiado también.

Pero, a pesar de que en la Barcelona de los años sesenta se hablaba mucho, no existe ni punto de comparación con lo que se hablaba en Madrid. A Madrid nos fuimos varias veces, buscando palabras para la nueva colección, y Madrid era un hervidero de palabras. Horas y horas en torno a las mesas de los cafés, quizá sobre todo del Gijón, pero también de otros. Nadie tenía prisa, nadie comentaba que había que madrugar al día siguiente porque esperaba tal o cual trabajo. Y, sin

embargo, todos hacíamos cosas, y muchos de ellos hacían cosas importantes, muchos de ellos tenían que ser forzosamente —basta considerar la extensión de su obra— trabajadores incansables. Se hablaba más o menos de lo mismo que en Barcelona. Solo que al hablar de política demostraban estar —y mucho más tras la muerte de Franco, en que todos nuestros amigos conocen a ministros, comen con políticos importantes, saben lo que le ha dicho fulanito a menganito en los pasillos de las Cortes— más en el centro de los acontecimientos, más cerca de los entresijos del poder, de lo que se cuece en el gobierno, y que en Madrid se hablaba, y se habla, muchísimo de toros. (Lo cual yo vivo, confieso que injustificadamente, con cierta incomodidad, y en un caso determinado —ante la insistencia de Javier Pradera, pasados todos de copas y de horas, en culpar a la catalanidad de mi falta de sensibilidad ante el flamenco y mi rechazo a la fiesta nacional— como una agresión.)

Viajábamos a Madrid en un dos caballos, nos alojábamos en una humilde pensión de un sexto piso de la calle de Alcalá, y encadenábamos aperitivo con un autor, almuerzo con otro, interminable tertulia de café con un tercero, cena en grupo, local de copas hasta el amanecer.

A Gloria Fuertes, que me gustaba como poeta, le pedí que escribiera unos cuentos infantiles para Grandes Autores. No lo había hecho nunca —había escrito, eso sí, versos para niños, pero no cuentos en prosa— y su *Cangura para todo* resultó un éxito.

Mi hermano tuvo charlas interminables, y escandalosas y muy divertidas, con Luis Berlanga —un hombre inteligente y encantador—, en torno a la posibilidad de hacer un libro sobre erotismo. Es curioso, y difícil de entender desde postulados feministas, hasta qué punto izquierdismo y pornografía, al ser objeto de una similar represión franquista, iban hermanados en la España de los años sesenta. Muchos de nosotros asistíamos a un espectáculo de *striptease* como si participáramos en un acto revolucionario: solo faltaba entonar, tras el último número del sofisticado y carísimo Crazy Horse, puño en alto, *La Internacional*.

Berlanga poseía una buena colección de libros y de objetos eróticos, y se discutía la posibilidad de elaborar a partir de ellos un libro que tuviera unas mínimas posibilidades de ser aprobado por la censura. A estas discusiones solía asistir Rafael Azcona, extraordinario guionista que había colaborado mucho con Berlanga y acababa de publicar una novela interesante, *Los europeos*, y con el que se proyectaba otro posible título para la colección. Le traté poco, pero le recuerdo como uno de los individuos más atractivos y con mayor talento que he conocido. Teníamos diálogos de este tipo. Él: «Es horrible. Mañana me voy a Ibiza con una chica». Yo: «¿Y qué ocurre? ¿Está mal la chica?». Él: «No. Es encantadora, inteligente, guapísima». Yo: «Pero ¿de todos modos, a ti no te gusta?». Él: «Muchísimo». Yo: «Entonces, ¿ella no te quiere?». Él: «Me adora... Será un desastre».

Hablamos con muchos otros autores con los que finalmente no llegó a realizarse ningún libro: Buero Vallejo, Alfonso Sastre (el proyecto era bonito: iba a escribir sobre fotos de distintos tipos

de manos), Jesús Fernández Santos. En casa de este último tuvo lugar una anécdota divertida, uno de esos rarísimos arranques de catalanidad que me dan a veces, pocas, en Madrid. A mí, que no bebo apenas otra cosa que Coca-Cola, me hablaron del chinchón, que yo no conocía; comentaron que allí se bebía mucho y en Cataluña no, y me ofrecieron una copa. Lo probé, creí morirme, pero pensé de repente en aquel chiquillo heroico que se inmoló haciendo retumbar el tambor por las montañas del Bruc y en los peces que llevaban estampadas en el lomo las cuatro barras por las aguas de todo el Mediterráneo, y me la zampé de un trago. Lo malo fue que, ante mi reacción, de hecho ante mi *no reacción*, la amiga que iba conmigo —que se llama Vida: volverá a aparecer cuando hable de Cela— y que sabe que no bebo, y menos bebidas fuertes, dio también un sorbo. Y gritó, escupió, me increpó, lloró... Claro está que ella es gallega y los peces de Galicia no han llevado nunca el escudo de su tierra por mar alguno.

Pero, aunque estos proyectos no llegaron a realizarse, sí fue resultado de nuestras idas a Madrid uno de los títulos más hermosos de la colección, *Neutral Corner*. El autor del texto, Ignacio Aldecoa, y su mujer, Josefina, nos invitaron a cenar a su casa. Josefina dirigía un colegio y también era escritora, aunque entonces publicaba con su propio apellido, Rodríguez, y solo años más tarde, ya viuda, adoptaría —con cierta sorpresa y cierto escándalo por mi parte, aunque creo entender ahora sus razones— el de Aldecoa. Fue una velada deliciosa, y los tres —Oscar, yo y creo que Lluís— quedamos fascinados. Eran jóvenes, inteligentes, divertidos, encantadores. Estaban —saltaba a la vista— enamorados. Tenían una niña de pocos años que se llamaba Susana y un perro que se llamaba Buda, integrado como un miembro más en la comunidad familiar.

Acordamos, aquella misma noche, que escribiría a dúo el matrimonio un Grandes Autores —Josefina envió enseguida su parte, pero Ignacio, aunque escribió en una carta de abril del 64: «Estoy terminando mi cuento, titulado “La isla de los sauces llorones” y te lo remitiré en un par de semanas. Tengo gran interés en que salgan juntos los dos cuentos, el de Josefina y el mío, en esta colección», no llegó a enviar nunca la suya—, que se hubiera llamado *Susana y Buda*. Tampoco llegó a hacerse un segundo título que Ignacio proponía para Palabra e Imagen: «Estoy seguro de que el tema de la pesca es excelente (¿pesca en general, pesca de río o de mar?) y que podría salir un libro espléndido. Naturalmente a mí me gustaría, o digamos que siento más inclinación, por la pesca en el mar. Pesca laboral y peligrosa, y algunas de cuyas facetas conozco bastante bien. Habría que elegir un fotógrafo, no solo bueno, sino además con cierta dosis de osadía». Acababan de regresar de Ibiza y contaron cosas de la isla que nosotros escuchábamos con la boca abierta y apenas podíamos creer que existieran en España (ni en ningún otro lugar): vestimentas estrafalarias, pluralidad de lenguas y de razas, desnudo integral, drogas consumidas o inyectadas en público, parejas o grupos follando en los parques y al borde de las avenidas. Además había en la isla, dijeron, unos perros magníficos, que elegían a sus dueños entre la gente que bajaba de los barcos, y, cuando tú te ibas, te sustituían sin dificultad. De modo que no era el humano el que

adoptaba al perro, sino el perro el que te adoptaba a ti.

Decidimos que había que viajar urgentemente a Ibiza. No sé cuántas veces en mi vida he decidido que había que ir a Ibiza, y no lo he hecho nunca, pero en aquellos años parecía que el tiempo daría para todo, que lo íbamos a hacer todo. También se proyectó mil veces que nos visitaran en Barcelona y también surgió siempre un imprevisto que lo impidió. La última ocasión en que les estábamos esperando, escribió Ignacio: «El asunto de que no pasáramos por Barcelona estuvo íntimamente ligado con la meteorología. A la vuelta de Niza nuestro avión de Alitalia no pudo efectuar el aterrizaje previsto a causa de la tormenta de nieve que se estaba descargando en la ciudad. Nos trajeron a Madrid, y nosotros nos quedamos. Siempre salimos burlados de nuestros proyectos de barcelonear».

Me sorprendió un poco que Ignacio propusiera un libro sobre boxeo. Pero el texto, los breves textos, son buenísimos. Y también lo fueron las fotos de Ramón Masats, gran fotógrafo catalán — amigo y compañero de otros dos grandes fotógrafos catalanes: Oriol Maspons y Xavier Miserachs — recién instalado en Madrid, en cuyo piso a medio amueblar conocí entre otros a Carlos Saura con su primera mujer. Las cenas, simpatiquísimas, en casa de los Masats también se prolongaban, claro, hasta el amanecer, y también se hablaba de todo lo humano y lo divino, pero con una variante: en casa de los Masats se montaban unas tan módicas como apasionadas partidas de póquer, la primera de mis timbas desde aquellas que jugábamos a escondidas de niños en los pueblos de veraneo. Cuarenta años más tarde, cuando vendí la editorial, alguien, que obviamente no me conocía demasiado, aseguró que había perdido Lumen en una partida de cartas.

El controvertido Camilo José Cela, de quien estuve a punto de llegar a ser amiga

En la lista de escritores para la colección Palabra e Imagen figuraban dos nombres insoslayables: Miguel Delibes y Camilo José Cela, ninguno de los cuales vivía en Madrid.

Para hablar con Cela viajé a Palma de Mallorca acompañada de dos amigas. Mitad trabajo, mitad placer. En mis cuarenta años de editora independiente no recuerdo haber realizado un solo viaje puramente de negocios y me parece que no hubo tampoco ninguno, o casi ninguno, en que hiciera eso que consideran tan saludable y que llaman «cortar con todo» o «desconectar», ninguno en que olvidara mi trabajo. Quizá sea otra característica del pequeño editor, que lleva siempre puesta su condición de tal, lo mismo que el escritor, que va de escritor por todas partes y a todas horas, aunque en aquellos momentos no esté escribiendo nada, aunque no tenga siquiera en mente la próxima novela o el siguiente poema, aunque no vaya a volver a escribir jamás. Y, por otra parte, estos momentos de teórica inactividad profesional pueden resultar especialmente fecundos: a veces surgen en ellos las ideas más inesperadas e interesantes.

Fuimos a Palma en invierno, fuera de la temporada turística. Nos pateamos a fondo la ciudad vieja, recorrimos en coche la isla de un extremo a otro (Vida —una de las dos amigas que me acompañaban, la que había armado un pequeño escándalo en Madrid al probar el chinchón que nos ofreció Jesús Fernández Santos— nos cantaba boleros por las carreteras junto al mar), visitamos la cartuja de Valldemosa y las cuevas del Drac, y nos hinchamos de arroces y parrilladas de pescado.

Después me presenté con Vida en la casa que tenía Camilo en aquel entonces.

Estaba convaleciente —no recuerdo con certeza si de una reciente intervención quirúrgica—, y nos recibió en cama, con aspecto desaliñado y con un tono adusto, muy propio de él. Charo, entonces su mujer, hacía cuentas o pasaba un texto a máquina en un rincón. (Es curioso la cantidad de mujeres de hombres ilustres de aquellos años a las que tengo que referirme como su esposa «de entonces», y a las que no reconocería al volver a encontrarlas casualmente tiempo después hasta

que se resignaran a precisar «soy la ex de fulanito»: pocas profesiones hay para nosotras peores y más inciertas que la de abnegada esposa de reales o presuntos genios.)

Y allí estábamos las dos, Vida y yo, de pie ante la cama, un poco intimidadas ante la presencia del insigne novelista y futuro premio Nobel. (Vida no dijo apenas nada, salvo en las frases en que establecieron y comentaron que ambos eran de Galicia, pero en el futuro, cada vez que le viera a él —y nos veríamos a menudo— me preguntaría por mi amiga, «la guapa galleguita cachonda de los ojos azules».)

Cela hizo algo que nos pareció insólito, algo que no había hecho ningún otro de los escritores, y eran ya bastantes, con los que nos habíamos entrevistado: habló ante todo y sobre todo y casi exclusivamente de dinero. Actualmente no nos llamaría la atención (de hecho, ahora negociaríamos a través del agente literario que llevara los derechos del autor, y la discusión se centraría, claro, en el aspecto económico), pero en los años sesenta era una rareza; en los años sesenta, para bien y para mal, se hablaba muchísimo menos de dinero. Quedamos, por tanto, sorprendidas las dos, y un tanto descolocada, yo.

Sin embargo, no solo se firmó poco después un contrato para tres libros, y salieron en Palabra e Imagen dos, sino que nos hicimos amigos, o estuvimos al menos muy a punto de hacernos amigos. Me constaba que su trayectoria política era turbia y estaba sujeta a todo tipo de sospechas; que era un tipo ególatra y desconsiderado; me molestaba su deliberada grosería, su vanidad, su grandilocuencia, su afán por acumular premios y honores, su obsesión —para mí ridícula— por el Nobel, y su afán —para mí, desmesurado— de dinero; me sacaba de quicio el modo en que trataba a los camareros y a los dependientes y a los taxistas, y en ocasiones a todo dios. Pero, sorprendentemente, no solo me divertía, sino que me caía bien. En gran parte, porque le consideraba, y le considero, un buenísimo escritor. No un gran constructor de tramas novelescas, pero sí un autor capaz de textos —como los que escribió para mí— impecables, en los que no sobra un adjetivo ni falta una coma, en los que no hay nada que corregir y en los que él, una vez entregados, no solía modificar nada. Y esto no es fácil, ni se da con frecuencia.

Además, yo fantaseaba que, tras aquella fachada hosca y dura, se escondía un tipo humano, capaz de mostrarse generoso, compasivo, quizás incluso capaz de gestos entrañables. Apoyaba esta imagen Concha Alós, que insistía en que se había comportado con ella como el mejor de los amigos. Y también Ana María Matute, porque, en uno de los momentos más duros de su vida y más conflictivos de su relación matrimonial, Cela la había acogido por tiempo indefinido en su casa, junto con su hijo Juan Pablo, entonces muy pequeño, y había estado con ellos encantador. Y además, no solo le gustaban los animales, sino que era capaz de compadecerse de ellos, y esto, para mí, significa algo.

A veces hay detalles nimios que afectan desmesuradamente la imagen que me forjo de alguien. Y las dedicatorias de las dos ediciones del libro de poemas de Camilo, *Pisando la dudosa luz del*

día —que luego reeditaría Lumen en El Bardo—, me parecían reveladoras. Reza la primera, de 1945: «Dedico este libro a los muchachos que escriben versos a los veinte años, los copian cuidadosamente en el mejor papel y los encuadernan luego con primor: preocupadamente, obstinadamente. Hacia ellos está inclinada mi mejor y más sincera simpatía». Y la segunda, de 1960: «Dedico este libro a los muchachos que tienen ahora veinte años; los de entonces ya no me importan. Al hombre, salvo luminosas y señaladas excepciones, lo constituyen los años, la convivencia y la amarga lucha por la vida. Dedico este libro a los muchachos de veinte años que escriben versos, los copian amorosamente en el mejor papel y los encuadernan luego con un feroz primor. Siento por ellos un hondo y doloroso respeto».

Así pues, nos hicimos bastante amigos, y durante un tiempo, cuando Cela pasaba por Barcelona, solía enviarme antes una carta o un telegrama. «Te espero en el Arycasa (después sería en el Colón) el día tal a la hora cual. Un abrazo. Camilo.» Y allí estaba yo, puntualísima, el día tal a la hora cual. Si la cita era por la mañana, le acompañaba en mi coche a hacer recados —alguno interesante: me divirtió, por ejemplo, ir a encargarle una encuadernación para un personaje importante, creo recordar que de la familia real española, al mítico Brugga—, después comíamos en el restaurante del hotel, atendidos por un *maitre* y por unos camareros ansiosos, ilusionados, solícitos, y a continuación subíamos a su *suite* y daba comienzo el espectáculo.

Cela se ponía cómodo, pedía algo de beber y empezaban a desfilar personajes variopintos: periodistas, fotógrafos, escritores, amiguetes, hispanistas estudiosos de su obra, chicas guapas... A algunos yo les conocía; a otros, no. Algunos se despedían, o les despedía abruptamente Cela, al cabo de unos minutos; otros se apoltronaban allí como yo misma, horas enteras, charlando y tomando copas. Él peroraba, narraba historias, respondía de mejor o peor talante a las preguntas, según le parecieran más o menos tontas y le cayeran más o menos gordos los tipos que las formulaban, alternaba frases brillantes con frases brutales —en ocasiones las más brillantes eran asimismo las más brutales—, decía maldades, contaba anécdotas escandalosas... Una velada entera transcurrió cantando coplas obscenas e irreverentes. La verdad es que yo me lo pasaba en grande.

Cela nos proporcionó el primer modesto éxito de ventas de la editorial. Oriol Maspons, del que nos habíamos hecho muy amigos, nos trajo a otro fotógrafo, Juan Colom, un curioso individuo que se había pasado años deambulando por el barrio chino barcelonés y fotografiando a escondidas a las prostitutas, sin que ellas lo advirtieran, con la cámara oculta bajo la ropa, o sea sin mirar por el objetivo (ahora firma Joan, ha celebrado una importante exposición retrospectiva y ha recibido el Premio Nacional de la Generalitat). Eran unas imágenes tremendas de unas mujeres terribles, hundidas en el último peldaño de la miseria, patéticas algunas hasta rozar la monstruosidad. A Cela le gustaron las fotos, y escribió unos textos, muy buenos, absolutamente ceñidos a las imágenes, tan patéticos y descarnados como ellas. Algunos los consideraron despiadados y

ofensivos, pues se trataba —y lo mismo ocurría con el otro título de Cela, *Toreo de salón*— de personajes reales, perfectamente reconocibles, y se decía, en efecto, de ellos cosas sangrantes. La única iza atractiva y joven —una muchacha vestida de blanco y en distintas poses— presentó una demanda, pero nadie compareció en el acto previo de reconciliación ante el juez y todo quedó en agua de borrajas. (Maspons asegura —yo no lo recuerdo— que le enviamos de espía para sonsacar a la rabiza y saber cuáles eran sus pretensiones...)

En cualquier caso, yo estaba convencida de que *Izas, rabizas y colipoterras* no tenía ni la más remota posibilidad de pasar censura, al menos sin un montón de cambios y supresiones. No obstante, Cela nos indicó que le remitiéramos toda la documentación, y que él haría personalmente el trámite en Madrid. «Claro que hay esperanzas, y muchas, con las *Izas*. Pronto sabremos algo», respondió ante mi escepticismo. En septiembre del 63 recibimos la autorización de censura, salvo para la cubierta y una foto, que fueron aprobadas pocos meses después. Creo que la amistad de Cela con Fraga, gallego como él, jugó un papel importante. El libro se editó íntegro en el 64. Era inconcebible en la España de aquellos años, ocasionó un escándalo, en algunas librerías se negaron, por razones morales, a venderlo, y constituyó, como he dicho, el primer pequeño *best seller* de un pequeño editor. En aquel entonces, en uno de los viajes a Madrid, habíamos encontrado milagrosamente a un distribuidor, el primero, al que le gustaron nuestros libros. Vio posibilidades de venderlos y se hizo cargo de la distribución en Madrid. Era un chaval, todavía no había terminado la mili, un tipo muy listo que vendía libros de cine y tenía una novia tan lista como él, y además muy guapa. Se estableció muy pronto una amistad y una lealtad que duraría para siempre jamás. Y su ayuda ha sido inestimable a lo largo de más de cuarenta años. Él se llama Miguel García; su mujer, Mari Paz, y la empresa se llamaba entonces Visor Libros.

El otro título de Cela, *Toreo de salón*, partía de las fotos que había sacado Maspons a unos pobres rapaces que soñaban con llegar a toreros y se entrenaban en el parque de Montjuic. Aquí sí, más que en el libro de las putas, eran los textos ofensivos y groseros, demolidores. Y, si Colom había sacado las fotos a hurtadillas, Maspons se había hecho amigo de aquellos chicos. Pedimos, pues, a Cela, que eliminara los términos más sangrantes de dos de los textos.

Respuesta: «Culpo a Oriol Maspons, y a vosotros subsidiariamente, de no haber trabajado con seriedad. A mí se me dieron unas fotos tópicas para que, sobre ellas, escribiera un texto literario, cosa que hice. Me esforcé en mi tarea, puse mis cinco sentidos al servicio del texto, como siempre procuro hacer, y ahora me encuentro con que mi labor requiere una poda cuyo origen es la frivolidad ajena. Si *Puer Tarraconensis* es amigo de Oriol Maspons, ¿por qué este no se acordó a tiempo? Es demasiado cómodo esperar a que el prójimo trabaje para después, sobre el trabajo del prójimo, hacer objeciones amistosas o pintorescas o legales. Además de cómoda, esa actitud no es propia de un profesional y hiede a amateurismo y a improvisación».

Cela propuso que Maspons hiciera firmar a los torerillos un papel que nos cubriera legalmente.

Y creo que así se hizo. Me avergüenzo todavía hoy de haberme prestado a ello.

Mi amistad con Cela siguió, aunque deteriorada, todavía un tiempo. Hasta que él participó en una nueva editorial, Alfaguara, y quiso publicar toda su obra en ella. Con Lumen tenía firmado un contrato para tres títulos, de modo que nos debía uno. Lo reconocía así, pero nos advirtió que se acogería al pretexto legal de que habíamos incumplido nosotros el contrato —al no haber inscrito los dos títulos ya editados en el registro de la propiedad intelectual— para no tener que escribir el tercero. A mí me daba casi lo mismo ese tercer libro —nunca, en cuarenta años, he editado a un autor que no quisiera editar conmigo—, y hubiera entendido y aceptado sin problemas que prefiriera publicar en su propia empresa, pero el modo de plantearlo era burdo y feo, y las cartas donde lo exponía no eran las cartas que se escriben a un amigo.

Así pues, no protesté, ni recurrí, ni me quejé. No dije nada. Tampoco dejé de tratarle en público. Pero cuando me citó, en su siguiente viaje a Barcelona, tal día y a tal hora, en el Colón, decliné la invitación. No hubo más recados mañaneros en mi coche, ni almuerzos en el restaurante del hotel, ni gloriosas y disparatadas veladas en su suite. Ni siquiera fui a visitar la fastuosa mansión, llena de obras de arte, que se había construido en Palma.

Era un buen escritor, pero detrás de la aparatosa fachada no había —dijeran lo que dijese Alós y Matute, y por mucho que le gustaran los animales y que fraternizase con los jóvenes poetas aún no prostituidos por la vida— un ser que humanamente pudiera interesarme.

Delibes, Castilla, las perdices rojas

A Delibes le escribí también pidiéndole un texto para Palabra e Imagen. Se mostró interesado y propuso como tema la caza de un ave que corría al parecer peligro de extinción, la perdiz roja. ¡A los autores elegidos por mí se les ocurrían unos temas —el boxeo, los toros, las putas, la caza— que no podían sorprenderme más ni gustarme menos!

Delibes argumentaba: «Creo sinceramente que dada la creciente [?] afición a la caza en el país y la desahogada posición de muchos de sus cultivadores, el libro puede alcanzar una buena venta» (el interrogante es mío, pues nada puede sorprenderme tanto como que aumente esa «afición»). Hablaba en su propio interés —no compartía la pasión de Cela por el dinero, pero tenía ya cinco hijos que mantener y le llevaría todavía tiempo poder renunciar a su cargo de director de *El Norte de Castilla* para dedicarse exclusivamente a la literatura—, pero también hablaba en el nuestro.

A Miguel le importaban los demás (le han seguido importando), y cuando, en nuestra primera entrevista, Oscar le dijo que no nos interesaba lo que se iba a vender, sino lo que a él le apetecía escribir, comprendió sin duda que se hallaba ante unos jovencuelos tan bien intencionados como insensatos, y empezó enseguida a inquietarse por nosotros y por nuestras dudosas posibilidades de supervivencia. (He pensado a menudo que la única persona que creía en la supervivencia de Lumen, y que por consiguiente la hizo posible, era nuestro padre.) Delibes se preocupaba entonces y se sigue preocupando cuarenta años después por los demás, es un amigo de lealtad inquebrantable y posee esa cualidad hoy tan devaluada —tal vez por el abuso que se ha hecho de la palabra— que llamamos solidaridad. Podríamos decir que Delibes es un hombre bueno, pero precisando que eso no significa que sea un hombre inocente, ni fácil, ni que haya tenido jamás una imagen amable del mundo y de la gente. Ni siquiera en su religiosidad me parece Delibes complaciente. Y creo que Ángeles, su mujer, ejercía, entre otras importantes funciones, la de suavizar y mediatizar su contacto con la realidad.

Decidimos, pues, hacer un libro que se llamaría *La caza de la perdiz roja*, y cuyas fotos encargáramos a Oriol Maspons, uno de los tres fotógrafos catalanes a los que ya me he referido: Oriol Maspons, Xavier Miserachs y Ramón Masats. Oriol había pasado un tiempo en París, había

dejado un buen empleo en los seguros para dedicarse a la fotografía, andaba loco por las chicas guapas (seguro que él las denominaría de otro modo) y las retrataba mejor que nadie en nuestro país. Hizo tres libros para Palabra e Imagen —el de Cela, el de Delibes y *Poeta en Nueva York*, de Lorca— y las fotos de uno de los libros más hermosos editados en Lumen, *Arquitectura gótica catalana*, con texto de Alexandre Cirici. A través de Oriol conocimos a Joan Colom, cazador de izas, y a Colita, que trabajaba en su estudio, llegaría a ser también más tarde una excelente profesional, y nos ilustraría un precioso cuento de Juan Benet, *Una tumba*, y un libro de flamenco con texto de José Manuel Caballero Bonald. Xavier Miserachs había abandonado, con gran desconsuelo de su padre, la carrera de Medicina en último curso para consagrarse por entero a su vocación, y le correspondió hacer para nosotros una tarea difícil —poner imágenes a un estupendo relato de Vargas Llosa, *Los cachorros*—, de la que salió más que airoso. En cuanto a Ramón Masats, se había trasladado hacía poco a Madrid con su familia (al piso a medio amueblar donde jugábamos al póquer algunas noches), por una razón que nunca acabó de convencerme: aseguraba que no quería vivir en la misma ciudad que los otros dos, tan amigos y tan buenos profesionales, para que no surgieran conflictos de competencia. Nos hizo el libro de Aldecoa y el segundo de Delibes, del que hablaré enseguida. Firmamos también el contrato de un libro muy ambicioso sobre España, que luego desistió de hacer y del cual nos devolvió el anticipo, cosa inusitada, porque el anticipo que ha cobrado un autor no suele devolverlo nunca.

A Valladolid viajé de nuevo, esta vez con Oriol. Entre Miguel, Ángeles y yo se había establecido de inmediato una buena relación. Eran, como ya he dicho, buena gente, eran cariñosos, eran simpáticos, eran hospitalarios. El pesimismo de él, su irreparable nostalgia, su desacuerdo con la época en que le había correspondido vivir («Cada día estoy más convencido de haber nacido fuera de tiempo —me escribiría en una carta—. Yo debí ser mi bisabuelo o algo por el estilo. De este retraso yo no tengo la culpa, pero sufro las consecuencias. En mi anhelo de evadirme de mi tiempo, me refugio en la zarzuela y cosas por el estilo...»), sus temores y sus obsesiones, quedaban compensados por la vitalidad, el buen humor, el sentido común de Ángeles. Parecía una de esas mujeres que, si el mundo por accidente se parara, sería capaz de ponerlo de nuevo en marcha (que la muerte la parara prematuramente a ella, tan necesaria para los suyos, fue un contrasentido, un despropósito).

En ningún momento era a mis ojos tan evidente lo mucho que Ángeles quería a su marido como cuando se burlaba cariñosa de sus preocupaciones y sus manías, se reía de sus temores, banalizaba sus ansiedades. (Era un amor inteligente: de hecho me he preguntado muchas veces si puede existir un verdadero amor que no requiera una considerable dosis de inteligencia.) Se rio del berrinche que sufrió Miguel cuando le rechazamos un librito de dibujos. Escribiría él, en broma pero desilusionado: «¡Qué gran libro os habéis perdido!». Y comentaría ella: «En el fondo, lo que le hubiera gustado de verdad es ser dibujante».

También fue Ángeles quien tiempo después prometió enviarme, caso de encontrarlo («utilizamos esos papeles para cualquier cosa, muchas veces para envolver la merienda que llevan los niños al colegio»), el original manuscrito —Delibes escribía a mano, y sigue escribiendo a mano la mayor parte de su correspondencia, en una letra paulatinamente más enrevesada— de *La caza de la perdiz roja*, que guardo como oro en paño. (¡Ni loco y borracho se le podía ocurrir a Cela regalar algo semejante!)

En este segundo viaje mío a Valladolid, se había iniciado la temporada de caza y Delibes debía orientar a Maspons sobre el modo de enfocar la parte fotográfica del libro. (Aunque esto quedaba para cuando yo me marchara, porque nada más lejos de mi intención que lanzarme a caminar por los campos de Castilla asesinando perdices.)

Es curioso que Miguel, que consideraba a Maspons un excelente fotógrafo, le había propuesto para el libro y quedó satisfecho del resultado final, estuviera tan receloso respecto a su trabajo. «Tengo un poco de miedo a Oriol —me escribe—. Acepto que el libro no sea solo para cazadores, pero que tenga en cuenta que de ningún modo debe ser solo para fotógrafos... Hay fotos estupendas, pero me temo que se nos vaya un poco por el virtuosismo abstracto de las plumas de perdiz.» Y: «La verdad es que no me explico lo que ha hecho Oriol en Albacete hasta el día 23 de febrero cuando la veda de la perdiz se cerró el día 4. Supongo que las habrá estado persiguiendo desde un coche...».

Antes de que yo me marchara, pasamos un día Miguel, Ángeles, Oriol y yo en su casa de campo, tan importante en la vida de los Delibes. Paseamos un rato; discutimos el libro; Oriol recogió kilos de unas setas exactas a nuestros catalanes *rovellons*, que, pese a sus desesperadas protestas, Miguel le obligó a tirar por si eran venenosas; comimos al aire libre (los Delibes, pasándose de amables, alabaron mis huevos fritos como si se tratara de un complicado manjar de alta cocina). Después, al tibio sol de una espléndida tarde otoñal, la charla devino perezosa, hasta agonizar en el silencio, y viví uno de esos raros momentos en los que no acontece nada especial, pero que están henchidos de una paz perfecta, de una mágica plenitud, como el que experimenta el caballero de *El séptimo sello*, haciendo algo tan nimio como comer en la soledad del bosque unas fresas, junto a la pareja de jóvenes titiriteros y su bebé, a los que poco después salvará la vida jugando una partida de ajedrez con la muerte.

Miguel debió de sentir algo similar, porque pocos días más tarde escribiría: «Como buen asténico, voy de la exaltación a la depresión muy a menudo. Y para combatir esta, nada tan adecuado como una charla reposada, como aquella que mantuvimos (al sol, como dos lagartos) en el monte».

Para Miguel, Sedano es un refugio; el campo, una vía de escape. Me escribió también (en aquellos años nos carteábamos mucho): «Ya sé que el ideal de nuestro tiempo es uniformar las mentalidades. El arte, por otro lado, se obstina en destruir el sentimiento. Total que uno apenas

tiene escape. El campo es una de las pocas oportunidades que aún restan para huir».

El libro de la perdiz dio lugar a mi primera pelea profesional. (Si considero que he desempeñado durante más de cuarenta años un trabajo que se presta a conflictos, que he ocupado como pequeña editora un puesto de cierto poder y que he tratado con muchísima gente, alguna complicada —los autores suelen ser susceptibles y en ocasiones difíciles—, pienso que he tenido muy pocas, seguramente porque me ponen literalmente enferma. Y ahora no queda por mi parte en pie enfado alguno, ¡me parece ridículo mantener enojos y rencores tan cerca del final, cuando casi nada de cuanto haya acontecido a nivel personal importa demasiado! Pero entonces yo tenía veintitrés años y me tomaba muchas cosas a la tremenda.)

Esperábamos con ilusión que saliera la crítica de la *Perdiz* en la revista *Destino* (Ediciones Destino publicaba prácticamente toda la obra de Delibes), enviamos para ilustrarla una de las fotos de Maspons, y la publicaron en un reportaje donde se hablaba de Delibes y de otros libros suyos de caza, pero ni se citaba el nuestro. Monté en cólera y mantuve una violentísima conversación telefónica con Vergés, director de Destino. Es posible que incluso le colgara el teléfono. En la correspondencia que recientemente se ha publicado me acusa de «reaccionar como una histérica». Y Delibes le dice: «Nada me duele tanto como ver a dos amigos míos enfrentados... Sinceramente creo que en este asunto de la foto no tienes, en principio, la razón. Yo te envié esa foto para que ilustrara la crítica del libro de la *Perdiz*. Has anticipado su publicación sin poner el nombre del autor y lo menos que merecía Esther era una explicación... Claro que no se trata de pagar X o Z por esa foto [lo que más me había ofendido a mí era que Vergés se ofreciera desdeñosamente a zanjar de ese modo la cuestión] sino del hecho de haberla publicado fuera del tiempo y del sitio que Esther y Maspons esperaban».

Delibes, que rinde un culto inmenso a la amistad, estaba desolado. Me consta que su relación personal con Vergés le ha hecho rechazar ofertas millonarias, y es, que yo sepa, el único autor importante y de éxito que ha seguido publicando toda la vida en la misma editorial y que no tiene agente literario: gesto muy hermoso pero carísimo. Su amistad conmigo le ha llevado, entre otras muchas cosas, a ceder generosamente un libro para la nueva editorial que acaba de crear mi hija, *Tres pájaros de cuenta y tres cuentos olvidados*, asegurando además: «Me encanta y rejuvenece volver contigo y con tu hija al alcanzar la última curva del camino, que diría Baroja. A ver si el librito queda bien, pues, salvo un milagro, no tendrá otros detrás».

Un tiempo después, nos reconciliaríamos Vergés y yo con un cordial, que no afectuoso, apretón de manos, orquestado por Miguel en un festejo literario donde los tres coincidimos.

La caza de la perdiz roja fue un éxito —tal vez sí fueran los cazadores en definitiva buenos compradores de libros— y decidimos hacer otro título para la colección. Delibes nos propuso unos textos sobre Castilla, que se habían publicado en edición de bibliófilo, hermosa pero de tirada limitada, acompañando diecisiete grabados de Jaume Pla.

Escribe en marzo del 62: «Ya sabes, es el mamotreto de los grabados que te enseñé. Julián Marías, Laín Entralgo y varias personas más creen que es lo mejor que he escrito. Esto aparte (aparte también mi debilidad por estas narraciones), me parece de interés *inmortalizar* en un bello libro la Castilla de hoy, una Castilla que se nos va un poco cada día. Por una u otra razón, me temo (yo no debería decir esta monstruosidad, pero decir lo contrario sería insincero) que la Castilla de la siembra a voleo, el arado romano, los gañanes con traje de pana, la trilla con yuntas, los carros hundidos en el barro hasta los cubos, etcétera, durará ya pocos años. Es tremendo, pero cada vez que en la soledad de los páramos oigo trepidar el motor de un tractor se me hiela la sangre. Esto (dicen y hay que creerlo) es el progreso. Y uno debe esforzarse por que estas pobres gentes sean redimidas. Pero ni con toda esta buena intención por delante puedo evitar la melancolía cuando imagino los tesos (pelados hoy) cubiertos de bosques y las hazas borradas por los tractores. ¡Ah, Dios, las máquinas!».

El libro, *Viejas historias de Castilla la Vieja*, es muy hermoso, y espléndidas las fotos. Pero Masats da en ellas, o eso me parece a mí, una imagen negra de la España mesetaria y profunda, que contrasta, creo, con la visión nostálgica y entrañable de los textos, y me sorprende que Delibes, tan receloso con el pobre Maspons, acusado de fotografiar a las perdices fuera de temporada y desde un coche, no pusiera en esta ocasión ningún reparo.

Siempre he mantenido, ¡y van más de cuarenta años!, una cariñosa amistad con Miguel. Últimamente le he visto con frecuencia. Le han operado varias veces, se siente enfermo, no está —aseguran— del mejor humor del mundo, ha decidido dejar de escribir, pero siempre ha accedido a recibirnos, y siempre nos ha acogido, a mi hija Milena y a mí, con idéntico afecto. Dice, y lleva razón, que solo uno mismo sabe cómo está por dentro, pero yo —desde fuera, claro— le encuentro muy bien. Lúcido, rápido de mente, recordando cuantos temas surgen en la conversación, interesándose por todo lo que merece interés, pendiente de su familia y sus amigos. Más cáustico, eso sí, más impaciente, más dispuesto a manifestar sin empacho cuanto se le ocurre, quizá más tajante en sus afirmaciones. Pienso, con envidia, que ha alcanzado ese estadio en que algunas personas están más allá del bien y del mal.

Me alegra enormemente saberle tan universalmente querido. Hijos, nietos, parientes, amigos, conocidos, gente que solo sabe de él por su obra, todos le prodigan a chorro cariño, mimo, respeto, cuidados. No creo que casi nadie pase los últimos años de su vida rodeado de tanto amor, tanto genuino amor, de tan, por otra parte, merecido amor.

Te queremos, Miguel. Mucho.

«Enfermizo perfeccionismo» de un autor (Mario Vargas Llosa) y laboriosa elaboración de un espléndido relato (*Los cachorros*)

Me había gustado mucho (a mí y a millones de lectores del mundo entero) la novela que ganó en el año 1962 el Premio Biblioteca Breve: *La ciudad y los perros*. El autor, Mario Vargas Llosa, era un joven peruano que vivía en París, donde trabajaba para Radiodiffusion-Télévision Française, y en el verano del 64 le pedí un texto para Palabra e Imagen. A él le sedujo la idea, aunque observó que, a pesar de que no creía que pudiera haber ningún problema con Seix Barral, tendría que consultárselo, pues «me liga a ellos un compromiso moral (son los únicos que cuentan, ¿no es cierto?)».

Carlos Barral no solo no puso inconveniente alguno, sino que se ofreció a escribir una introducción —lo hizo, y lo hizo muy bien—; se interesó por las fotografías, también excelentes, de Xavier Miserachs, que habían recibido ya el visto bueno de Mario; asistió a la presentación, y en cierto modo apadrinó el libro. Como explicaré más adelante, Carlos me parecía a veces irresponsable, a menudo malcriado y casi siempre egocéntrico, pero era al mismo tiempo generoso.

Enseguida llegamos a un acuerdo con Mario. Le conocimos en París, en Les Deux Magots. Era —y es— guapo, educado, encantador. Hablamos mucho del cuento que iba a escribir para nosotros, hablamos de un montón de cosas, y es curioso que lo que siempre recuerdo cuando pienso en este primer encuentro sea su recomendación de que fuéramos a ver *King Kong*. Nos pasábamos el día entero corriendo de cine en cine para que no se nos escapara el último Antonioni, ninguna película de vanguardia, ¡y nos enviaba a ver una película de ciencia ficción de la primera época del cine y obra de un director al que ni habíamos oído nombrar! Fuimos a regañadientes y nos entusiasmó.

El 10 de febrero del 65, me escribe: «Tengo un texto acabado, que no me convence nada todavía. Pero apenas sea más o menos legible, te lo enviaré para que se lo muestres al fotógrafo». Sin embargo, el proceso de elaboración fue laborioso, estuvo lleno de vicisitudes —debido a la

enorme exigencia de Mario, siempre descontento con los resultados—, y el relato no estuvo terminado hasta dos años más tarde.

Ya el 2 de marzo del mismo año 65, veinte días después de la carta anterior, me notificaría: «¿Te acuerdas que te dije que no estaba nada contento con el texto que tenía? Acabé por tirarlo al canasto y creo que esta vez ya encontré una buena idea: la historia de Pichula Cuéllar. Me pondré a trabajar apenas derrote a esta gripe (que espero no contagiarte por carta)».

Nos envió efectivamente el relato el 6 de agosto, con una nueva carta, donde explicaba: «Siento no habértelo entregado dentro del plazo, y créeme que esto me ha tenido preocupado. Detesto ese vicio sudamericano que es la informalidad y procuro siempre no comprometerme a lo que no estoy seguro de poder cumplir. Pero a pesar de toda mi buena voluntad, y de mi empeño, este texto no acababa nunca de salir. No puedes imaginarte el número de veces que lo he rehecho y cada vez su lectura me defraudaba. Lo cual no quiere decir, desde luego, que el texto que te envió me pareciera perfectamente logrado. Lo he releído y me ha dado la impresión de ser decoroso».

Era, claro está, mucho más que decoroso, era ya un relato muy bueno. Resultaba, sin embargo, demasiado corto para el libro que nosotros habíamos proyectado, y opté por hacérselo saber.

Respuesta: «Cuando pienso que todo el tiempo que estuve escribiendo “Los cachorros” viví atormentado con la idea de no alargar demasiado el texto para no tener luego que hacer cortes, me dan ganas de jalarme de los pelos. Pero creo que tengo una solución. Este cuento que te envió, “Día domingo”, apareció hace siete años, en mi primer libro, *Los jefes*. Es el único texto de este volumen que me parece decoroso y, por eso, una vez lo rehíce con miras a una nueva publicación. Corresponde exactamente al ambiente de “Los cachorros”: ocurre también en Miraflores (incluso aparecen las mismas calles, plazas, parques, etcétera), entre muchachos de la misma edad. Tiene, además, la extensión requerida para completar el volumen. Se me ocurre que se podrían incluir ambos cuentos bajo el título común de *Los cachorros*, y que cada uno de los cuentos debería llevar un título propio: “Pichula Cuéllar” y “Día domingo”. Esta podría ser una solución. Si no, escribiré otro texto, pues no tendría sentido añadir veinticinco páginas a la historia de Cuéllar: resultaría forzado, gratuito».

Pero el 2 de noviembre ha cambiado de opinión: «Todos estos días he estado pensando en *Los cachorros* (también varias noches) y por fin me he decidido a escribirte. Creo que he encontrado la manera de convertir ese texto primario y defectuoso en un buen relato. Necesito ampliarlo bastante, trenzarlo a una historia mucho más sólida, con los mismos protagonistas, pero cuyo eje sería no Pichula Cuéllar sino Lalo. Tengo muy claros todos los incidentes, la estructura, los diálogos y los ambientes. Estoy absolutamente seguro de que esta vez saldrá algo interesante. Pienso en un texto de unas cincuenta o sesenta páginas, tal vez algo más, que puedo tener listo apenas en dos o tres semanas. A mí me cuesta mucho ver claramente una historia, y en esa etapa preparatoria se me van meses y centenares de papeles y una angustia que me disuelve los huesos,

pero cuando la veo embisto como un Miura, me llevo todo por delante y soy capaz de trabajar diez y doce horas seguidas. Ahora creo que ya veo claro este relato y por eso me atrevo a pedirte un poquito más de paciencia. No sé si has mandado ya a componer el libro; si es así, ya no hay nada que hacer, *tant pis*. Pero, si todavía hay tiempo, creo que vale la pena demorar un poquito y sacar un texto más decoroso, sobre todo eliminar el casi ilegible “Día domingo”».

Retiré, pues, el original de la imprenta, se eliminó «Día domingo», y recibí casi al mismo tiempo el nuevo texto, supuestamente definitivo... que resultó no serlo tanto, pues el 11 de febrero del 66 me escribió Mario de nuevo:

Mi querida Esther:

Por correo certificado te acabo de despachar una nueva versión, ligeramente modificada y aumentada, de *Los cachorros*. Esta vez sí —mi palabra de honor— se trata del texto definitivo. Creo que ya no puedo perfeccionar más ese relato y, en todo caso, ya no debo hacerlo porque ya estoy hasta la coronilla de Pichula Cuéllar. Me ha dado tanto trabajo que ya no le tengo la menor compasión, bien hecho que Judas lo castrara, me alegra que Teresita Arrarte le hiciera pasar las de Caín, me parece magnífico que se estrellara y se matara. Ojalá se haya ido al infierno y se esté achicharrando a fuego lento.

Te ruego que me contestes apenas recibas el texto diciéndome que no llega tarde, y también dime que no me guardas rencor por tanta indecisión, por tantas correcciones.

Un abrazo a Beatriz y a Oscar y otro, muy fuerte, para ti.

Días después escribiría: «Me alegra que no te enojés demasiado por ese perfeccionismo enfermizo mío. Te prometo que ahora ya dejaré *Los cachorros* en paz, pero SOLO HASTA EL MOMENTO DE CORREGIR LAS PRUEBAS». Las mayúsculas son, obviamente, tuyas.

Hubo todavía bastantes cambios y muchas discusiones sobre el título, porque la censura no aceptó de ningún modo que la palabra «pichula» figurara en él, como quería Mario (según Mario cualquier reparo del Ministerio de Información era incomprensible, pues se trataba de una historia para niños sobre niños, que él le leería a su hijo Álvaro apenas tuviese uso de razón), pero el relato estaba finalmente terminado y era buenísimo. Podía creerse, yo creí, que tanto tiempo y tanta espera y tantos cambios y tanto esfuerzo habían merecido la pena, puesto que el resultado era perfecto, un texto redondo desde el principio hasta el final, en el que no sobraba ni faltaba nada. Pensé que el autor podía darse por satisfecho. Pero no era así.

Cuando le comuniqué, algo después, que el libro se vendía bien y que estábamos preparando ya la segunda edición, me escribió:

«Apenas recibí tu carta, empecé a revisar el libro y a hacer algunas modificaciones, pero pronto me di cuenta de que por ese camino me estaba metiendo en honduras, pues hubiese acabado por escribir el relato de nuevo, íntegramente. Así que mejor lo dejamos tal como está. Me ha decepcionado un poco en esta última lectura... En fin, esperemos que el próximo relato salga mejor».

El «enfermizo perfeccionismo» de Vargas Llosa no tenía límites ni remedio.

Tres pesadillas del pequeño editor: la censura, las traducciones, los autores en busca desesperada de que alguien los publique

La censura afectaba también, supongo que en parecido grado, a los grandes editores, y, por otra parte, al editar básicamente en Lumen narrativa y libros ilustrados, los problemas eran menores que para aquellos que editaban ensayo político, e incluso para aquellos que editaban en catalán — no hay que olvidar que en la época franquista el mero hecho de que un texto estuviera en catalán redoblabla su carácter subversivo—, pero algo quiero decir acerca de la censura de los años sesenta, antes de la llegada de Fraga al Ministerio de Información y Turismo, y de su nueva ley de prensa.

Los libros se enviaban entonces obligatoriamente a la llamada «censura previa», a Madrid. Te los devolvían aprobados, rechazados, o, lo que en el caso de las novelas era muy frecuente, más o menos mutilados. (Se podría formar un libro entero, y muy divertido y disparatado, con las tachaduras introducidas por los censores.)

Tal vez no fuera muy honesto ofrecer al público obras incompletas y alteradas, pero, de no hacerlo así, la mitad de la literatura que se publicaba en el mundo hubiera quedado inédita en castellano, o nos hubiera llegado clandestinamente, como ocurría con frecuencia, en ediciones de América Latina. Así pues, a menos que las supresiones fueran brutales, nos doblegábamos a la más o menos caprichosa decisión del censor de turno.

Y empezaban dos tareas siniestras.

Primera: atenuar miserablemente los textos. Llegaba a hacerse de modo automático. Casi todas las palabras relacionadas con el sexo estaban prohibidas («polla», «coño», «joder», «orgasmo», «clítoris» eran sistemáticamente eliminadas, pero me llamaba la atención que no colara tampoco ni en una sola ocasión algo tan inocente como «pezones»). De modo que, si el protagonista tenía una erección, quedaba en que «la deseaba apasionadamente»; si la penetraba, en «la estrechaba con fuerza entre sus brazos»; si le lamía el sexo o le chupaba los nefandos pezones, podías arriesgarte a «le acariciaba la espalda» o, como mucho, «los senos». Todo descafeinado y en

clave de novela rosa. Y muchos párrafos eliminados por entero. Con la nueva etapa de Fraga y la supresión de la censura previa obligatoria, el editor gozaría de mayor libertad, pero asumiendo el riesgo de que el libro ya hecho fuera secuestrado y guillotinado (ocurrió en Lumen con *Los escritos del Che*), lo cual podía llevar a la más odiosa de las censuras, o al menos la más antipática, la autocensura. El franquismo nos arrastró a todos —escritores, periodistas, editores— a la sórdida perversión de autocensurarnos. Yo, como escritora, tuve personalmente la suerte de empezar a escribir en el año 75, coincidiendo con la muerte de Franco, y, al menos en este aspecto, no he tenido que autocensurarme jamás. Abundan en mi obra los pezones, tan tiernos, tan inocentes, y, si no se incluyen ni una sola vez términos groseros, es porque no dejo de ser una señorita finolis con ribetes de cursilería.

La segunda tarea siniestra consistía en ir a Madrid a negociar, a suplicar, ante el jefecillo del Ministerio. Era, si la memoria no me engaña, un tipo canijo, moreno, con bigotito. Muy a lo Berlanga. Tan en su papel que parecía una caricatura de españolito menguado y rijoso. Y allí nos tocaba a las pocas mujeres editoras jugar a la niña buena, lo más mona y lo más modosita posible. Creo que era la única ocasión en que mi entonces hermosísima cuñada y gran editora (sigue siendo una mujer muy hermosa y una gran editora, pero hace siglos que dejó de ser mi cuñada, aunque la empresa, Tusquets Editores, sigue llevando el nombre de mi hermano, lo que ha dado y da lugar a frecuentes confusiones) se ponía el anillo con un gran brillante que le había regalado mi madre. Atractivísima y ligeramente provocativa, pero respetable.

A veces tenías éxito y otras no. El caso más pintoresco, en que sí tuve éxito pero que me forzó a viajar, desesperada, a Madrid, fue un libro infantil. El libro más inocente del mundo, *El Tío Poppoff*. Tan inocente era, o me parecía a mí, que lo hice imprimir y encuadernar sin tomar la precaución de que llegara el permiso de publicación. De modo que la edición estaba terminada y la inversión hecha, cuando llegó la prohibición. El libro no podía venderse tal cual estaba. Porque en uno de los cuentos, durante el curso de una prolongada sequía, el Tío Poppoff va a visitar a la Señora Lluvia para suplicarle que ella, que es todopoderosa, provoque las lluvias. «Y todopoderoso, usted debiera saberlo, señorita, si recuerda las clases de historia sagrada, lo es únicamente Dios.»

La segunda pesadilla del pequeño editor (al editor importante, rodeado de una caterva de colaboradores, no le llegan estos problemas) eran y son las traducciones. Dos observaciones previas. Una obvia: existen buenísimos traductores (yo conozco pocos) para los que no vale cuanto voy a decir. Otra sorprendente: las traducciones se pagan, es cierto, mal, pero, contra todo pronóstico, no hay relación alguna entre precio y calidad. El buen traductor ocasionalmente mal pagado sigue haciendo (supongo que no puede evitarlo) un buen trabajo, y el mal traductor sigue produciendo bodrios aunque se los pagues a precio de oro. Lo cierto es que el pequeño editor, sobre todo en sus inicios, se encuentra la mesa atestada de traducciones impublicables. El

pequeño editor suele ser demasiado pobre para encargarse de otras nuevas (y demasiado tímido para negarse a abonar las que le han entregado), y tiene que recurrir a una revisión. Es el trabajo peor retribuido y más ingrato que conozco (peor incluso que inventar ficticios argumentos de venta). Es durísimo, permanece anónimo y queda siempre, siempre, mal. Ante la imposibilidad de endosárselo a un incauto (si das con uno, no reincide jamás), el pequeño editor se lleva el original a su casa. Y empieza una pesadilla, que sigo recordando años después como una enfermedad. (No se trata de un problema solo mío, pues he visto a editores amigos, como Jorge Herralde o Beatriz de Moura, vivir, en sus inicios, trances parecidos.)

Traductores supuestamente avezados, traductores de renombre, no conocen el idioma del que traducen, o no conocen el idioma al que traducen; ignoran palabras, que no se molestan en buscar en el más vulgar de los diccionarios, donde las encontrarían (porque yo las encuentro); ponen en negativo frases positivas o a la inversa, se saltan párrafos enteros. Y cuanto peor es el traductor más se obstina en corregir al autor, en mejorar el texto original: explica lo que en este no se explica, cambia una puntuación insólita, una adjetivación audaz, por otras adocenadas. Elude traducciones que podrían ser perfectamente literales por otras plagadas de casticismos (alguien le debe de haber dicho que la traducción tiene que sonar como si el libro hubiera sido escrito directamente en castellano, sin advertirle que Flaubert o Joyce no son Baroja, ni Rimbaud tiene mucho que ver con Machado). Y, sobre todo, las malas traducciones están plagadas de lo que llamo «frases imposibles», frases que a nadie jamás, ni en un arrebato de locura, se le ocurriría decir. Frases que nadie ha dicho nunca. Bastaría que el traductor las leyera una sola vez en voz alta, escuchándolas, para comprobar que no podía utilizarlas.

La tercera pesadilla del pequeño editor son los autores que, contra tus deseos, se obstinan en publicar contigo (o tal vez con cualquier otro, pero eso ni te consta ni te facilita la situación). El gran editor dispone de una legión de lectores y de un más o menos anónimo comité de lectura que le mantiene a resguardo. Pero en el caso del pequeño editor la editorial eres tú, el original se pretende que lo leas tú y no hay comité de lectura en que ampararse, porque el comité se reduce a ti y a una o dos personas por todos conocidas. Lo más sencillo es, y lo he intentado alguna vez, reconocer: «Puedo equivocarme muchísimo (aquí puedes citar, si no te da excesivo rubor, el caso de André Gide y la *Recherche*, pero, si saben de qué va la historia, replicarán que Gide rechazó la obra de Proust sin haberla leído), pero a mí tu libro no me gusta, o no me interesa, lo suficiente para incluirlo en mi catálogo». Mas con el autor insistente, al que le va la vida en publicar lo que ha pergeñado, no da resultado: quiere saber por qué no te gusta, qué es lo que no te gusta, cómo y qué debería escribir para que te gustara. El autor insistente reduce o amplía el texto; simplifica o complica el estilo; cambia el tema. Decidido a acertar por fin con el libro que tú buscas. ¿Y cómo decirle que tú no buscas ningún libro que él sea capaz de escribir?

El hecho de que yo también escriba hace que tenga conciencia del esfuerzo que supone, del

trabajo que da generalmente escribir un mal libro —a veces tanto como escribir uno bueno— y esto me ha hecho especialmente sensible y vulnerable a las quejas de los autores en busca de editor. Y, si el autor es mujer, se establece una doble complicidad y aumenta la sensación de culpa. Y cuanto más permites que se alargue la situación, peor lo tienes. Ahora, un poco tarde ya, sé que lo mejor es una negativa rotunda y sin paliativos desde el momento inicial.

Dios mío, ¡de lo que es capaz un autor desesperado en busca de editor y obstinado en que tú le edites! Un poeta gay me explicó que estaban alcanzando con su compañero las cotas más altas del éxtasis amoroso, que estaban coronando la cima que ningún humano —homo o hetero— había pisado jamás. Su amante había dado el penúltimo paso, con el libro de amor que tenía yo entre las manos, y ahora le correspondía a él culminar el último logrando que yo lo editara. ¿Cómo iba a frustrar una mujer de mi sensibilidad e inteligencia la mayor historia de amor de todos los tiempos? Para colmo habían conseguido, no sé si con parecidos argumentos, la promesa de un prólogo de Ana María Moix. Debieron de decirle que yo estaba muy interesada en los poemas y que me encantaría que los prologara. El poemario no era, creo recordar, peor que otros, pero tampoco mucho mejor, y me resistí ferozmente a publicarlo... Pero, cuando salí de casa con mis dos hijos, después de la comida de Navidad, y me encontré al amante del poeta gay aguardándome en el rellano de la escalera, cedí (por increíble que parezca, cedí: había que ceder o echarlo rodando escaleras abajo), y ahí estuvo el libro unos años en el catálogo de Lumen.

Hubo otro caso en que edité un libro que no era en absoluto malo, pero que yo no quería en aquellos momentos editar. Se trataba de unos cuentos y el autor procedía del otro extremo de España. Cada vez que venía a Barcelona, y venía a menudo, pasaba a visitarme con una de sus hijas, siempre distinta. Y, delante de la chica o de la niña, que no sabía qué cara poner ni hacia dónde mirar (y yo tampoco), acumulaba argumentos del tipo más diverso para convencerme. No sé si se sentía más incómoda la hija o yo, pero, cuando me enteré de que eran ocho, ocho hermanas a las que iba a tener que recibir una tras otra (solo llevaba tres), hubiera firmado sin rechistar cualquier contrato, incluso el de sus obras completas.

Pero son pintorescas excepciones, que narro por lo pintorescas: lo cierto es que en cuarenta años de editora independiente, y pese a los múltiples escritores amigos hacia los que hubiera debido sentirme obligada y a las presiones de todo tipo a las que he sido, como cualquier otro editor, sometida, pueden contarse con los dedos —eso sí, de ambas manos— los títulos, en un catálogo que roza los mil, que se han editado por compromiso. Lo considero un récord.

Se me ocurren otras múltiples pesadillas. Una podría ser la venta en América Latina. La distancia es grande, la comunicación era —mucho más que ahora— lenta y difícil, las relaciones comerciales estaban expuestas a múltiples e impredecibles avatares, y los pequeños y medianos editores no nos podíamos permitir en aquellos países una distribuidora propia que ofreciera garantías, y ni siquiera viajar con suficiente frecuencia. Y, sin embargo, no se podía renunciar a un

mercado tan importante.

Distribuciones de Enlace (empresa de la que hablaré más adelante) vivió varios incidentes que, a pesar de acarrear graves consecuencias, no dejan de tener una vertiente cómica. Citaré tres casos en que habíamos montado entre todos los editores del grupo una pequeña distribuidora en un país americano. Primer caso: el jefe de nuestra distribuidora —un individuo que merece a uno de los editores del grupo, supongo que Carlos Barral, plena confianza— nos hace enviar miles y miles de ejemplares, imprimimos ediciones enteras para él, salen comentarios en la prensa, los libros se ven en las librerías, se venden bien, pasa un año antes de que empiece a alarmarnos no haber cobrado ni uno, pasan dos hasta que comprendemos que nunca vamos a cobrar, tres hasta que dejamos de servir sus pedidos... A los cuatro, recibimos una demanda judicial en la que nos acusa por no haberle pagado el sueldo y ser culpables, como consecuencia, de un despido improcedente. Segundo caso: otro hombre de plena confianza, conocido por todos y enviado desde España, monta una distribuidora en un país importante de América Latina, algunos puntos parecen progresivamente extraños y finalmente uno de nosotros viaja para asegurarse de que todo está en orden: nuestra distribuidora no funciona demasiado bien, pero al parecer Enlace posee ahora allí un bar vegetariano para clientes gays. Tercer caso: esta vez hemos montado una distribuidora de más envergadura con gente autóctona del país, y tenemos una gran reunión en Madrid para analizar conjuntamente los resultados —mucha corbata, mucha cartera de ejecutivo—, nos presentan un informe y en esta ocasión los resultados son brillantes, todos estamos muy contentos, hasta que a alguien —siempre hay un aguafiestas— se le ocurre preguntar si se ha tenido en cuenta el cambio producido en el valor de las monedas respectivas... Perplejidad, desconcierto, llamadas histéricas al otro lado del charco —desde donde dan inconexas respuestas inocentes secretarias despertadas en su cama a las tres de la madrugada—, creciente desesperación... Estamos, en realidad, poco menos que arruinados.

La mayoría de edad: editar narrativa y conocer a Carmen Balcells

Habíamos publicado una maravillosa colección de texto y fotografía, un conjunto excelente y mucho más actual que lo que se hacía en nuestro país de libros infantiles, y una serie de dibujos llamada Nuestros Tipos. En esta publicó Cesc, en catalán y en castellano, tres libritos deliciosos —*La florista*, *El peón caminero* y *El barrendero*—, rechazamos el que nos propuso con tanta ilusión Miguel Delibes y se cargó la censura uno muy bueno de Juan Ballesta, *El rico*, que no llegaría, que yo sepa, a publicarse nunca.

Como en los primeros dos años no vendíamos una escoba (ni que fuera voladora y brujeil) y había empezado el gran *boom* del turismo, tuvimos una idea genial: un libro sobre la Costa Brava en cuatro idiomas. La base serían los dibujos de Cesc, que se recorrió durante todo un verano los pueblecillos de la costa —estuvimos juntos unos días en Cadaqués— y la retrató de forma magistral. (De Cesc y de su mujer nos hicimos amiguísimos y pasamos buenos ratos juntos, ella dormida con frecuencia, porque tenían los niños muy pequeños y andaba falta de sueño, pero hasta dormida era un encanto.) La idea era buena, pero decidimos la tirada de un modo peculiar. ¿Cuántos turistas visitaban la Costa Brava cada verano? Eso era fácil de averiguar por las estadísticas. Y entonces la *assenyada* familia catalana se preguntó: «¿Y cuántos de ellos comprarán nuestro libro?». Y se respondió sin titubeos: «Por lo menos, por lo menos, uno de cada cien». Daba una cifra fenomenal. Hicimos pues una montaña de *Costas Bravas* en cinco idiomas, y un chaval, que nos pareció muy dispuesto y emprendedor, salió a venderlos en mi coche por los hoteles, librerías y tenderetes de la costa. Vendía algunos, nos hacía las cuentas del gran capitán y terminó estrellando mi coche contra un muro o contra un camión.

Pero seguíamos adelante. Habíamos encontrado un distribuidor para el resto de España, empezaban a salir algunas críticas en la prensa y adquirimos un local en la avenida Hospital Militar. Y me animé por fin a dar el gran paso: editar narrativa. Habría, claro está, un minicomité familiar (mi hermano Oscar, su mujer Beatriz y yo), donde se propondrían títulos y se tomarían las decisiones, pero desde el primer momento quise que lo dirigiera alguien de fuera. Se lo propuse a Antonio Vilanova. Había sido mi profesor de literatura en la universidad y escribía unos artículos

fenomenales en la revista *Destino*, sobre libros españoles y extranjeros. Sabía como nadie lo que se estaba editando en el mundo y tenía un criterio certero (lo cual no significa que a lo largo de nuestra prolongada colaboración estuviéramos siempre de acuerdo). Dos detalles de Vilanova me hacían gracia en la universidad. En primer curso, cuando no sabíamos nada de nada, chapurreábamos malamente el francés, y los que hablaban algo de inglés se contaban con los dedos (esta vez de una mano), dedicaba tres o cuatro clases a emborronar la pizarra con una amplísima bibliografía en distintos idiomas. Creo que había decidido que nuestra colectiva burricie no era su problema. La otra anécdota graciosa era que, mientras hilvanaba largos párrafos —tiene un castellano algo académico, pero muy bonito—, mantenía en la mano el cigarrillo encendido, aparentemente olvidado en el fervor del discurso, y el cigarrillo se iba consumiendo, y él seguía perorando, y nos tenía a todos en vilo, más pendientes del cigarrillo que de sus palabras, creyendo que iba a quemarse los dedos (cosa que no sucedió nunca).

Fue Vilanova (siempre le he seguido llamando así, y no Antonio; es muy propio de mí llamar por el apellido a la gente que más quiero, y le he querido y respetado mucho, aunque siempre he sospechado que me encuentra un punto insensata y en algunos momentos él me parece a mí demasiado formal) quien dio con el título de la nueva colección, un verso de Antonio Machado: Palabra en el Tiempo. Vilanova hizo un trabajo magnífico. Dirigió la colección durante unos treinta años. Y de mi final en Lumen, tan torpemente orquestado, una de las poquísimas cosas que lamento con amargura —otra, más grave, sería la pérdida de una de mis mejores amigas y mi más íntima colaboradora— es el trato injusto e indigno que él recibió después de mi marcha, y que no estoy por otra parte segura de haber podido prever ni evitar.

Conocíamos ya a mucha gente. Entre otros a Carmen Balcells, flamante agente literaria, muy ligada en sus inicios al mítico editor Carlos Barral y a Jaime Salinas, hijo del poeta, que, llegado a España, había entrado a formar parte del equipo de Seix Barral. El primer contacto con ella tuvo lugar al adquirir los derechos de unos libros italianos para niños. La recuerdo en la biblioteca de la casa de mis padres. Joven, rubia, atractiva, gordita, dicharachera, efusiva, simpatiquísima. Muy lanzada ya, y muy lista, aunque era difícil prever que con los años iba a cambiar en España el mundo de la edición. Tiempo después le compró a mi padre un apartamento al lado de nuestra casa en Cadaqués. Estaba tan contenta que le regaló unos espléndidos calcetines de lana ingleses: muy propio de su peculiar generosidad hacerle un regalo a alguien que le vendía una casa, como lo fue quitarse del cuello en una fiesta una cadenita de oro con un corazoncito de lapislázuli que comenté que me gustaba y obligarme a aceptarlo (no le fue difícil convencerme, porque me encanta hacer y recibir regalos), o enviarme unas preciosas figuras decó cuando terminé mi carrera como editora. Al apartamento de Cadaqués fue ella a menudo los primeros años, acompañada frecuentemente de amigos; después lo utilizó más su marido, y ahora va su hijo con mujer y niños.

A Carmen la he tratado mucho y creo conocerla bien. La admiro, la quiero, la he odiado a ratos. (Sospecho que también sus sentimientos hacia mí son ambivalentes.) Es contradictoria y desmesurada. Entrañable a menudo, y brutal en ocasiones. Porque posee en grado extremo la máxima característica de los que detentan y aman el poder: la arbitrariedad. Desde luego, es única e irrepetible. No hay ni habrá otro agente literario que pueda comparársele.

Cuando yo empecé a editar en los años sesenta, la posición de los escritores ante el editor era en general penosa. Los contratos se extendían por un plazo de tiempo ilimitado, incluían los derechos secundarios, comprometían los futuros libros que escribiera el autor. Este no tenía el menor control de la cantidad de ejemplares que se imprimían y vendían, ni de la honestidad de las liquidaciones que anualmente debían presentársele y abonársele. Pocos, poquísimos autores, vivían de sus libros, y apenas ninguno se hacía rico. Gracias a Carmen Balcells, son muchos los escritores que han ganado unas cantidades de dinero y han accedido a un nivel de vida que no podían ni soñar, lo cual ha repercutido, como es lógico, también en aquellos que no son de su agencia. Hay que reconocer que esto supone el fin de una situación abusiva e injusta, que es un cambio importante y que se explica que la mayor parte de sus autores —a los que ha resuelto a menudo la vida en más de un sentido y no solo en el económico— la adoren. No creo que haya nadie a quien se haya dedicado más libros que a Carmen Balcells. Me escribió en cierta ocasión Mario Vargas Llosa: «Yo soy de una nulidad total, de una incapacidad casi ontológica, para las negociaciones comerciales, y por eso he llegado a un acuerdo con Carmen, para que en adelante ella se ocupe de todo lo relativo a las ediciones de mis libros, y decida sobre cláusulas, opciones, regalías, etcétera. No tiene por qué resentirte que Carmen trate de obtener para el autor las mejores condiciones; es lo lógico (en la jungla en que vivimos), como lo es también que el editor defienda a brazo partido lo que más le conviene. Ya sé que es feo plantear las cosas con esa crudeza, pero desgraciadamente no veo otra alternativa: donde vuelvo la cara, compruebo que las cosas son así». Perfectamente explicado. Supongo que es el sentir de la mayor parte de los escritores, y no les falta parte de razón.

Aunque quedaban entonces —supongo que ahora menos— algunas excepciones, como la fidelidad de Miguel Delibes a Vergés y Ediciones Destino, o la relación de Jérôme Lindon —tal vez el mejor ejemplo de editor independiente, vocacional, descubridor de nuevos talentos— con muchos de los autores de Les Éditions de Minuit. Lindon me contó que, en un momento en que tuvo dificultades económicas, Samuel Beckett le firmó un talón en blanco, y de Lindon recibí una lección de elegancia y buenos modales que todavía me avergüenza. Lumen estaba editando a Beckett —que no compraba ni leía nadie— cuando le dieron inesperadamente el Nobel de Literatura. Habituada a «la jungla en que vivimos», di por descontado que ahora muchos otros editores de lengua castellana querrían las obras que no habíamos contratado todavía nosotros, y mandé un telegrama a Lindon, felicitándole por el premio y añadiendo que, fueran cuales fuesen

ahora los anticipos, estábamos dispuestos a pagarlos y a competir para conseguir los derechos. Me contestó que no entendía a qué me estaba yo refiriendo, que Beckett era el mismo antes y después del Nobel, y que naturalmente las condiciones de los contratos eran aquellas de las que habíamos estado hablando hasta entonces. No hay en la jungla muchos Samuel Beckett ni muchos Jérôme Lindon, pero reconforta que haya algunos y la hace un poco más habitable.

Hay otro punto a favor de Carmen Balcells: ha liberado los derechos de muchísimos títulos y autores que estaban prácticamente fuera del mercado, ligados por unos contratos abusivos y válidos por tiempo indefinido, la mayor parte en América Latina. Entre ellos, y me afecta directamente porque pasaron a Lumen, los de James Joyce.

Pero el modo en que Carmen ha introducido el cambio —que reconozco imprescindible— en la relación autor-editor ha supuesto un precio carísimo y a mi entender de consecuencias nefastas. Al no fiarse, y con cierta razón, de las liquidaciones anuales sobre ejemplares vendidos, ha cifrado la ganancia del autor en el anticipo que este percibe a la firma del contrato —lo cual es un fenómeno universal y no un invento de Balcells— y ha ido disminuyendo más y más la duración del mismo, hasta unos límites nada universales y sí exclusivos de ella. Esto hace que algunos de los autores más vendidos cambien de editor con frecuencia sorprendente, que pasen a los grandes grupos editoriales, y que la vida de los libros de venta normal sea cada vez más breve. El editor vocacional, cuya empresa consiste en una carpeta de contratos con autores a los que le liga una relación de recíproca fidelidad y a base de los cuales va formando un catálogo, lo tiene cada vez más difícil. Ya no hay apenas «catálogos», solo novedades y *best sellers*. Mi problema al vender Lumen a una multinacional no fue, como temía, que me vetaran títulos tildándolos de poco comerciales, sino la alegre celeridad con que los descatalogaban. Autores como Samuel Beckett, Hermann Broch, Virginia Woolf o incluso James Joyce eran sacrificados sin parpadear. Poco importa por tanto la duración del contrato. El libro se edita, se distribuye, está dos o tres meses en librerías, y, si la venta no se dispara, se suprime del catálogo y se destruyen los ejemplares sobrantes. Unos cuantos autores ganan ahora mucho dinero con sus libros, pero son legión los que tienen la mayor parte de su obra descatalogada.

Muy en los comienzos de la nueva colección de narrativa de Lumen, y en un cóctel parecido a aquel en que había pasado a mi cuello el corazoncito de lapislázuli, Carmen Balcells me hizo un regalo tan enorme como inesperado (creo que inesperado incluso para ella: creo que fue un arrebato de repentina y arbitraria generosidad, ese placer de jugar a los Reyes Magos, que conozco muy bien porque era también una característica de mi padre). «¿Cuál es el autor y la obra más importante de la narrativa contemporánea?», me preguntó de sopetón. «Pues no sé...» «¿Cuál te gustaría editar?» Vacilé unos momentos, y finalmente, por decir algo: «*Ulises*, James Joyce». «Pues te daré toda la narrativa de Joyce.» Quedé sin aliento, a punto estuve de caer desmayada sobre la mullida alfombra del elegante hotel. Muchos años después, y de forma algo similar,

aunque entonces ya era Lumen una editorial de prestigio y tenía una hermosa colección de poesía, me prometió en un almuerzo parte de los libros de Pablo Neruda. Entre ellos *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*, *Canto general* y *Los versos del capitán*. A lo largo de los años me ha jugado Carmen —creo yo que me ha jugado; seguro que ella cree que no, o que, en cualquier caso, lo hizo por el bien de los autores y con motivos justificados— algunas malas jugadas. Pero Joyce y Neruda compensan muchas cosas, y por otra parte, a pesar de saberla capaz de la máxima dureza, hay en Carmen algo que la hace querible y entrañable.

En el mismo cóctel —y en aquel entonces me costó un conflicto con Vilanova, porque resolví sobre la marcha, sin consultarle, y el libro no le parecía a la altura de la colección— acordé con Terenci Moix publicar en versión castellana *El día que murió Marilyn*, que me parecía una primera novela muy interesante y prometedora.

Lo cierto es que las fiestas, los cócteles, las reuniones de más de ocho personas, a los que tanta pereza me daba asistir, no estaban en definitiva nada mal...

Una niña flaca, introvertida, vestida de cortina, y su hermano Terenci

Ana María Moix apareció en mi oficina (no era ya la biblioteca de mis padres, porque habíamos instalado la editorial en los bajos del edificio donde yo vivía, en la avenida Hospital Militar, en la zona alta de la ciudad) acompañando a Gloria Fuertes, con la que nos habíamos hecho amigas a partir de la edición del cuento infantil *Cangura para todo*. Apareció en mi oficina, y en mi vida, de la que no iba a desaparecer ya jamás, porque, incluso durante la época absurda en que dejamos de tratarnos, seguimos queriéndonos lo mismo. Hemos sido lo suficiente listas y hemos hecho el suficiente esfuerzo para convertir lo que empezó siendo una relación conflictiva, difícil y a trechos tormentosa, en una amistad inquebrantable, a la que debo muchísimo. Entre otras cosas que me haya hecho desternillar de risa con frecuencia —¡Dios mío, lo que hemos llegado a reír las dos con la otra Ana María, la Matute, otra mujer a la que he visto vivir momentos dramáticos, pero que posee un impagable sentido del humor!— y que, cuando lo que he escrito le ha parecido malo, haya asumido el mal trago —estoy segura de que lo ha pasado fatal porque todo lo vive a la tremenda— de decírmelo.

Ana era una niña flaca, introvertida (el día que la conocí no abrió apenas la boca: otra Ana muda, también como Matute; otra Ana de ojos desolados), vestida —decía Manolo Vázquez Montalbán, y me hizo gracia el comentario, en el prólogo de su primer libro de poemas— de cortina. Estaba terminando la carrera de Filosofía y Letras, en la especialidad que llamábamos entonces «Filosofía Pura». Y llevaba una vida familiar disparatada: vivía con una tía anciana, la «tía Florencia», cerca de la Diagonal, y todos los mediodías tenía que pasar a recogerla en taxi, a una hora precisa (aunque tan precisa no debía de ser, porque en aquellos tiempos la Moix era incapaz de llegar puntual a ninguna parte), cargar con una olla de sopa, y trasladarse a comer al piso de la calle Joaquín Costa, donde residía el resto de la familia (Terenci, que hasta muy poco tiempo atrás se llamaba todavía Ramón, incluido). Nunca acabé de entender por qué vivían separados, ni por qué se encargaba su tía de preparar la sopa. Pero lo cierto era que con mucha frecuencia Ana tenía que interrumpir cualquier reunión, cualquier cosa que estuviéramos haciendo, para emprender ese insólito recorrido en taxi.

Era una familia de seductores —el padre, un conquistador, con ligues innumerables en el currículo; la madre, una guapetona arrolladora, una real hembra; Terenci, un tipo encantador, que se metía a la gente más dispar en el bolsillo, un profesional de la seducción, aunque no pudiera medirse con Barral, incomparable príncipe de seductores—, y curiosamente Ana, flaca y desvalida, con sus ojos desolados y sus silencios, despertaba —antes incluso de que se descubriera su fina inteligencia, su portentoso y salvaje y en ocasiones negrísimo sentido del humor, su profunda bondad, su insólita delicadeza— singulares pasiones y debilidades. Había momentos en que uno tenía la sensación de que medio mundo andaba enamorado, sin que ella aparentemente lo buscara, de Ana María Moix. («La Nena» la llamaban «los mayores», los más mayores que yo, me parece que por iniciativa de Josep Maria Castellet —que la había incluido en una antología de jóvenes poetas que hizo época: *Nueve novísimos*—, y en ocasiones, y siempre me molesta oírlo, algunos la llaman todavía así.)

Con poco más de veinte años, había publicado con éxito dos libros de poemas —*Call me Stone* y *Baladas del Dulce Jim*—, le habían dedicado un número de la revista de poesía *Camp de l'Arpa* y, cuando se trató de publicar *Julia*, su primera novela, llegué a un insólito acuerdo con Carlos Barral para repartirnos entre Lumen y Seix lo que escribiera en el futuro. Ana escribía a chorro, con una facilidad extraordinaria, movida por una necesidad interior irrefrenable. Creo que en aquella época no hubiera podido, ni proponiéndoselo, dejar de escribir. A menudo lamento que perdiera luego aquella espontaneidad, y que un exceso de sentido crítico y de exigencia, un desmesurado rigor en los planteamientos, haya frenado aquel chorro, haya cerrado aquella etapa en que escribía sin plantearse apenas nada, como si respirara, simplemente porque no concebía la vida sin escribir, ni se veía a sí misma de otro modo que como escritora (no creo que sea nunca capaz de verse de otro modo).

De la mano de Ana entraron en mi ámbito muchos miembros de su grupo. Lumen empezaba a disponer de los dos elementos que constituyen el haber de un pequeño editor: una carpeta de contratos importante y coherente, y un entorno de personas, más o menos amigas, dispuestas a dar ideas y a colaborar. En mi despacho de Hospital Militar eran frecuentes las visitas y las reuniones, muchas sin ningún propósito determinado; simplemente la gente pasaba por allí, o acudía porque tenía ganas de verme y de charlar (a menudo, no solo eran tertulias muy agradables, sino que eran las más provechosas para el trabajo), y años después, en Sarrià, el aperitivo del mediodía en mi despacho sería casi obligado, con unos participantes «habituales» y otros ocasionales.

A través de la Moix conocí enseguida a su hermano, cuyas primeras novelas publiqué en castellano. El disparatado, irresponsable, consentido, dicharachero, cariñoso, insoportable,

simpatiquísimo, entrañable Terenci. Tan distinto, dicen todos, y les doy en gran parte razón, a Ana. Narrador genuino y con talento, pero enormemente pención y decidido a triunfar a toda costa, siguió escribiendo siempre a un ritmo intenso. Las últimas semanas, en la clínica (en una habitación con la tele a todo volumen —sobre todo para ver la telenovela, creo recordar que venezolana, del mediodía—, el DVD, el ordenador, las paredes con pósters, los muebles atestados de peluches y fotos y libros y cachivaches, y el aire lleno de humo, porque, cuando él dejó finalmente de fumar, fumaban los visitantes: en la clínica, como en cualquier otro lugar, a Terenci le estaba todo permitido), con la ayuda de Inés, su más íntima amiga y colaboradora, seguía redactando partes de su último libro, seleccionando material gráfico, comprando fotos por internet.

Durante los últimos años yo había tratado poco a Terenci, pero volví a verle con bastante frecuencia en su etapa final. Supongo que coincidimos casualmente un día y se reanudó de golpe la amistad. En su casa (atestada de objetos en su mayor parte espantihorrendos —porque Terenci cultivaba, ignoro si deliberadamente o no, el peor de los gustos—, pero con una espléndida colección de películas, fotos y objetos de cine, y con algunos libros interesantes) y en el vecino restaurante Cosmopolitan, que era como una prolongación de su casa —está al lado—, donde ahora sigo reuniéndome a veces con Ana. Estaba ya muy enfermo, pero lleno de planes y proyectos. Que no dejara el tabaco no supone que tuviera ni la más remota intención, ni el más leve deseo, de morir. Incluso hizo planes un día de diciembre, cuando no le quedaba ímpetu para llegar ni hasta la esquina y se ahogaba al subir cuatro peldaños, de que fuéramos Rosa SENDER, Ana María y yo a pasar el Fin de Año con él en El Cairo.

Terenci era incansable. La noche del Día del Libro regresaba a casa con los dedos lastimados de tanto firmar ejemplares y la voz ronca de conversar con los admiradores, y estaba realmente contento. Creo que se lo había pasado bien hablando con la gente más diversa, con mujeres de distinta condición que sentían por él una ternura maternal. Se estaba promocionando, claro, pero, si otros autores lo hacen con pereza o con cierto desdén, a él le gustaba. Era simpático, ocurrente, divertido, buen narrador... y numerero. También era a veces irritante e insoportable, como un niño malcriado y egoísta, capaz de las ideas más disparatadas, seguro de que alguien asumiría después la responsabilidad de las consecuencias, porque a él ni se le ocurría asumir la responsabilidad de nada, o de casi nada. Ideas como regalarle un cachorro a su madre, a la que le quedaban meses de vida, sin prever ni preocuparse de quién se iba a hacer cargo del animal después. Él, desde luego, no, porque tenía ya uno o dos gatos que se había traído, y vaya otra idea, clandestinamente en avión tras recogerlos en el Coliseo de Roma, donde había dejado tal cuenta de teléfono pendiente en casa de los amigos que lo alojaban que el montón de billetes que nos metió meses después de sopetón en los bolsillos, un momento antes de embarcar yo y Esteban (Esteban fue mi pareja de muchos años y el padre de mis hijos) en avión hacia aquella ciudad —y que nos ocasionaron un

auténtico conflicto en la aduana, porque era una cantidad equivalente a lo que serían ahora tres mil euros—, no bastó para saldar ni la mitad de la deuda.

Terenci, en los primeros tiempos, cuando edité *El día que murió Marilyn*, venía a cenar muy a menudo a nuestra casa, con Enric Majó, que estaba empezando su carrera de actor y para cuyo lucimiento escribió un divertido *Tartan dels Micos contra l'Estreta de l'Ensanche*, que fuimos a ver «todos» al Romea. Enric era, me parece que sigue siendo, una gran persona, y Terenci nos hacía espaguetis carbonara (además de telefonar, frecuentar a Alberti, conocer a famosos, y supongo que escribir, le había quedado tiempo en Roma para aprender a cocinar unos espaguetis realmente riquísimos).

Lo del teléfono —como el culto por el cine, sobre todo norteamericano, y el uso de palabras en inglés— era una característica del grupo.

Su amigo Pedro (Pere, el Gimfe) y, a través de Pedro, Juan Benet

He dicho que Ana y sus amigos andaban, andan, todo el tiempo colgados del teléfono. Con las horas que han pasado a lo largo de su vida Ana María Moix y Pere Gimferrer hablando entre sí por teléfono hubiera podido escribirse *El Quijote* o *La divina comedia*. Ahora, en los momentos culminantes de mi partida semanal de póquer, cuando estás a punto de comprobar si has conseguido o no la escalera real o si te ha subido el cuarto as, suena el teléfono de Ana. «¡Es Pere!», protestamos todos. Y Ana promete: «Voy a desconectar el móvil». Pero no lo hace, y es inútil repetirle a Pere que estamos jugando al póquer. O el póquer no le parece importante, o sigue con su obsesión del momento —entre todos los obsesivos, se lleva sin discusión la palma—, sin atender a lo que el otro dice. Pedro es el rey de los obsesivos, y Ana, el máximo receptor de sus confidencias. Tan fiel y tan paciente que ni siquiera desconecta el móvil durante nuestras timbas.

Cuando Ana empezó a hablarme de él, se llamaba Pedro y había escrito en castellano dos excelentes libros de poemas, por el primero de los cuales, *Arde el mar*, había obtenido, jovencísimo, el Premio Nacional de Poesía (escribe, caso poco frecuente, con idéntica maestría en ambas lenguas). Es curioso que antes de conocernos personalmente pasáramos días, muchos, comunicándonos a través de la Moix y escribiéndonos cartas. Unas cartas muy literarias y un poquito pedantes. Las suyas incluían pastiches rubenianos («Esther, la playa y la garúa / y el verde mar de muselina / y el vuelo blanco de una falúa / y los labios de nácar de la ondina» y: «Por la sonrisa de Esther / los pájaros se están quietos / y a oscuras rezo sonetos / por la sonrisa de Esther»); historias como la de Jaufré Rudel, que se embarcó en la segunda cruzada para ver a la condesa de Trípoli, a la que amaba sin conocerla, y murió en sus brazos; consideraciones literarias; vivencias personales. En las mías, creo que bastante esnobs, hablaba sobre todo de Nueva York, donde acababa de pasar el verano.

Tras mucho discutir el lugar, el día y la hora de la cita, nos conocimos finalmente en el Bagatela, un bar de la Diagonal, que ahora se llama José Luis. Y recuerdo que poco tiempo después asistimos juntos a un cóctel. Pedro llevaba una gabardina o un abrigo, y en la sala la temperatura era muy alta. Empezó el dilema. «La gabardina [o el abrigo] me da calor.» «Pues te la

quitas.» «¿Y qué hago con ella?» «La dejas encima de una silla.» «¿Y si alguien la coge?» «No creo. Pero, bueno, llévala colgada al brazo.» «Resultará ridículo.» Estuvimos así lo que restaba de tarde.

Ya he dicho antes que era, es, el rey de los obsesivos. Puede telefonar un montón de veces, angustiado de veras, para decidir si va a Madrid en tren o en avión, si va a Madrid o si no va, si manda unas flores o no las manda. Pero es también uno de los individuos más inteligentes que conozco, con mayor talento, más peculiar sin duda, y —cuando no se pone pesado, como en el caso de sus llamadas interrumpiendo la timba— francamente divertido. Tiene, me parece a mí, la ambición bien puesta: pretende dejar una obra que perdure (va camino de conseguirlo), ser amado por la mujer amada y tener buenos y leales amigos (y pienso que también lo consigue).

Pedro Gimferrer ha sido además, siempre, generoso conmigo. Cuando uno de mis libros le pareció personalmente ofensivo, se enfadó muchísimo, y el enfado les duró —a él y a su mujer— años (mucho más de lo que yo hubiera deseado, pues, contra lo que daba por supuesto en la carta que me escribió entonces, no había en mi texto nada deliberadamente dañino, no era en absoluto mi intención herirle, y me llevé un alegrón cuando finalmente nos reconciamos), pero no tuvo en ningún momento la falta de delicadeza de agredirme afirmando, o insinuando siquiera, que mi libro era, desde el punto de vista literario, un mal libro. Muy honesto y muy elegante por su parte. Puede parecer natural, pero pocos lo hubieran hecho.

Pedro me hablaba a menudo, y con admiración, de Juan Benet, que estaba escribiendo una novela en un rollo de papel continuo, de modo que no podía volver atrás para corregir o simplemente releer lo que llevaba escrito. El invento no me convencía demasiado, pero Benet era un escritor como la copa de un pino, y la novela, *Una meditación*, obtendría aquellos días el Premio Biblioteca Breve 1969. Mi encuentro con Juan Benet, orquestado por el Gimfe, tuvo lugar en el curso de un desayuno en mi despacho, y concluyó con el acuerdo de que escribiría un cuento para Palabra e Imagen.

Me dice en su carta del 19 de noviembre:

Tras el copioso desayuno [por lo visto, yo seguía dando bien de comer a mis autores] y nuestra entrevista del pasado día 4, a mi vuelta a Madrid me he puesto a trabajar en un romántico relato, con fondo de tumbas y cannonadas. Y lo hago tanto para matar ocios como para tenerte satisfecha en un futuro no lejano.

El relato será bello, un poco lastimero, de una extensión apropiada a tus ediciones ilustradas y muy apto para lucimiento de un fotógrafo en invierno. Su redacción se prolongará durante todo este año y puede estar en tus manos, si así lo deseas, en el próximo enero...

Y el 10 de diciembre recibo una bufanda preciosa, de punto, muy larga, a franjas de colores, con la advertencia: «El frío que vas a pasar leyendo *Una tumba* procurarás conjurarlo con este presente. Ten cuidado, mucho cuidado».

Un mes después me escribe: «Para bien o para mal, *Una tumba* [este iba a ser el título del libro] ha quedado terminada total y definitivamente. Su extensión es de 39 folios a doble espacio, y su carácter un tanto ambiguo, con un tono general de pesar». Y: «También quiero mandar otra copia a Félix, para que antes de militarizarse me dé su aviso».

Félix era Félix de Azúa, otro miembro del grupo de Ana y de los *novísimos*, y estaba por lo visto, como Pedro, Pere, el Gimfe, en edad de ingresar en nuestro glorioso ejército. Pedro lo haría en la 5.^a compañía, 2.^o batallón de Palma de Mallorca. A mí me preocupaba qué sería de él en un campamento, pero al poco de irse recibí una carta donde me comunicaba que estaba en el Hospital Militar, porque el mismo día de su llegada, a la una del mediodía, se había sentido mal, y ahora llevaba una vida tranquila y monótona en el hospital —del campamento no me podía decir nada: no había tenido tiempo de enterarse— a la espera de que le hicieran unas pruebas, de las que dependía que le mandaran o no otra vez al campamento. Los milicos no querían complicaciones y, tras unos meses y una nueva revisión médica lo devolvieron a casa. De modo que Pere no lo pasó mal en la mili (cuenta con cierto orgullo que llegó incluso a lanzar granadas).

El relato de Benet era bellísimo. Es curioso que, tratándose de obras de encargo, condicionadas además por la obligada colaboración con el fotógrafo, los textos de la colección, lejos de ser textos de circunstancias, constituyan en varios casos, como sin duda en este, obras maestras. Hizo las fotos, muy buenas, Colita, y se substituyó la rugosa cartulina verde gris por una lustrosa cartulina rosa. La verdad es que era un libro precioso.

Aparte de nuestros encuentros, siempre muy agradables pero breves, en Madrid y en Barcelona, coincidí unos días con Benet en Colonia. Nos invitaba, no recuerdo si el ayuntamiento o la universidad, a unas jornadas españolas. Nosotros dos, Carlos Barral, algún otro escritor y la pintora Montserrat Gudiol, a la que le habían montado una exposición. Nos alojábamos en el mismo hotel, y tuve ocasión de hablar largamente con Juan y de conocerle un poco mejor. Pero la nota la dio Carlos Barral. Aparte de asistir a una cena y a un par de actos oficiales, teníamos que leer, en castellano, un fragmento bastante extenso de nuestros libros. El local era nuevo, la sala, muy espaciosa, y estaba llena a rebosar. Y entonces Barral provocó un conflicto de difícil solución. Allí no se podía fumar. Habían instalado un finísimo mecanismo —en aquel entonces una innovación (sé que era en 1981 porque una de las mañanas, al bajar a desayunar, nos notificó Carlos consternado que acababan de dar por televisión la noticia de que habían asesinado a Anuar el Sadat)—, que no se podía desactivar, y que provocaba que, a la más levísima señal de humo —bastaba la simple bocanada de un cigarrillo—, sonara la alarma en su cuartel y los bomberos invadieran a los pocos minutos el edificio. Sería un desastre.

El público se impacientaba, viéndonos a la puerta del salón de actos y sin empezar; los organizadores estaban desesperados; Juan, el rostro impasible y la mirada ausente, se mantenía al margen: yo me moría de ganas de soltarle al poeta-editor un sopapo. Y el poeta-editor se mantenía

en sus trece: él no podía soportar el acto sin fumar, no iba a poder participar. Por fin se acordó que leería su texto, y después, mientras los demás leíamos los nuestros, iría entrando y saliendo de la sala y del edificio, para fumarse media pipa y regresar.

Una tarde con Neruda en la Barcelona franquista

El 10 de abril del 67 (si leo bien la fecha ya borrosa del membrete, borrosa como muchos de estos recuerdos tan lejanos, lo cual hace que mis confesiones sean poco mentirosas pero no siempre exactas) recibí un telegrama que me dejó perpleja: «PASAMOS AUGUSTUS DOMINGO DIECISÉIS PABLO.» Lo habían enviado desde el *Augustus*, y me fue fácil averiguar que se trataba de un barco de pasaje que hacía escala en Barcelona el día 16. Pero ¿quién era el tal Pablo y por qué no incluía el apellido? No recordaba a ningún amigo que se llamara Pablo ni que aquellos días estuviera navegando. Por extraño que me pareciera, podía ser, a menos que se tratara de una confusión, Pablo Neruda.

Me parecía extraño porque, a pesar de haberle publicado un hermosísimo libro en Lumen, haber tenido un breve encuentro en París y mantener por correspondencia un trato extremadamente cordial, tenía que haber forzosamente en Barcelona gente más amiga —Neruda viajaba sin parar y tenía amigos en todas partes—, más representativa en el mundo de la política o de las letras, para acudir a recibirle.

Le había pedido tres años atrás que escribiera un texto para Palabra e Imagen, adjuntándole un ejemplar de *Viejas historias de Castilla la Vieja*. Le encantaron, dijo, «el admirable texto y las bellas fotografías», aceptó colaborar y propuso: «Pienso en un tema que someto a ustedes. Yo vivo en una costa furiosa del Pacífico, con grandes olas y algas, rocas, naufragios. Mi casa guarda muchas cosas del mar, que he recogido de todos sitios. Si les escribiera una relación de cada objeto, mascarones de proa, anclas viejas, modelos de navíos, y además paisaje y gentes de por acá, ¿les gustaría a ustedes?». También nos sugirió al fotógrafo, Sergio Larraín, que estuvo con el poeta en Chile e hizo enseguida parte de las fotografías. Pero el inicio del texto se demoró un poco más.

«Con nuestro proyecto no empiezan a marchar las cosas —escribe Pablo Neruda en marzo del 65—. Tenemos elecciones el mes de marzo y yo recorro todo el país leyendo mis versos en todos sitios, escuelas, caminos, plazas, teatros. Como Chile es tan infinitamente largo son semanas y semanas de avión, tren, automóvil. Llego apenas por unos días a mi casa para descansar. Y salgo

de nuevo... El día 7 son las elecciones. El día 11 saldré de Montevideo en barco, a Francia. Desde el primer día escribiré a bordo y a lo mejor puedo entregárselo en París. Por eso me voy en barco.» Y el día 25: «El libro, gracias a la navegación, está en marcha. Título más probable: *Una casa en la arena*... Ayer pasamos junto al buque escuela *Elcano*, con todas sus velas hinchadas a pleno sol. ¡Qué belleza!».

Me gustó mucho que el texto se hubiera escrito a bordo de un barco... Desde París, Neruda había dado instrucciones estrictas a Larrain: «1. La llave es indispensable. No hay libro sin ella. Pero puedes hacerla sola, como flotando en el aire, o mejor aún botada en la arena. 2. Todos los mascarones deben aparecer. 3. El mar entre los palos de la finca debe ser final. El mar en mi texto es solo final. La casa debe ir antes. El final es el mar. 4. Bien por la arena y tesoros. 5. Deben ir los dientes de cachalote que hiciste en Valparaíso. Sin *dientes* no hay libro». ¡En pocos títulos de la colección la concordancia entre fotos y textos fue tan perfecta!

A él y a Matilde Urrutia les había conocido en París en octubre, en su etapa de poeta andariego —viajaba sin descanso— e informal (muy distinto al eminente diplomático, aturdido de citas y llamadas, y rodeado de subalternos en un lujoso palacete, con el que me encontraría años más tarde). Le urgía cobrar el anticipo, porque acababa de descubrir un mascarón de proa del que se había perdidamente enamorado. Y se alojaban en el Grand Hôtel du Mont Blanc, en el Barrio Latino, que a pesar del «grand» era muy modesto y en el que, comprobé en un viaje posterior, más entrado el invierno, te pelabas de frío. (En París suelo alojarme en otro hotel, nada lujoso pero extremadamente agradable, que recomendó Carlos Barral. «En París hay que ir al Hôtel d'Angleterre», dictaminó. Y, como Carlos Barral era entonces para mí poco menos que Dios, allí fuimos. Luego, añísimos después, me pregunta un día: «¿A qué hotel vas en París?». «Al que tú nos aconsejaste, al D'Angleterre.» «¿D'Angleterre? ¿Os lo aconsejé yo? No he estado nunca.» Lo cuento porque es una anécdota muy Carlos... y Carlos es uno de los protagonistas de este libro.)

El 16 de abril de 1967 nos dirigimos, pues, al puerto, confiando en que se tratara efectivamente del poeta. Solo tres personas: Esteban, yo y Oriol Maspons, que esperaba reflejar en imágenes el acontecimiento, no para la prensa —no nos acompañaba, que yo recuerde, ningún periodista y a mí ni se me ocurría que pudiera escribirse nada—, sino para conservar todos el recuerdo, y él las imágenes en su archivo (incomprensiblemente se ha perdido el reportaje y solo queda la foto que yo guardé) de una tarde que podía ser memorable. Poco rato antes de que zarpara el barco, y, cuando Pablo nos estaba invitando a subir para tomar a bordo unas copas de despedida, llegó la cantante Guillermina Mota. Éramos amigos —lo seguimos siendo—, le había comentado el telegrama y venía con la ilusión de conocer al poeta y hacerse dedicar un libro. No recuerdo que nadie más tuviera noticia de este primer regreso, clandestino y brevísimo, de Neruda a España después de nuestra Guerra Civil.

Porque sí se trataba de Pablo Neruda —acompañado, como siempre que le vi, por Matilde

Urrutia— y sí fue aquella tarde memorable. Neruda, como tantos otros, había jurado, y lo había manifestado repetidas veces en público, no regresar a España mientras siguiera Franco en el poder. Y a pesar de que, como para tantos otros, la espera se prolongaba más de lo esperado, lo había cumplido hasta entonces. Ahora aprovechaba la circunstancia de que, si viajas en barco, puedes desembarcar en los puertos donde hace escala con un simple pase que te entregan al bajar y devuelves a tu regreso —sin que quede constancia en el pasaporte ni en ningún otro documento, sin que legalmente hayas entrado en el país—, para pasar tres o cuatro horas en una Barcelona para él entrañable y llena de recuerdos, donde había estado en tiempos de guerra.

Siguiendo el itinerario que marcaba el hilo de su memoria, nos guio a través de gran parte de la Barcelona vieja, desde el ayuntamiento, el barrio gótico y la catedral hasta Santa María del Mar y la plaza Real. A lo largo de este recorrido nostálgico, el poeta habló casi sin cesar. Evocó con su voz ronca, rota, personalísima —la voz con la que leía sus versos en las calles, las plazas, las escuelas, los teatros de Chile— tantas horas intensas y apasionadas, tantas esperanzas frustradas, tantos sueños rotos, tantos buenos amigos y camaradas desaparecidos para siempre en el curso de una guerra que finalmente se perdió y que no se podía perder. Fue un monólogo inolvidable. Esteban y yo escuchábamos absortos, Matilde sonreía, Maspons nos sacaba un montón de fotos.

La tarde concluyó tomando unas tapas y unas cervezas en la plaza Real, acompañándoles hasta el puerto y subiendo a beber una última copa a bordo del *Augustus*. Entonces, rota ya la magia, devueltos a la realidad del presente, Matilde nos explicó que el destino final del viaje era la Unión Soviética. Había tenido últimamente problemas de salud, y —afirmó ante nuestro estupor— tanto Pablo como ella solo se fiaban de los médicos rusos: la medicina del mundo occidental no les merecía la menor confianza...

Como he dicho, después edité otros libros suyos —muchos, creo que nueve— y tuve ocasión de verles a él y a Matilde varias veces, de cenar juntos —en París, en Barcelona, nunca, y lo lamento, en Chile, nunca en la casa de Isla Negra, la casa sobre la arena, rebosante de mascarones de proa, de objetos extraídos de la mar, de recuerdos de amigos, la casa batida por las olas furiosas del Pacífico—, pero la imagen que conservaré siempre en el recuerdo es la de Neruda desgranando un monólogo maravilloso e interminable, mientras deambulábamos juntos, una tarde lejana de la primavera dulce y dorada aunque brevísima de mi ciudad. Y nunca he vuelto a pasar ante Santa María del Mar, para mí la iglesia más hermosa del mundo —léase la que más amo—, sin oír la voz ronca y emocionada del poeta, describiéndonos la noche que habían entrado allí, para rendir el último homenaje, a la luz de las velas, entre canciones y entre versos, a un amigo muy querido que acababa de morir.[1]

Ana María, Sitges y la felicidad

Como he contado, Matute fue mi primera autora y la vi varias veces en los años sesenta. Primero, casada todavía con Ramón Eugenio, que seguía obstinado en tratarla como una niña genial mas poco espabilada, incapaz de andar sola hasta la siguiente esquina, ficción a la que ella a veces se prestaba y que a veces hace todavía suya en la variante de que es un niño, no una niña, de diez años, cuando a todos los que la conocemos nos consta que es una mujer adulta y fuerte, capaz de llegar no ya a la próxima esquina, sino al otro extremo del mundo, si hay en el otro extremo del mundo algo que le interese de verdad. Lo que ocurre es que a Ana María le interesan, le importan, muy pocas cosas, y respecto a las demás, que le son absolutamente indiferentes, puede mostrarse perezosa e incapaz hasta lo inverosímil. En ella podemos tomar por flaqueza o generosidad lo que es aburrimiento e indiferencia. Me contarían después que durante el curso de una obstinada etapa de total silencio, en que llevaba semanas sin abrir la boca para nada y no sabían qué le ocurría ni cómo resolver su mudez, Esteban, que fue amigo de la pareja antes de que les conociera yo, les invitó con otra gente a un buen restaurante, y se produjo el milagro. Matute abrió la carta y exclamó con estentóreo entusiasmo: «¡Un chateaubriand!» (un buen pedazo de carne al punto figuraba para Ana María, hasta en sus peores momentos, entre las cosas importantes de la vida).

Luego se separó de Ramón Eugenio, estuvo un tiempo sola, privada legalmente de su hijo Juan Pablo, conoció a Julio, pasó un año en Estados Unidos, y, cuando regresó y se estableció con Julio y con Juan Pablo en Sitges, era una mujer distinta. Era una mujer feliz, y creo que pocas cosas marcan tanto a una persona como la profunda desdicha o la profunda felicidad.

Aunque la haya tratado durante casi cuarenta y cinco años, en una amistad sin baches ni paréntesis, los recuerdos de Ana María que rescato del pasado van ligados a Sitges, o no debería decir siquiera Sitges, dado que apenas salíamos a la calle, sino a la casa que alquilaron ella y Julio allí. Era un dúplex. Disparatado y encantador. En la planta baja había dos dormitorios, un baño, la sala comedor. Y en la parte delantera de la sala se había construido Ana María un pequeño estudio de madera y de cristal, donde tenía la máquina de escribir y un mueblecito en cuyo estante se apilaban las hojas de *Olvidado Rey Gudú*, una historia mágica de la que nos

contaba fragmentos (hablaba ahora por los codos) y sobre cuyos personajes hacía dibujos, y que tendría un éxito enorme cuando, muchísimos años después, la terminara. Por una escalera estrecha y empinada se accedía a la planta superior, que era solo dormitorio y terraza, un dormitorio todo cama, que ocupaban ellos dos, y una gran terraza, desde la que se dominaba los tejados del pueblo y se vislumbraba a lo lejos el mar. Adosados al dormitorio, una minúscula cocina y un diminuto baño. De modo que cada vez que se quería llevar algo desde la cocina hasta el comedor había que subir y bajar la empinada escalera y abrirse malamente paso por el dormitorio todo cama.

Son unos años, los de Matute en Sitges —tres, cuatro, cinco, no muchos más—, que recuerdo mágicos, dotados de una atmósfera, de una luz especial. De hecho habíamos escapado ambas, por caminos distintos pero paralelos, a un largo túnel asfixiante. Los cuatro —Ana María y Julio, Esteban y yo— éramos inmensamente felices y disfrutábamos compartiendo una felicidad que creíamos (y no lo fue, claro: de hecho he visto a Matute en estados de extremada dicha y de extremada infelicidad) interminable.

Para Ana María era, aparte del Rey Gudú, la etapa de los banquetes pantagruélicos, de las fabulosas joyas de cristal y latón, de los increíbles pueblos en tres dimensiones. Ella inventaba juegos, los hombres la secundaban sonrientes y distantes pero encantados, y yo me sumaba a todo con entusiasmo.

Primero fue la comida. De no saber preparar un café pasó a ser de golpe una fabulosa cocinera. Si la tarta de manzana que le ofrecí en casa de mis padres constituía un velado homenaje, las cenas de Sitges contenían el exceso, la intensidad, la desmesura de nuestra alegría. Eran a un tiempo disparatadas y exquisitas. Te invitaba a una cena en la que íbamos a estar solos los cuatro, y emergía triunfal del último peldaño de la escalera que llevaba a la cocina tambaleándose bajo el peso de una monumental pierna de cerdo o de cordero de la que hubiera podido comer hasta saciarse una tribu entera de vikingos. Porque también era la etapa de los vikingos, en que se declaró fascinada por aquellos míticos guerreros del norte, que surcaban altivos y feroces y guapísimos —casi tan guapos como Julio, tanto no, claro, tanto no podía ser— los procelosos mares con sus livianos y bellísimos bajeles. Y en realidad Ana María no había estado cocinando para nosotros cuatro, sino aquello que debía cocinar la reina de los vikingos el día en que regresaba su esposo vencedor de cien combates y ella invitaba para celebrarlo y homenajearle a todos los habitantes del poblado. Y a veces se acordaba de que había guisado unas espléndidas verduras cuando estábamos terminando el postre, o confundía las salsas, o comíamos frío lo que se debía comer caliente, pero eran unas cenas inolvidables —también, ay, una vez perdidas, irrepetibles—, porque nunca había constituido el comer tan glorioso aparato de lujosa fantasía, y era comer un juego, y cocinar era otro juego para niñas grandes que no querían acabar de crecer y que podían, si se lo proponían, superar también en su campo a la odiosa especie (no en vías de extinción) de las «mujeres de verdad». Y poco o nada tenía que ver todo aquello con el hambre, y

mucho con la lúdica afirmación del exceso y el disparate contra la medida y el comedimiento de la gente razonable.

Era también la etapa de las joyas. Yo arrastré alguna noche a Ana María al ballet o a la ópera, y comparecíamos en el Teatro del Liceo con sortijas ornadas de esmeraldas como huevos de paloma, abigarrados collares de oro y pedrería, casi como pectorales egipcios o aztecas, pulseras que se diría extraídas del mismísimo tesoro de los nibelungos. Las joyas que podían llevar las cortesanas del olvidado reino de Gudú, joyas espléndidas y primitivas, un poco como las cenas a base de enormes piernas de cerdo o de cordero. Las amigas del palco quedaban admiradas (las señoras de los palcos vecinos, atónitas). Y entonces Matute, modosita, les explicaba: «Las hago yo». Y proponía de inmediato: «No valen nada. Si queréis os hago otras parecidas». Y a la siguiente función acudíamos todas cubiertas de esas joyas fantásticas, que eran, eso sí, flor de un día, porque no duraban nada; enseguida se oxidaba el metal, se desprendía la purpurina, se rompían los hilos y cadenillas, se desprendían los pedruscos de vidrio. Pero tal vez el encanto de estas joyas de cuento de hadas estribara en que fueran hasta tal punto —como la felicidad— frágiles, perecederas e irre recuperables.

Y estaban los pueblos. No es fácil explicar qué eran e ignoro cómo tuvo Ana María la idea de construirlos. Tal vez a fuerza de acumular, sin un objetivo concreto, y darles luego vueltas, a restos de madera, botones, cajas y tubos de medicamentos, latas vacías, cristales de la playa y kilos y más kilos de purpurina (comprados para sus dibujos en un viaje al norte, cuando la llevó Julio a la tierra de los vikingos, y que hubieran bastado para pintar, terraza incluida, la casa entera). Llegó además un momento en que una pandilla de chicos del pueblo le llevaba los tesoros que habían encontrado en la basura, en la playa, en la calle, porque ella no es, mal que le pese, un niño de diez años, pero sí es capaz de tener, hasta sin proponérselo, a niños de diez años absolutamente fascinados. Eran unas porquerías que ocupaban mucho espacio, y que los demás —sobre todo Julio— veíamos crecer con cierta inquietud, al igual que la presencia también creciente de pandillas infantiles en la casa. A esos materiales de desecho se sumaban los que aportaba el carpintero, que estaba el pobre perplejo, porque desde siempre le habíamos parecido los señoritos de Barcelona un tanto raros y los escritores chiflados, pero no hasta aquel punto, y por otra parte no pudo dejar de sentir muy pronto por Ana María un respeto de profesional a profesional, porque era ella una artesana formidable. De estos materiales de desecho fueron surgiendo los pueblos. Se colgaban como un cuadro en tres dimensiones de la pared, pero eran cada vez más grandes, más complicados, y había que reforzar los muros para que soportaran el peso y recurrir a las paredes maestras. Construirlos llevaba mucho tiempo, horas y horas, y suponía a menudo noches enteras en blanco, exagerada Ana María en esto; en esto, como en todo, apasionada siempre.

En los pueblos tardíos había fosos, torreones, murallas, iglesias de cúpulas doradas, fastuosos

palacios para la reina Astrid y otros nobles personajes del mundo mítico de Gudú, talleres y tiendas y viviendas de artesanos; había bosques y ríos, lagos y mares dotados de profundidades lacustres y marinas. Se abrían puertecitas y ventanas, se encendían y apagaban las farolas de la calle y las luces del interior de las casas. Si las cenas pantagruélicas remitían a los banquetes primitivos y sabrosos de los vikingos, y las joyas a los nibelungos, los pueblos tenían una atmósfera eslava, eran poblados de la vieja Rusia de los zares, por los que podían cruzar en cualquier momento Pedro el Cruel o Iván el Terrible. Aunque creo que, en definitiva, todo se relacionaba de algún modo con el olvidado Rey Gudú.

He dicho que todo era, todo es, fugitivo y cambiante, fugaz e irrecuperable. Las cenas se consumían, las joyas duraban apenas unos días, ni siquiera es seguro que se haya conservado ninguno de los pueblos. Uno de los más hermosos se lo regaló a José María Carandell y tal vez lo tenga su viuda o alguno de sus hijos; el que me regaló a mí me lo robó una amiga para exponerlo en su colegio y no lo recuperé nunca.

También nosotros somos variables y fugaces. Como en los palacios de los pueblos, como en las joyas, se fue desmoronando la alegría, se desprendieron los sueños, ennegrecieron las ilusiones. Julio y Esteban murieron hace muchísimo tiempo. Julio de muerte repentina el día en que Matute se disponía a celebrar con él su cumpleaños y su santo. Durante décadas quedó abandonado el manuscrito de *Olvidado Rey Gudú*. Nosotras hemos envejecido. Aquellos tres, cuatro, acaso cinco años, son irrepetibles e irrecuperables, pero es magnífico haberlos vivido, porque acabaron, pero en determinado momento los tuvimos y conservaremos hasta el último aliento su cálido recuerdo.

Dos golpes de suerte: *Mafalda* y *El nombre de la rosa*

Ya he dicho que un pequeño editor no puede andar a la caza de *best sellers* convocando premios millonarios para obras escritas en español, firmando cheques en blanco o pujando en las subastas internacionales por títulos que se supone —solo se supone— van a ser de gran venta. Creo recordar que, al menos en un principio, Carlos Barral entregaba únicamente una medalla al ganador del prestigioso premio de narrativa Biblioteca Breve, y en ningún momento ha pretendido Jorge Herralde competir a nivel económico, en el premio que lleva su nombre y de cuyo jurado formo parte, con los premios de las grandes editoriales. Aprovecho la ocasión para comentar que la enorme profusión de premios, algunos espléndidamente dotados, a libros inéditos que se da en España, y que obedece en la mayoría de los casos al propósito de facilitar la promoción, cuando no de hacerse con un autor que pertenece a otro sello, me parece un despropósito y no existe en ningún otro país.

Un pequeño editor, una pequeña editora, no puede comprar un *best seller*, tiene que crearlo, o, mejor, tiene que apostar por varios títulos y confiar en que, a menudo de forma inesperada, se dispare la venta de uno de ellos. Es cuestión de olfato, sin duda. Pero también es cuestión de suerte. Con frecuencia ocurre con un libro que ha sido rechazado previamente por otras editoriales. Es curioso que el último gran éxito comercial que conseguí en Lumen, *El diario de Bridget Jones*, que muchos creyeron me había sido impuesto por la multinacional a la que había ya vendido la empresa, obedeciera a una decisión personal mía: otra de las editoriales del grupo lo había tenido antes en opción y lo había rechazado precisamente por poco comercial, y tuvieron que venderse muchos miles de ejemplares para que el equipo de ventas se tomara en serio su distribución y me costó Dios y ayuda que se hicieran a debido tiempo las reediciones.

Es posible que yo tenga olfato, pero lo seguro es que he tenido suerte. Y el primer gran golpe de suerte se produjo con *Mafalda*.

Fue en Madrid, en una de sus sucesivas librerías, donde Miguel García —entonces le llamábamos «Visor», nombre de la distribuidora inicial, especializada en cine y en fotografía— me dio un día un librito argentino de cómics, un cuaderno de *Mafalda* publicado en Buenos Aires

por un individuo inteligente y sensible y muy simpático, pero poco formal en los negocios, Jorge Álvarez. Me pareció fantástico. Los dibujos de Quino no habían alcanzado todavía la perfección, la exquisitez, de su obra más reciente, él no era todavía el gran dibujante que es hoy en su madurez, pero el personaje y la historieta eran ya geniales. Lo demuestra que hayan sobrevivido y sigan todavía vigentes, a pesar de que, para desesperación de sus fans (y de sus editores), Quino, dando prueba de una honestidad profesional poco frecuente, decidió acabar con Mafalda hace unos treinta años, por considerar que limitaba su campo de trabajo, le encasillaba en exceso y le impedía iniciar otros proyectos.

Yo conocía, pues, el personaje y la historieta cuando fui a la Feria de Frankfurt con Vida, la galleguita de los ojos azules por la que siempre preguntaba Cela (en realidad, un raro y explosivo cruce de neoyorquina y gallega). Ravoni —el agente de Quino, con el cual y con cuya mujer, Coleta, argentinos los dos, llegaríamos a ser Esteban y yo muy amigos— fue al stand de Seix Barral para ofrecerles los cuadernos de Mafalda; Carlos dijo que el mundo del cómic no le interesaba lo más mínimo; Ivonne, su mujer, estaba presente y comentó que podían tal vez encajar en Lumen, que sí publicaba libros de dibujos; Ravoni se lo dijo a Vida, que andaba por allí; Vida me lo repitió a mí... y yo recorrí enloquecida los pasillos de la Feria hasta dar con Ravoni y precipitarme en sus brazos. Pero era solo porque Mafalda me gustaba, no porque creyera ni remotamente que iba a ser un éxito comercial.

De hecho hice una modesta edición del primer cuaderno. Creo que tres o cuatro mil ejemplares. Y la venta, ante la sorpresa de todos, se disparó de inmediato, y sigue hasta hoy. Se han vendido en España cientos de miles, millones, de ejemplares. Y Quino, que recibió multitud de propuestas de otros editores, de grandes editores que podían dar tentadores anticipos y firmar cheques en blanco, siguió fiel a Lumen y publicó en España todos sus libros con nosotros.

A Umberto Eco le conocimos en Frankfurt. Era joven —todos lo éramos entonces—, trabajaba en la editorial Bompiani y andaba loco detrás de una alemana muy guapa, que había estudiado con Althusser y sería más tarde su mujer. Formaba parte de un grupo de intelectuales italianos extremadamente brillantes y divertidos, que durante la Feria cenaban a menudo con los españoles, porque eran inicialmente amigos de Barral, y porque teníamos muchos más puntos en común que con editores de otras nacionalidades. Era a finales de los sesenta. Los años de la *gauche divine*, de Bocaccio, de audaces transgresiones intelectuales y artísticas, años en que reinaba un estimulante desparpajo de costumbres, años en que creíamos que muchas cosas habían terminado para siempre (después resultaría que no eran tantas, pero agradezco a los cielos como un privilegio haber sido todavía joven en los sesenta). En Italia habían fundado el Grupo 63, con los que se organizó un encuentro en la Escola Eina, donde participamos con entusiasmo. No recuerdo si fue en el curso de este encuentro, o en una conferencia posterior, donde Alexandre Cirici citó cinco o seis libros de Lumen, absolutamente insólitos entonces. Mérito, sin duda, de mi hermano

Oscar y de Beatriz de Moura —entonces su mujer, que trabajó un tiempo en Lumen antes de montar su propia editorial—, porque yo me sentía, como ellos, orgullosa, pero no podía dejar de pensar que estábamos chiflados y que cualquier día íbamos a tener que cerrar el tenderete si no renunciábamos a anticiparnos tanto a nuestra época y nos resignábamos a ser más sensatos al elegir los títulos.

En una de aquellas cenas itálico-españolas (o milano-barcelonesas) de Frankfurt, Barral (ya he dicho que podía mostrarse generoso) le sugirió a Umberto que nos diera algo a los de Lumen, que estábamos empezando, tal vez una serie de sus artículos dispersos con los que podría montarse un libro. Se acordó esto, incluso llegó a firmarse el contrato, pero, ya en Barcelona, me telefoneó Ivonne y me propuso que, dado que ellos tenían el programa del año muy lleno, editara yo, en lugar de la selección de artículos, el título que tenía contratado Seix Barral. Acepté encantada, pero sin confiar mucho en las ventas —tampoco Carlos debía de verlo como el futuro *best seller* que iba a ser—, pues incluso creímos conveniente, en las dos o tres primeras ediciones (se harían muchísimas), titularlo *Apocalípticos e integrados ante la cultura de masas*, en lugar de simplemente *Apocalípticos e integrados* —que era el título de la edición italiana—, en un intento de que llegara a un público más amplio. Es curioso que también esta propuesta, como la de *Mafalda*, nos llegara a través de Ivonne.

Umberto vino a Barcelona para presentar el libro. Montamos un coloquio, al que invitamos a Eduardo García Rico, que se ocupaba de la sección de libros en la revista *Triunfo* de Madrid, que en aquellos momentos equivalía a lo que puede ser hoy *El País*, quiero decir que sentaba cátedra. Eco era, y es, un tipo simpático, ingenioso, brillantísimo, que se llevaba a la gente de calle. La semiótica constituía una novedad y causaba furor en los medios universitarios. Se habló mucho del libro.

En el curso de los años siguientes fuimos publicando con éxito todos los libros de ensayo de Umberto Eco. A él le traté bastante, y nos caíamos bien. Es una de las personas por las que siento —y no son muchas— un profundo respeto. Y no solo por su inteligencia y por su cultura, por su talento como novelista y como pensador. También por su humanidad (en cierta ocasión me telefoneó desde Milán para decirme que su hijo de unos dieciocho años venía a España con un amigo, que estaba un poco inquieto por él y que me agradecería que yo vigilara un poco la situación; el hijo pasó a verme por la editorial, estuvo muy amable, dijo que seguiríamos en contacto, y, como es lógico, ni supe más de él, ni le ocurrió nada malo, pero me resultó entrañable que Umberto se preocupara, que me lo pidiera, y sobre todo que creyera me iba a ser posible controlar a un chaval espabilado de dieciocho años; en otra ocasión, estando con Esteban en Milán, comentamos ante él, por pura casualidad, que una amiga común, que estoy segura no le interesaba lo más mínimo, iba a pasar sola el Fin de Año, y, ante nuestro asombro, la telefoneó de inmediato para invitarla a compartir con su familia las lentejas que allí se cenan esa noche), por la

lealtad que guarda a sus amigos, por lo que se ocupa y preocupa por sus alumnos, por su generosidad, por su sentido del humor. Y sobre todo porque quedan pocas personas en el mundo que nos sirvan como punto de referencia, que —puedan o no alguna vez equivocarse— nos marquen una pauta a seguir. Eco toma posición ante los problemas que se plantean en el mundo, una posición comprometida, honesta e inteligente. Creo que esta es tal vez la función más importante del intelectual, el máximo servicio que puede prestar a la sociedad en la que vive.

Así estaban las cosas cuando, el año 1980, se supo que Eco había escrito una novela y que en Italia la editaba a bombo y platillos Bompiani. Hubo ofertas de otros editores españoles, pero no se abrió una subasta. Umberto dictaminó que su editor español era Lumen y que la editaba Lumen. Muchas veces me han dicho: «Claro, tú eras muy amiga de Eco, fue una muestra de amistad». No, no se trata de esto. Le respeto enormemente, le debo mucho y me hubiera encantado que llegáramos a ser de veras grandísimos amigos, pero no ha sido el caso, no ha habido suficientes ocasiones de trato, suficientes puntos de coincidencia. Nos dio *El nombre de la rosa*, así se llamaba —a estas alturas lo sabe todo el mundo— la novela, porque le pareció que era, no ya justo, sino normal. Diría que ni se planteó que pudiera hacerse otra cosa. Y me parece fantástico que fuera así.

El libro alcanzó un éxito sin precedentes. Estaba en todas partes. Se exhibía en el escaparate de la papelería del último pueblo de España. Se comentaba en la prensa, en la radio, en televisión. A la fiesta que celebramos en casa de Miguel y Mari Paz asistió el todo Madrid literario e intelectual, el ministro de Cultura de entonces —Solana—, el embajador de Italia. En la fiesta que di en mi piso de Barcelona —yo había establecido ya la costumbre de presentar un libro o festejar a un autor en mi domicilio particular, y de que sirvieran bebidas y comida jóvenes estudiantes amigos de mis hijos y no camareros profesionales—, la gente —una invitada y otra no— invadió la cocina, los dormitorios, el rellano de la escalera...

Pero el primer indicio de que el libro tenía un gancho especial, de que iba a llegar —pese a contener largas disquisiciones filosóficas e históricas y páginas enteras en latín— a un público muy amplio y variopinto, lo tuve cuando mi padre, que no era un gran lector, al terminar de corregir las pruebas —papá, como pequeño editor genuino, hacía un poco de todo, aparte de llevar la parte comercial— de la primera parte del libro, que yo le había pasado, me pidió con urgencia la segunda: era algo que no había ocurrido nunca y que demostraba que había quedado atrapado por la historia y por el modo de contarla.

Era el éxito con mayúscula. Repentino y mundial. Y no he conocido a nadie a quien un éxito de esa magnitud hiciera perder tan poco la cabeza como la perdió Umberto. Siguió dando sus clases en la Universidad de Bolonia y en Estados Unidos. Igual que siempre. Programa un tiempo determinado para la promoción de sus libros; es un excelente profesional y sabe que se lo debe a sus editores. Pero dentro de unos límites estrictos. No creo que sus alumnos salgan nunca

perjudicados. Viví de muy cerca algo increíble: se le ofreció a Eco uno de los premios más importantes, más prestigiosos, que se conceden en el mundo de habla hispana, y respondió que lo sentía mucho, pero que, si lo daban en tal fecha y había que asistir personalmente a la entrega, debía renunciar a él, porque tenía una clase o una conferencia o un seminario (no lo recuerdo bien, en cualquier caso un compromiso académico habitual) aquel mismo día.

Quino y Eco fueron fieles —a Lumen, no a mí— hasta el final. Gracias a ellos, y a mi padre — que tenía un gran instinto para los negocios, pero no vio nunca la editorial como un negocio, del mismo modo en que yo he dirigido a lo largo de tres cuartas partes de mi vida algo que parecía una empresa pero no he sido nunca, para bien o para mal, para bien y para mal, una empresaria (risa me da que me entrevisten o me inviten a una reunión en calidad de mujer empresaria)—, fue posible durante más de veinte años esta magnífica aventura de Lumen: una pequeña editorial independiente que publicaba únicamente aquello que le apetecía, que llevó a cabo un importante cometido cultural, que hacía las cosas a su modo (bastante peculiar), que permitió a mucha gente llevar a término aquello que deseaba realizar, que posibilitó a muchos tantas cosas, que creó un lugar donde todos trabajaban con gusto y sin agobios, y donde varios de nosotros trabajábamos con genuino entusiasmo y auténtico placer.

Distribuciones de Enlace: ocho editores atípicos, independientes y comprometidos

Distribuciones de Enlace nació a causa de un conflicto de Carlos. Desde siempre su relación con los Seix —la familia que compartía con los Barral la empresa— había sido difícil, y la situación empeoró cuando a Víctor Seix, con el que siempre era posible llegar a un mínimo entendimiento, le atropelló un tranvía en Frankfurt, durante la Feria, y le causó la muerte.

Como me he comprometido a ser poco mentirosa (lo cual no significa ni por asomo que vaya a decir toda la verdad), confesaré que en mi opinión —en aquellos momentos Seix Barral distribuía los libros de Lumen y viví el conflicto relativamente de cerca—, incluso desaparecido Víctor, el equilibrio hubiera podido seguir manteniéndose, que Carlos no hubiera debido irse nunca de la empresa, e incluso que, en el fondo, no albergaba la menor intención de hacerlo. Hubiera bastado que, en lugar de despotricar tanto, les hubiera dedicado una mínima atención, les hubiera hecho un mínimo caso, a sus socios, que les pasara de vez en cuando la mano por el lomo, que les destinara de vez en cuando una milésima parte del poder de seducción que derrochaba a manos llenas con todo el mundo, incluso con personas que ni valían nada ni le importaban nada, pues, si Gimferrer es el rey de los obsesivos, Barral fue sin posible competencia el príncipe de los seductores. Pero no. Carlos se lamentaba, se hacía la víctima, se enfurecía. Y algunos de sus colaboradores más próximos, en esta ocasión Rosa Regás y Rafael Soriano, le tomaron en serio, se solidarizaron con él, y convirtieron lo que pudo haber quedado años y años en escaramuzas (difícilmente me convencerá nadie de que en el fondo la familia Seix no admiraba y respetaba al poeta-editor) en una guerra real, en un duelo a muerte.

Rosa y Rafael se indispusieron con el bando de los Seix, salieron a las malas de la empresa, y se montó a bombo y platillos un acto de protesta contra la editorial y de homenaje a las dos víctimas en El Sot, un local de copas de Barcelona. Participamos todos, Carlos incluido. Llegaron adhesiones de personalidades del extranjero. En el mundo de la edición se enteraron hasta los ratones. El pobre Barral —si la quería— no tenía escapatoria.

De modo que recibí poco después una llamada de Rafael Soriano, que era quien había llevado la distribución, para que nos viéramos en el acto. Nos reunimos en un café y me contó que Carlos dejaba Seix Barral, que iba a montar otra editorial, Barral Editores, y que necesitaba, claro, que alguien le vendiera los libros. Me pidió que retirara el fondo de Lumen de Seix Barral y me integrara en una nueva distribuidora, que iba a montar y a dirigir él. Aunque yo hubiera podido seguir en Seix y un cambio de canales de venta es siempre, al menos a la corta, perjudicial, no vacilé en seguir al príncipe de los seductores..., al que ni se le ocurrió que yo, y los demás, le estábamos haciendo un favor, que no pensó ni por un momento en darnos las gracias o decirnos que se alegraba de tenernos con él, porque afirma mi hermano que hay personas dotadas de memoria y personas que no, y las que la tienen recuerdan los favores y los agravios, y las que no ni los recuerdan ni los tienen en cuenta para nada, y sospecho yo que los españoles pertenecemos en general a la segunda modalidad, y Carlos más que nadie, pues si, por una parte, no agradecía los favores, las atenciones ni los regalos, por otra era capaz de mostrarse muy amigo de un tipo que nos había robado hasta la camisa, de mandar a su hijo a aprender el oficio de editor con un especialista en ediciones pirata o de proponer para ministra de Cultura a una persona que había estado a punto de acabar con todos nosotros, por la exclusiva razón de que le parecían divertidos, guapos y simpáticos, mientras mantenía por el contrario luchas enconadas y suicidas contra aquellos que, por motivos más o menos justificados o arbitrarios, le caían gordos o tenía entre ceja y ceja. Auténticas cruzadas en las que debíamos sin condiciones implicarnos los amigos, como la que inició contra Juan Ferraté por haber aceptado, tras su marcha, la dirección literaria de Seix.

Yo era amiga de Juan —no tanto como de su hermano Gabriel, ni mucho menos, pero amiga—, y cuando Carlos, durante la Feria de Frankfurt posterior al conflicto, me conminó una noche, en el bar del Frankfurter Hof, excelso punto de encuentro de los más excelsos representantes del mundo del libro, a negarle el saludo si me lo encontraba, bajo la amenaza de romper conmigo caso de no hacerlo, pensé que no me quedaba otro recurso que tomar el próximo avión a Barcelona. A primera hora de la mañana siguiente telefoneé preocupadísima a Jaime Salinas, que conocía muy bien a Carlos —no solo eran viejos amigos, sino que había trabajado para él en Seix Barral—, y es siempre docto y solícito consejero, fui a desayunar a su hotel, y me convenció de que lo que dijera Barral con un par de copas y de madrugada en un bar no significaba nada, que no iba a pasar nada (no solo no pasó nada, sino que poco después Ferraté y Carlos estaban comiendo juntos en un restaurante de Barcelona), que me quedara tranquilamente en la Feria y saludara a quien me viniera en gana.

Así nació Distribuciones de Enlace. Fuimos: Barral Editores, con Carlos; las jovencísimas Anagrama y Tusquets, fundadas y dirigidas respectivamente por Jorge Herralde y Beatriz de Moura; Edicions 62, pionera de las ediciones en lengua catalana, con José María Castellet de

director literario, y con la participación de Romà Cuyàs y Oriol Bohigas; Laia, con Alfonso Carlos Comín; Fontanella, con Paco Fortuny; una editorial de Madrid, Cuadernos para el Diálogo, que editaba la revista del mismo nombre, muy influyente en aquellos años y relacionada de algún modo con Ruiz Jiménez, representada por Pedro Altares y por Rafael Martínez Alés, y Lumen.

Un grupo de editores independientes, antifranquistas —dentro de tendencias muy diversas: pesuqueros, nacionalistas, socialistas, cristianos de izquierdas—, con un toque de sofisticación y exquisitez —varios de ellos pertenecían a la *gauche divine* o estábamos vinculados a ella—, ocho editores atípicos, que no consideraban que una editorial fuera simplemente un negocio más y que vender libros se equiparara a vender chorizos, que creían, por el contrario, que estaban llevando a cabo una importante misión política y cultural. Es raro que haya uno, y nos juntamos ocho...

Nos reuníamos en el nuevo local, diseñado por Oriol Bohigas, que había abierto Mariona, prolongación del mítico restaurante Ca L'Estevet próximo a la ronda San Antonio, y aquellos almuerzos figuran entre las reuniones más interesantes, inteligentes y divertidas en las que he participado a lo largo de mi vida. Se hablaba de libros, claro, de nuestros respectivos programas editoriales, de proyectos compartidos (el más importante fue la creación de Ediciones de Bolsillo, colección conjunta a la que cada sello aportaba los títulos que le parecían más adecuados), pero se hablaba también muchísimo de política (Alfonso Carlos Comín comparecía a menudo con una noticia muy reciente, o lanzaba a veces, según el giro de los acontecimientos, afirmaciones contundentes que se contradecían con lo que había dicho dos semanas atrás, y que me dejaban perpleja y en ocasiones escandalizada; los de Madrid aportaban chismes de la Villa y Corte); se hablaba de literatura, de arte, de lo que ocurría en el mundo, de frivolidades (Barral, siempre brillantísimo, siempre divertido y ocurrente; Castellet, un poco más distante y socarrón; Herralde, deslizando sus incisivos sarcásticos, sus pequeños dardos punzantes y en ocasiones envenenados). Polemizábamos, chismorreábamos, reíamos, coqueteábamos.

Pero, frivolidades aparte (y haberlas las había: la colección de bolsillo se discutió horas y horas, hasta el amanecer, en el salón del domicilio particular de Oriol Bohigas, debido a constantes interrupciones porque alguien se sentaba a improvisar al piano, y a la interminable polémica con Carlos, que amenazaba con retirarse del proyecto si no renunciábamos a la tipografía que había elegido el diseñador gráfico, ¡jamás permitiría que ni uno solo de sus libros se imprimiera en una letra asexual como era la futura!), éramos, no voy a dármelas de modesta, excelentes profesionales, figurábamos entre los mejores editores del país, y la derecha se tomaba lo bastante en serio nuestro compromiso político para lanzar en Barcelona unas bombas que destruyeron en gran parte el local de Enlace y quemaron cientos de miles de libros, y para causar repetidos destrozos en la librería de los García en Madrid, la Antonio Machado.

Lo extraordinario es que Carlos Barral, con la colaboración de su devoto sumo sacerdote, Rafael Soriano, lograra imbuir el convencimiento de que lo nuestro, y por consiguiente también lo

de ellos, era algo más que un negocio, de que estábamos cumpliendo una importantísima misión cultural y política, a gran parte de los empleados de la red de ventas. Un auténtico espíritu de cruzada, al menos en los primeros tiempos. Supe que en la editorial de Carlos, una administrativa, a los pocos días de dar a luz, se hacía llevar por su madre el bebé a la oficina y se ocultaba en los lavabos para amamantarlo, renunciando a las vacaciones que le correspondían para no abandonar el trabajo. ¡Y había que ver lo que fueron, durante los primeros años, las convenciones a nivel nacional de los representantes de ventas, o las reuniones de vendedores en Barcelona o de librerías locales en el curso de los viajes que realizábamos juntos, capitaneados por Soriano, dos o tres editores del grupo! El extremado respeto por nosotros y por lo que hacíamos, el deseo de colaborar. Si la venta de nuestros libros no rendía lo bastante, quizás algunos la complementarían vendiendo conservas o electrodomésticos, pero lo importante eran los libros. Yo no lo apreciaba debidamente, porque no había asistido a convenciones ni a reuniones de ese tipo, pero cuando, treinta años más tarde, vi cómo se desarrollaban en los grandes grupos, en las editoriales «normales», quedé de piedra.

Enlace fue durante bastante tiempo un fenómeno único, difícilmente repetible, y el mérito era de Barral. Porque Carlos era perfectamente capaz —lo contaré en el capítulo siguiente— de tener esperando a todos los librerías de Sevilla para entretenerse probando un higo chumbo o para darse un baño en una playa mediterránea, pero también le he visto mantener charlas interminables con el chaval del ascensor o pasar una tarde entera en el patinejo lleno de moscas de una ciudad del sur, debatiendo con un representante sobre razas y cuidados y adiestramiento de perros, mientras la mujer sacaba de la cocina un plato tras otro y los chiquillos correteaban a nuestro alrededor. Ni que decir tiene que el chaval, y el representante, y la mujer, y los niños, y hasta las moscas, le adoraban.

Era fácil querer a Carlos. Perdonarle, no solo sus caprichos de niño malcriado, cuya enumeración era capaz de oír de buen talante e incluso con humor, sino actuaciones más graves, como recomendar para cargos de responsabilidad a personas que se revelaban —le sobraban motivos para saber de antemano que lo eran— indeseables, o pretender —cuando tuvo que vender Barral Editores y como consecuencia retirar su fondo de Enlace— llenar ese vacío haciendo entrar en nuestro grupo a Editora Nacional, anodina empresa asociada en la mente de todos al gobierno, y más indeseable por tanto que los individuos que, por caerle bien, intentaba endosarnos —y a veces lo conseguía— en puestos importantes.

Con Carlos Barral por tierras levantinas y andaluzas

Para mantener vivo el espíritu de cruzada que propugnaba Distribuciones de Enlace, Rafael Soriano nos arrastraba a unos pintorescos viajes por España. Además de los periodistas, había siempre en los hoteles tres o cuatro poetas que esperaban emocionados a Barral (si estaba Barral entre los viajeros) y un grupito de jóvenes rebeldes politizados que esperaban emocionados a Comín (si, y era menos frecuente, estaba él con nosotros). Teníamos reuniones con los librereros, convocábamos ruedas de prensa, íbamos a emisoras de radio, visitábamos librerías, charlábamos y comíamos con escritores, artistas e intelectuales de la ciudad. En localidades pequeñas o apartadas constituíamos todo un acontecimiento. Y a veces era fatigoso, pero a menudo lo pasábamos bien. Disponíamos de tiempo, además, para charlar largamente entre nosotros.

Fue en el curso de estos viajes donde tuve ocasión de conocer mejor al príncipe de la seducción. En uno de ellos nos abandonó por las buenas —ante la desesperación de Rafael Soriano— en la primera ciudad del itinerario previsto, Zaragoza, tras una conversación telefónica con Ivonne (¿tormentosa o apasionada?, cualquiera sabe, seguramente las dos cosas a la vez), haciéndose sustituir por un jovencísimo Félix de Azúa, con el que le divertía sostener unas conversaciones farolíticas, basadas en un brillante intercambio de frases ingeniosas. Yo asistía al espectáculo como si se tratara de un partido de tenis. (A Enrique Vila-Matas, tan aficionado a este deporte, le hubiera encantado, pero a mí me dejaba, si se prolongaba demasiado el juego, medio mareada.)

Para promocionar la venta de nuestros libros, nos habíamos lanzado, pues, a recorrer las tierras de España. Y una buena mañana me encontré metida en un coche, junto con Carlos y Rafael, camino de Valencia y de Andalucía. Rafael nos trataba como al parecer tratan las mujeres listas y experimentadas a los hombres: como niños y como dioses. Nos suponía una total carencia de sentido práctico, de responsabilidad y de sensatez, y nos atribuía, en contrapartida, cantidades ingentes de talento. De modo que —siempre con delicadeza y con cariño, porque reconozco que nos mimaba muchísimo— nos dirigía, nos administraba y, hasta donde se lo permitíamos, nos manipulaba.

Hacia un tiempo casi estival. Carlos había manifestado, de entrada, que no se sentía seguro en un automóvil si no era él quien conducía, de modo que se sentó al volante y avanzamos a un promedio de cuarenta kilómetros por hora. Era lo más aproximado a un viaje del siglo XIX, lo más parecido a recorrer los campos de España a lomos de mulas. Todo nos admiraba, todo nos sorprendía, todo servía de pretexto para hacer un alto en el camino, mientras en el asiento trasero Soriano se mordía, impotente, los puños y nos repetía por milésima vez que íbamos a llegar tarde.

Y efectivamente llegábamos tarde a todas partes. Mas no creo que importara demasiado, porque nos esperaban pacientes en todas partes unos representantes que se veían a sí mismos como comerciantes, pero también, gracias a Carlos, como paladines de la noble causa de la cultura, que en muchos casos le adoraban y que le hubieran perdonado cualquier cosa (la puntualidad es la cortesía de los reyes, pero ¿quién ha dicho nada de los dioses?).

Al llegar al hotel, Carlos subía un momento a su habitación, y se sentaba luego en un rincón del bar, enarbolando su brillantez (la llevaba siempre puesta), su benévola ironía y un vaso más que mediado de whisky. Atendía a dos o tres periodistas y era acaparado enseguida por los jóvenes poetas de la localidad. (Decían en aquel entonces las malas lenguas, y creo que había parte de verdad, que los jóvenes poetas que acudían con sus versos a Jaime Gil de Biedma salían de su despacho o de su casa deshechos en llanto: doy fe de que todos salían radiantes y fascinados de las entrevistas con Barral; Jaime se los tomaba en serio, sospecho que a Carlos le traían casi siempre sin cuidado.)

A mí aquel vaso de whisky más que mediado me molestaba un poco, porque el primer día habíamos parado, a la hora de comer, para tomar un batido, y por la noche habíamos cenado cerca del hotel otro batido, y al mediodía siguiente, dado que todavía estábamos en Valencia, almorzamos, de pie ante un tenderete del paseo, dos horchatas gigantes, y cuando, a la noche de aquella segunda jornada, se me propuso una granja para la cena, pregunté si no íbamos a alimentarnos de otra cosa que de batidos y horchatas durante lo que restaba de viaje. Carlos quedó muy sorprendido, y me explicó que él tenía úlcera, que no se encontraba demasiado bien, que debía seguir una dieta de productos lácteos y que no se le había ocurrido que a nosotros nos pudiera apetecer otra cosa. A partir de entonces sí fuimos algunas veces a restaurantes, y yo hablé con el *maitre*, los camareros, hasta con el cocinero y con el dueño, en un intento, siempre fallido, de que le hicieran a Barral ese arroz hervido (no puede ser más fácil) con el que curamos los catalanes, o al menos mi familia, todos los males.

Y después de tanta dieta parcialmente compartida a base de leche, batidos y horchata, y de tanto bregar yo en los restaurantes, me irritaba un poco que Carlos, guapísimo, recién salido de la bañera y con la camisa abierta sobre el pecho, rodeado de jóvenes poetas y de glorias locales, enarbolara de inmediato el primer whisky de la velada. «Se lo chivaré a Ivonne», le amenazaba,

porque Ivonne iba a reunirse con nosotros en Sevilla. Pero Carlos me dedicaba su mejor sonrisa, los ojos brillantes de picardía, y aseguraba que no sería yo capaz de tamaño desaguisado.

Además de recorrer carreteras secundarias pero pintorescas a cuarenta por hora, y detenernos porque Carlos quería que bajáramos a coger para él un higo chumbo —no los había probado nunca—, o porque hacía autostop una irlandesa pelirroja y pecosa y jovencita que le recordaba a la reina Ginebra, o porque le era absolutamente imprescindible meter un pie, al menos un pie, en el Mediterráneo, ese mar tan suyo y tan mitificado, además de fascinar a poetas y responder a periodistas y recorrer librerías regentadas por periodistas o poetas, y además de cerrar el último local de todas las ciudades —momento en el cual Carlos nos reprochaba amargamente, a Soriano y a mí, y daba igual que fueran las cuatro o las cinco de la madrugada, la grosería de abandonarle solo en su habitación—, celebrábamos, claro, las reuniones con distribuidores y libreros que eran el objetivo del viaje.

Les congregábamos a todos en un salón del mismo hotel —Carlos, Rafael y yo detrás de una mesa, sobre un estrado—, y les soltábamos nuestro discurso. Habíamos acordado que iba primero yo, y siempre empezaba refiriéndome a lo que había supuesto Barral para la gente de mi generación, a la espléndida labor que había llevado a cabo, a lo feliz que me hacía compartir con él aquel acto, para exponer luego ordenadamente, como una niña aplicada —era lo que Rafael quería—, el programa editorial de Lumen para el próximo año. Después llegaba el turno de Barral, y hablaba de lo que le venía en gana: del Mediterráneo, de en qué consistía ser un editor vocacional, de que tan castellano era el que se hablaba en Santiago de Chile como el que se hablaba en Santiago de Compostela o en Santiago del Estero, o de que había cuatro grandes nombres en la narrativa del siglo xx: Proust, Kafka, Joyce y... (aquí seguía un nombre que no me sonaba en absoluto y que nos sumía a todos en la perplejidad y la mala conciencia de nuestra incommensurable ignorancia, ¿cómo podíamos no conocer ni el nombre de un novelista de la talla de Proust, de Kafka o de Joyce?). Con un poco de suerte —y entonces Rafael suspiraba feliz— nos hablaba también de los libros que iba a publicar. Pero ni una sola vez agradeció mis elogios, me devolvió mis cumplidos, se refirió a mí ni a Lumen. Uno no espera, por supuesto, que baje Apolo de su altar para agradecer la ofrenda de un cabrito o una pareja de palomas...

En determinado punto del viaje llegamos —como en los cantares de gesta y en los cuentos de hadas— a una encrucijada de caminos. Dos de ellos llevaban a Sevilla, donde nos esperaban Ivonne y una reunión cumbre de distribuidores y libreros y literatos andaluces, pero uno de ellos pasaba por Granada y el otro por Almería. Yo empecé a argumentar que era Granada una ciudad preciosa, en la que había pasado además algunas de las horas más felices de mi juventud, pero fue, esta vez, una suerte que Carlos no escuchara, decidiera por cuenta de todos y descartara Granada —reducida en segundos a poco más que una horterada para turistas— a favor de las

tierras desérticas, agrestes, hechas únicamente de piedra y luz, inquietantemente hermosas, de aquella zona de Almería, y sobre todo del pueblo de Mojácar, encaramado en lo alto de un enorme peñasco, a poquísima distancia del mar.

A Mojácar fuimos, pues para nada valió que protestara Soriano que el trayecto era más largo y que, si hacíamos noche en Mojácar, nos quedaban luego demasiados kilómetros al otro día para llegar hasta Sevilla, porque nuestro príncipe amenazaba con no dar a la mañana siguiente un solo paso si no le dejábamos dormir en el parador que había en lo alto del peñasco y darse un baño en aquellas playas. De modo que aquel anochecer paseamos los tres por las callejas encaladas y casi desiertas de Mojácar —no había comenzado la temporada turística y solo se veían algunos viejos enjutos, algunas mujerucas vestidas de negro—, y yo estaba encantada de que Carlos nos hubiera llevado contra nuestra voluntad a un sitio tan bonito, y me dije que a lo mejor había conseguido incluso trasladarnos a una época anterior, e íbamos a encontrar a nuestro regreso una posada alumbrada por velas en lugar del confortable parador y tendríamos que terminar el viaje a lomos de mulas porque se habría esfumado nuestro coche.

Al día siguiente, pasadas las ocho de la tarde —los representantes, los librereros, los periodistas, los poetas y los intelectuales, amén de Ivonne y algunos amigos, aguardaban desde las siete—, llegamos sudorosos y agotados al hotel de Sevilla, dejando atrás un tráfico endiablado que nos había devuelto de forma incuestionable al siglo xx.

Ivonne nos esperaba impaciente en el vestíbulo, y allí mismo, tras un beso apresurado, se lo largué todo de corrido y sin tomar aliento: que su marido había pretendido matarnos de hambre con una absurda dieta de horchatas y batidos (me callé lo de los whiskies), que había intentado hacernos morir de sueño alargando las noches hasta el amanecer en unas sórdidas salas de fiesta pueblerinas y no levantándose luego él por la mañana, que hasta me había hecho bailar, ¡a mí!, un pasodoble torero, sin duda para que vieran los andaluces que los catalanes nos atrevíamos con algo más que con las sardanas, que traía yo las manos deshechas de batallar contra un higo chumbo, que había aceptado Carlos mis públicos elogios sin corresponder en absoluto, con la naturalidad con que podría aceptarlos un dios al que todo le fuera debido, y que para colmo había logrado que me sintiera una mísera analfabeta al citar junto a los nombres de Joyce, Proust y Kafka un cuarto nombre incomprensible, que apuntaban en el acto con disimulo los poetas locales, sin atreverse a preguntar la ortografía. No se trataba de que fuera egoísta, que seguramente no lo era —pruebas tenía yo de su generosidad para conmigo y para con otros—, ¡se trataba de que no podía abandonar ni por un instante la íntima convicción de constituir el centro del universo, convicción que nos había sido a todos arrebatada antes de terminar la primera infancia!

Ivonne me cogió cariñosa por los hombros, me dio la razón en todo, y luego se echó a reír. Y Carlos, de pie entre las dos —como el niño que recibe una regañina pero sabe que a la postre, no

solo le perdonaremos la travesura, sino que se la celebraremos como una gracia—, parecía también divertido y feliz.

De modo que reímos juntos los tres, y subimos a nuestras habitaciones, y un rato después estábamos allí, ante la concurrencia que nos había esperado durante casi dos horas, y Carlos, la camisa negra abierta sobre el pecho, una cadena de oro al cuello, la pipa en la mano, el gesto indolente y seductor, estaba explicándonos aquello del castellano que se habla en Santiago de Chile y Santiago de Compostela y Santiago del Estero. Todo como de costumbre. Solo que esta vez, en mi intervención, yo no había hablado para nada de las colecciones Biblioteca Breve y Formentor, ni de los premios del mismo nombre, ni siquiera del editor-poeta.

Recuerdos muy personales del encierro en Montserrat

En diciembre de 1970, no mucho tiempo después de que se creara Distribuciones de Enlace, se produjeron en Burgos los últimos juicios del franquismo con condenas a muerte y se convocó clandestinamente un encierro en el monasterio de Montserrat, donde el abad había aceptado acogernos.

Es increíble que los servicios de seguridad no se enteraran. Se trató, sin duda, de un golpe de suerte (a veces los intentos más inauditos tienen un éxito inexplicable, como la huelga de tranvías de muchos años atrás, en pleno franquismo puro y duro, que tanto me había impresionado de niña, porque aún recuerdo todos los tranvías vacíos, ocupado solo uno de ellos por un amigo de mis padres, al que el chófer seguía a pocos metros en el Mercedes), pero desde luego no podía ser verdad que dispusiera la España de Franco de un sistema policial tan eficaz como nos habían hecho creer. Porque las personas enteradas del encierro —la convocatoria se transmitía de boca en boca, y corrió varios días por Bocaccio, templo indiscutido de la *gauche divine*, que se congregaba allí noche tras noche a tomar unas copas— éramos muchas y no se trataba en su mayor parte de personas avezadas en la clandestinidad ni especialmente discretas. Y casi todos, no obstante, llegamos sin dificultad al monasterio y transcurrieron varias horas —la noticia ya había saltado a la prensa y a las radios extranjeras— antes de que cerraran el acceso a la montaña.

A mí me avisaron por teléfono y prometí ocuparme a mi vez de convocar a las dos Ana Marías. La tarde anterior intentamos convencer a Carlos, pero en aquellos momentos, como director de Barral Editores, su posición ante los accionistas era delicada, y no se atrevió. También debieron de insistirle mucho a mi hermano, que declaró no creer en la eficacia de este tipo de encierros, a lo que le respondieron que se subía precisamente a discutir si nos encerrábamos o no. De modo que Oscar —que por ser también poco mentiroso tiende a creerse a pies juntillas lo que le dicen— subió, le molestó que Rosa Regás estuviera a la puerta del monasterio tomando nota de los nombres de las personas que llegaban, manifestó públicamente lo que pensaba, comprobó en el acto que no se trataba de discutir el encierro, sino de encerrarse, y se marchó. Sí se quedaron en cambio Beatriz de Moura, que aparece en muchas de las fotografías, y Lluís Clotet, que creo

recordar habían subido con él. (Que haya tantas fotos cuando habíamos acordado, como norma de prudencia, no tomar ninguna, prueba que no éramos precisamente un prodigio de disciplina ni de discreción.)

En Montserrat ocurrió como en las partidas de cartas cuando van en serio: cada uno se revela tal como es. Conocí más a algunas personas en cuarenta y ocho horas que en años de tratarlas en cenas y reuniones sociales.

Yo había subido en mi coche con Matute y Moix, segura de que nos pararían en cualquier recodo de la carretera, nos pedirían la documentación y nos obligarían a volver atrás. Sin embargo, no encontramos el menor obstáculo. Ana María Matute no paraba de repetir que Julio le había indicado que para esos avatares había que llevar siempre consigo tres cosas: una manta, una botella de coñac, y no recuerdo cuál era la tercera, aunque sí recuerdo que me parecía absurda. Pero Julio había hecho la revolución y había sido presidente o algo parecido en un país del Lejano Oriente y sabía de esto más que nadie, de modo, pues, que lo que Julio decía iba a misa. (Con Matute es difícil saber dónde comienza y dónde termina la fabulación; debo reconocer, no obstante, que, si bien la manta no sirvió para gran cosa, la botella de coñac fue todo un éxito.) La Moix, por su parte, andaba metida en uno de sus dolorosos y apasionados ensueños sentimentales. Formábamos un trío un poco raro.

A nosotras nos recibió en el vestíbulo Román Gubern, como maestro de ceremonias, que agradeció efusivamente nuestra presencia. Yo sabía que mi presencia no tenía importancia, pero que, para la repercusión que pudiera tener el encierro, haber llevado a Ana María Matute (que no había dudado en aceptar la propuesta y que no se quejó de nada, ni de la comida que nos daban los monjes, ni de la incomodidad de los camastros de las celdas por cuatro o cinco personas compartidas, ni de sentir miedo, porque no lo sentía: ninguna de las tres lo sintió en ningún momento) era una buena aportación.

Y enseguida nos encontramos con Gabriel Ferrater. Gabriel iba consternado de un lado a otro —y siguió así los dos días—, rezongando que aquello era una insensatez —«Aquí veig molts esquizofrèncs!»—, y repitiendo: «Què dirà la Marta quan ho sàpiga? Déu meu, com s'enfadarà la Marta!». Parecía no saber por qué extrañas razones había llegado hasta allí. Marta era, claro, Marta Pessarrodona, una de mis mejores amigas desde que tenía ella dieciocho años y yo iba a cumplir veintitrés. Y yo había vivido su historia con Gabriel desde muy cerca y desde el principio. Estaba presente el día que se conocieron. Se celebraba la presentación de un libro de ella y, como Gabriel había comentado que le gustaba mucho su poesía, unos amigos comunes le llevaron allí. Volvieron a verse a la mañana siguiente y formaron pareja hasta la muerte de Gabriel. Yo le conocía desde antes y nos caíamos bien, pero a partir de su relación con Marta el trato fue mucho más asiduo.

Haríamos, no recuerdo si antes o después de Montserrat, un viaje inolvidable a París en coche.

Marta, Gabriel, Esteban y yo. Formaban una pareja dispar. Marta, exagerada y vehemente en sus gustos y opiniones («opinionada», la llamaba Juan Ferraté, hermano de Gabriel aunque escribiera distinto el apellido), desbordando siempre entusiasmo, deseos de vivir, llena de proyectos, arrastrándote a lugares increíbles y a actividades que nunca habías pensado desempeñar, imponiéndote en ocasiones a la fuerza lo que había decidido (con la mejor voluntad del mundo — porque era, y es, generosa y buena, y la más leal de las amigas—, pero sin escucharte) tenía que hacerte feliz. Gabriel, más allá de casi todo, fatigado, escéptico, esperando, me parece a mí, muy poco ya de la vida y de la gente. (¡Qué poco le ayudaron, qué poco hicieron por él, muchos de aquellos que tras su muerte se declararon sus rendidos admiradores y sus amigos del alma!) Supongo que Marta y Gabriel se conocieron cuando era para él demasiado tarde. Supongo que era ella demasiado joven. Pero vivieron juntos momentos felices, y yo compartí algunos.

Aquel viaje a París fue fantástico. La primera mañana, mientras Gabriel recorría librerías, y Esteban y yo ganduleábamos en el hotel, después del viaje desde Barcelona —en que Marta había conducido a lo largo de todo el trayecto—, ella, sin conocer París, llevó a reparar el coche, participó en una manifestación, compró algo en Dior, coincidió con Simone Signoret en el Flore o Les Deux Magots, decidió dónde teníamos que almorzar y estableció que la rue Rivoli era, no sé por qué, la calle más interesante de la ciudad... Abrumador. Agotador.

De modo que a veces Gabriel manifestaba cierto temor por lo que pudiera opinar Marta, y aquellos dos días anduvo repitiendo por los corredores del monasterio: «¿Qué va a decir Marta cuando sepa que estoy aquí?». Y de todos los discursos que oí en la sala donde nos convocaban, nos explicaban el curso de los acontecimientos, se discutía lo que íbamos a hacer y se votaban los acuerdos, el más brillante y el más inteligente fue sin duda alguna el de Gabriel, en el que defendía (¿por miedo a lo que diría Marta?, ¿por propia convicción?) que pusiéramos fin cuanto antes a aquel encierro de esquizofrénicos. Yo no estaba de acuerdo con el contenido, pero me pareció una pieza oratoria magistral. A menudo la inteligencia de Gabriel, tan poco pedante, tan poco grandilocuente, me dejaba atónita, y me producía el mismo tipo de placer que me produce la contemplación de la auténtica belleza, de la belleza con mayúscula..., y se me caía la baba, porque lo cierto es que, si inicialmente mi amiga era Marta, a él llegué a quererle por sí mismo.

En el curso de las primeras horas habíamos ido recibiendo, reunidos en la sala de actos, a los que llegaban. Oscar anunció que se marchaba y se marchó; Terenci Moix, Joan Miró y Nuria Espert nos visitaron fugazmente para expresar su solidaridad; hubo algunos más que se limitaron a hacer acto de presencia, pero la inmensa mayoría había subido para quedarse. En la sala nos transmitían noticias oídas en emisoras extranjeras, y más tarde mensajes, cada vez más enérgicos y conminatorios, de la policía, que finalmente había cercado la montaña haciendo imposible el acceso a la abadía. Y cundió en algunos el miedo. Uno de los encerrados escaparía aquella noche descolgándose con sábanas desde una ventana. Para muchos de nosotros —como Matute, Moix y

yo— el peligro era muy remoto, pero había gente más seriamente comprometida. En uno de los descansos entre sesión y sesión —en los que Guillermina Mota, Joan Manuel Serrat y otros representantes de la *nova cançó* tocaban la guitarra y cantaban para distraernos, y en los que conversábamos unos con otros—, me senté al lado de Vicente Aranda, a quien Esteban había conocido en Venezuela —como a Antonio Rabinad, excelente novelista y gran amigo— y que empezaba su carrera de director cinematográfico en España. Vicente estaba visiblemente angustiado, y me impresionó mucho lo que me contó de su infancia, del miedo que había pasado de niño, temiendo por las noches la llegada de la policía, del miedo sufrido en la posguerra por la gente del bando de aquellos que la habían perdido, y de cómo ese miedo se prolongaba y persistía luego solapado, pronto a resurgir irracional en cualquier momento, en momentos como aquel.

Al mediodía almorzamos juntos en un refectorio lo que nos dieron los monjes, tal vez ayudados por Montse Esther, dueña de la inefable tienda de la *gauche* Saltar y Parar y más adelante del restaurante Las Violetas, y por Isabel Arnau, mujer entonces de Oriol Bohigas, que se habían ofrecido inmediatamente a hacerse cargo de los servicios de intendencia. Una comida correcta y más que suficiente, pero nada de exquisiteces de Via Veneto (parece ser que se hizo un intento de traerlas, pero no llegaron) ni de bocadillos de Bocaccio, como después se dijo, pretendiendo tal vez acentuar el aspecto frívolo del encierro. Ni tampoco vi que nadie hiciera el amor por los rincones o debajo de las mesas, como se ha pretendido. Ignoro lo que ocurriría en la intimidad de las celdas, pero en el espacio por todos compartido aquello tenía tan poco de bacanal como de fiesta de Bocaccio.

Por la noche nos repartimos por las pequeñas celdas que nos habían asignado, y nos acostamos medio vestidos. En una celda estábamos las dos Ana Marías, Josep Maria Castellet y yo. Castellet era el encargado de conferenciar con el abad (¡qué estupendo embajador en la Santa Sede hubiera sido!) y comparecía con una botella de Aromas de Montserrat, que era acogida con entusiasmo, porque el coñac de Matute había durado muy poco. No quedaba en nuestra celda ningún catre libre, mientras que en otras sí, pero Pomar, un joven escritor mallorquín, nos acusó de antisemitas —así nos enteramos de que era chueta—, de modo que le improvisamos, despavoridos, un jergón en el suelo, y aquello parecía el camarote de los hermanos Marx. Charlamos un rato, y luego Pomar propuso que, para amenizar la velada, contara cada uno su primera experiencia amorosa... Empecé a preguntarme cómo iba yo —tan poco mentirosa— a mentir, pero no hizo falta que mintiera nadie, porque antes de que él terminara la suya —se había brindado ante nuestra renuencia a ser el primero— estábamos los otros cuatro dormidos (no porque nos aburriera la historia, sino de puro agotamiento).

Al tercer día aumentó la tensión. La policía amenazaba con entrar en el monasterio por la fuerza si nos resistíamos a salir por las buenas; la pugna entre los que propugnaban prolongar el encierro y los que consideraban que se había cumplido ya el objetivo propuesto, o que era demasiado

arriesgado continuar o que simplemente confesaban su miedo (opinión que expusieron Eugenio Trías y Gabriel Ferrater), se hizo más enconada. Castellet, muy en su papel, seguía maniobrando en las alturas, conferenciando con el abad, transmitiéndonos mensajes y noticias.

Y luego, de repente, nos comunicó que existían «razones poderosas» (no especificó cuáles, pero corrió la voz de que se habían refugiado en el monasterio miembros destacados de ETA, que serían capturados, caso de que la policía, sin respetar la inviolabilidad de la abadía, entrara por nuestra causa en ella, y, por raro que parezca, en aquel entonces los miembros de la banda terrorista militaban a nuestro lado y nos merecían un respeto) para poner fin al encierro, compareció el abad y, sin más discusión, aunque con la sospecha de estar siendo manipulados, abandonamos precipitadamente el edificio, uno tras otro, en fila, entregando a los agentes apostados junto a la puerta de salida nuestra documentación. Y, en aquellos momentos finales, Raimon, también en un gesto muy propio de él, dejó oír su guitarra y rompió por primera vez (yo al menos no le había oído antes, mezclado con otros que lo hacían meramente para distraernos) a cantar... Ningún peligro de que se le confundiera con la *gauche divine*, ni de que le acusaran de frivolidad.

Después tuvimos que ir a declarar, y se nos notificó la sentencia. Por la cual, dado que «en la reunión celebrada en el Monasterio de Montserrat los días 12, 13 y 14 del pasado mes de diciembre se redactó un documento cuyo texto fue aprobado por los asistentes entre los cuales se encontraba usted y dado posteriormente a la publicidad, en el que en algunos de sus extremos se atacan los principios básicos de la unidad nacional y política, básicos para la pacífica convivencia social de los españoles», se nos imponía una multa de veinticinco mil pesetas, imprescindible para recuperar el pasaporte. Se dio la consigna, que no cumplimos casi ninguno, de no pagar. También se quiso, más tarde, montar una colecta y recaudar fondos para abonar las multas de los que no disponían de medios. Y esto aumentó el encono y la repulsa que el encierro había suscitado en muchos escritores e intelectuales de izquierdas. ¡Era el colmo pretender que los obreros pagaran con su dinero nuestras frivolidades! Como si se tratara de una fiesta elitista a la que no habían sido invitados y en la que hubiéramos participado para divertirnos o para aparecer en los medios de comunicación. De hecho la convocatoria se hizo de modo absolutamente improvisado e informal (fue puro azar que te enteraras o no); la mayor parte de los participantes eran lo bastante famosos para no necesitar en absoluto promocionarse; fue una experiencia interesante, pero no divertida (hubo quien corrió riesgos reales, hubo quien pasó miedo), y sobre todo creo que fue eficaz dar resonancia mundial a los procesos que se celebraban en Burgos, y creo que influyó en ellos. ¿Tanto importa que participaran en el encierro miembros de la *gauche divine*, que se pretendiera hacer llegar alimentos desde el restaurante más chic de la ciudad, o que alguien aprovechara la coyuntura para añadir una muesca más a la lista de sus amantes?

Pienso que el encierro de Montserrat estuvo bien. Lo que no he sabido nunca es lo que dijo Marta.[2]

El mismo mar de todos los veranos

Estaba cerca de cumplir cuarenta años, cuando escribí mi primera novela. Había decidido ponerme a ello y, por mucho que me desagradara lo que llevara hecho, seguir hasta el final. Porque ese es el gran problema, mi gran problema: hay momentos en que lo que estás pergeñando te parece peor que malo, te parece detestable, y hace falta mucho dominio de uno mismo para controlar los deseos de echarlo a la papelera y dedicarte a criar canarios o a jugar al parchís. Esto me ha pasado en todos mis libros —salvo quizás en las últimas páginas, en el monólogo final, de *Varada tras el último naufragio*, que escribí a chorro y sin vacilaciones—, y me inspiran una oscura envidia los escritores —he conocido muchos— que afirman, convencidos, estar construyendo una gran novela o un poema genial.

Decidí, pues, escribir una novela, terminarla —por mala que me pareciera—, y que no lo supiera nadie hasta entonces. Pensaba que, si lo hablaba, se echaría a perder, se evaporaría, perdería gas, y por otra parte no me apetecía propagarlo a los cuatro vientos y luego no cumplirlo. De modo que la escribí a hurtadillas. Una parte en mi despacho de la editorial —entre visitas, llamadas telefónicas, interrupciones constantes—, otra parte, la más extensa, en la casa de Cadaqués, con mis dos hijos todavía muy pequeños, los niños amigos de mis hijos, las canguros de todos ellos, Esteban, un montón de invitados, conflictos a tope... Una, comprobé, puede escribir en cualquier circunstancia y en cualquier lugar.

En poco más de un año, mi novela estaba terminada, y me pareció que, mejor o peor, era publicable. Sabía que Carlos la sacaría en Barral Editores, o Jorge Herralde en Anagrama. Pero consideré que sería un fraude: salir avalada por los que consideraba los mejores editores del país, los de más prestigio, y que fuera solo por amistad. (Y, efectivamente, lo primero que dijo Carlos al ver el libro ya publicado fue: «¡Te lo hubiera editado yo!».) Además, no me gusta hacerles perder dinero a los amigos, y ni se me pasaba por la cabeza que mi novela pudiera venderse medianamente bien. Me han preguntado hasta la saciedad: «¿Por qué te editaste en tu propia editorial?» Fue únicamente por esto: no por temor a no encontrar editor, sino porque me constaba que, por razones ajenas a la calidad literaria, podía elegir entre los mejores.

Di el original a componer sin que figurara el nombre del autor. Solo el título, *Y Wendy creció*, que encabeza el último capítulo de *Peter Pan*. Y creo que ningún elogio me ha halagado nunca tanto como que Carmen Giralt, mi principal colaboradora en Lumen, me preguntara: «¿De quién es la novela que me diste hace unos días para la imprenta? La estoy leyendo y me parece fantástica». Solo entonces, apenas diez días antes de que estuviera terminada la edición, hubo tres personas que conocieron la noticia. Una de ellas, el poeta y editor José Batlló, me sugirió que cambiara el título y se ofreció a subrayar en el texto las expresiones que pudieran servir, para que yo eligiera. Enseguida encontró una, «el mismo mar de todos los veranos», que era perfecta.

Entonces monté una gran fiesta sorpresa, a la que invité a las personas que habían sido importantes para mí en las distintas etapas de mi vida y en los ambientes más diversos. Les dije que íbamos a celebrar algo, pero no supieron de qué se trataba hasta que vieron sobre una mesa del recibidor el montón de libros ya editados. (Fue entonces cuando Barral dijo: «¡Te la hubiera editado yo!», y Castellet: «¡Y la puñetera lo habrá hecho bien!».) Es curioso que a los amigos del colegio y de la universidad, o sea a los que me habían conocido en la adolescencia y en la primera juventud, les pareciera lo más natural del mundo, mientras que mis relaciones de los últimos veinte años no albergaban la menor idea de que yo tuviera veleidades de novelista.

En cuanto a mis padres... Una historia de amor entre mujeres era todavía motivo de escándalo en 1978, y además en mi novela la imagen de la familia, de la burguesía catalana, y sobre todo de la madre de la protagonista, era más que ácida. Pero a mamá, gran lectora, le gustó el libro, y por otra parte el personaje de la madre era ambivalente y hasta cierto punto halagador para quien se viera reflejado en él. De modo que, cuando le dije que celebraba una fiesta, y me preguntó «¿Quieres que yo vaya?», y le dije: «Depende de si crees o no que mi novela es motivo de celebración», me respondió que sí asistiría. Y añadió: «¿Quieres que vaya tal cual o como en el libro?». Naturalmente respondí que la quería como en el libro, y se presentó glamourosa con un vestido largo y envuelta en tules.

Para mi sorpresa, *El mismo mar* fue bien acogida por la crítica, se vendió y se han hecho muchas ediciones. Hay dos cosas que recuerdo de manera especial.

La primera es que mi amiga Michi Strausfeld, que ya en aquel entonces era un importante enlace entre editores españoles y alemanes, un vínculo entre las dos literaturas, vendió los derechos de *El mismo mar* a una importante editorial de Hamburgo, y yo, contentísima, prometí a las chicas que trabajaban conmigo —Lumen era, con excepción de mi padre, una empresa llevada por mujeres— destinar el anticipo a invitarlas a una comida. Llegó el anticipo... ¡y ni en el mejor restaurante de Barcelona se podía pagar por un almuerzo tanto dinero! De modo que tuvo que ser en el Simpson's de Londres, y los marcos procedentes de Alemania alcanzaron para los pasajes de avión y el hotel de todas.

Fue nuestro primer viaje juntas. (Al año siguiente íbamos a París, con el producto de la venta

de unos grabados —numerados y firmados por la autora, Aurora Altisent, que nos acompañaría— del libro *Barcelona tendra*, editado por Lumen.) Yo perdí la tarjeta de crédito la primera noche y viví de los préstamos de Flora, la jefe administrativa, que, aparte de sacar libras de la Caixa para mí, se obstinaba en conseguir imágenes panorámicas a base de fotografías parciales que luego proyectaba pegar unas a otras, y, tras disponernos en artísticos grupos, depositaba la cámara en el trípode, con el disparador automático en marcha, y corría a incorporarse a las demás (salió siempre movida y con rostro despavorido); a la encargada de producción se le ocurrió robar una bobada en Liberty y tuvo que comparecer incluso —yo no me enteraría hasta años después— ante un juez; Gloria, que llevaba los derechos extranjeros, se ganó a uno de los camareros del bar del hotel, que nos subía cubos de hielo a la habitación, donde nos congregábamos en torno a una botella de whisky... Un viaje disparatado, relajado y divertido como puede serlo a veces un viaje de mujeres solas.

La segunda cosa que recuerdo de un modo especial es el tremendo aluvión de cartas que recibí. Había más cartas de mujeres, pero algunas de las escritas por hombres figuran entre las mejores, entre las más hermosas. (Recuerdo una carta breve, y preciosa, escrita en alta mar por un marino, y, como me ha ocurrido con frecuencia, justo aquella que me gustaría responder viene sin remite ni referencia alguna, porque quien la ha escrito no pretende ningún tipo de reciprocidad ni espera nada.) Procedían de personas de muy distinta condición, y me extrañó, porque creo que mis novelas son duras de leer, pesadas, demasiado difíciles para que pueda identificarse con ellas un lector poco paciente o avezado. Muchas de estas cartas hablaban de literatura, pero muchas hablaban también (y esto fue lo que más me divirtió: verme convertida de pronto en una especie de consultora sentimental, una Elena Francis o una Señorita-corazón-solitario, como aquellas a las que escuchaba de niña por la radio) de cuestiones personales. Algunas mujeres se veían reflejadas, se identificaban. Casi todas con Elia, la mujer madura, pero algunas con Clara. Cuando, al término de una conferencia, se me aproximó una muchachita para decirme: «Yo soy Clara», tentada estuve de exclamar: «¿Otra Clara más?». Veían en mi libro una declaración de principios, un camino a seguir. Yo solo había pretendido contar una historia —pretendo hacer literatura no ideología—, pero reconozco que, cuando uno se sienta a escribir, se sienta con todo lo que uno es, y por otra parte el lector es muy dueño de encontrar en, y aprovechar de, un libro lo que más le convenga. Que luego me pidieran consejo era otro cantar. Hace unos meses, en uno de mis arrebatos de ordenar y tirar, me deshice de estas cartas, más de cien, que había guardado durante años, y tal vez sea una pena.

Pero hay una carta que sí guardé, y es la que me escribió el 27 de mayo de 1978 Carmen Martín Gaité. Dice así:

Querida amiga, tu novela *El mismo mar de todos los veranos*, que acabo de terminar, me ha deslumbrado.

Sumida todavía en el sortilegio reciente de su lectura, y antes de que dé paso a la tentación de una crítica reflexiva y razonable, te quiero dar las gracias por la tarde tan larga, tan diferente a todas, que me has proporcionado.

Cuando se produzca esta tentación, que se producirá, escribiré un comentario para *Diario 16*, donde colaboro a veces. Pero lo que siento ahora, mirando desde mi terraza cómo se consume esta tarde donde aletean pájaros moribundos, es algo muy distinto e inexpresable. Jamás entenderías la fuerza del fluido que, en estos momentos, me une a ti, por el puente prodigioso de palabras que has tendido en tu novela y que se derrumbará, después de haber pasado yo sobre él, al menor soplo, tan frágil era, tan inverosímil, tan oportuno y mágico, tan sabio.

¿Cómo has conseguido ponerlo en pie para que yo pasara? Gracias.

Carmiña en sus cartas

Carmiña —Carmen Martín Gaité— era muy dada a escribir cartas. Cartas espontáneas, sinceras, directas, en una bonita letra grande y clara (solo muy raramente mecanografiadas), con tan pocos tapujos como ella. La mayor parte de las muchas que recibí son extremadamente cariñosas, pero también las hay enojadas, también hay algunas que contienen reprimendas, quejas y censuras.

En la primera que conservo, por ejemplo, del año 70, se lamenta con acritud de la entrevista que le ha hecho un periodista para un libro de Lumen: «No puedo comprender esa falta total de exigencia y de escrúpulos. Se aprovecha de lo intolerable que nos resulta el material que da en bruto y nos carga con su elaboración, contando, naturalmente, con que lo escribiremos todo de nuevo. No es que yo no lo haga con gusto, pero desde el punto de vista de él me parece una indignidad».

A mí, después de que cerrara bruscamente una discusión, me acusa de haberlo hecho «de una manera tajante y acre, como a la defensiva de un presunto *moralismo* que me atribuías para juzgar tu comportamiento o tu manera de enfocar la vida..., ¡si supieras lo equivocada que estás!», y «no me puedes pedir que las cosas en las que discrepo de ti no te las diga, porque eso sería totalmente contrario a mi condición».

Y muchos años más tarde, en 1991, con motivo de un enfado por razones profesionales en que yo me había encerrado en mí misma, rechazando todo intento de diálogo o de acercamiento: «Yo no sé si tú misma te das cuenta de la fuerza de rechazo y aislamiento que consigues a veces con tu actitud pasiva». Debí sin duda reflexionar y rectificar mi actitud —tenga o no yo razón, una cuestión profesional no justifica para mí perder una amistad—, pues pocos días después me escribe: «No sabes el peso que se me quita de encima con tu carta, que acabo de recibir y paso a contestar inmediatamente. En el fondo de las cuestiones editoriales que parecían constituir el argumento fundamental de mis quejas, lo que latía era la pesadumbre ante la evidencia creciente de unas relaciones deterioradas sin que yo alcanzara a explicarme por qué. A medida que van pasando los años y se van perdiendo referencias testimoniales de nuestro pasado, yo me aferro cada vez más a las personas que comparten algún tramo de nuestra memoria y que aún no han

desaparecido». En este último punto, que sin duda la preocupaba —llegada cierta edad nos preocupa a muchos— insistirá otras veces. «Yo no puedo permitirme ahora el lujo de perder amigos, no lo puedo resistir», escribe.

Lo cierto es que, pese a un par de incidentes conflictivos y algún breve desencuentro, rápidamente superados, fue una hermosa relación que duró más de veinte años.

Si mi primer contacto epistolar fue la carta que he citado, la primera vez que la vi fue en una sala de fiestas madrileña, seguramente tras un acto montado por Distribuciones de Enlace. Me sorprendió que Carlos Barral dedicara todo el tiempo su atención y bailara sin parar (lo hacían muy bien: Carmiña bailaba, cantaba y contaba historias con gracia, sus conferencias eran todo un espectáculo y, al igual que Matute aunque por caminos muy distintos, se metía al público en el bolsillo) con una señora algo mayor que nosotros, vestida de modo insólito y con un lacito de terciopelo en la melena canosa. Le pregunté luego de quién se trataba, y me explicó que era Carmen Martín Gaité, una escritora estupenda —no tenía nada que envidiar a Matute (por lo visto, apostillo yo, la comparación entre las dos surge inevitable) aunque fuera menos conocida—, y se había mostrado especialmente cariñoso aquella noche porque su marido, Rafael Sánchez Ferlosio, acababa de irse de casa, y ella lo debía de estar pasando muy mal. Poco tiempo después invité a Carmiña a pasar unos días conmigo y con Ana Moix en la casa que tenía mi padre en Cadaqués. (A la que yo podía invitar y que me permitía prestar a quien quisiera, de modo que se han escrito allí, aparte de los míos, varios libros. Terenci estuvo más de un mes, solo, trabajando, y mi padre pagó atónito pero sin rechistar la factura de teléfono.) Fue allí donde nos hicimos realmente amigas. Ella pasaba por momentos difíciles y, sin embargo, se mostraba divertida y animosa: hacía lo imposible por superar su tristeza, por disfrutar al máximo, por pasarlo bien y lograr que lo pasáramos bien los demás. Gozábamos de la barca y del mar, charlábamos por los codos, reíamos mucho. Por las tardes, mientras Ana y yo jugábamos seguramente con otros amigos a las cartas —una pasión compartida—, se ponía guapa —pantalones cortos de color rosa y adorno en el pelo— y salía a darse sola un garbeo por el pueblo. A mis hijos, todavía muy pequeños, les parecía un personaje de cuento. Después bajamos a Barcelona (se pasó el viaje en coche cantándonos coplas románticas y burlescas y populares), estuvo en mi casa, la acompañé a Calafell para ver a Carlos (que —aquel día le dio por ahí— no nos hizo maldito caso) y la dejé en el aeropuerto para que cogiera el avión de regreso a Madrid.

El 6 de agosto del 78 me escribe:

Anoche llegué a las once, y como venía muy cansada, y con bastante dolor de oído, no me puse a escribirte directamente, que era lo que me hubiera apetecido. El viaje fue malo. No el viaje en sí, sino la espera. Nos hicieron subir a las ocho a un avión que venía de Atenas y, de manera incomprensible, nos retuvieron allí hasta las diez.

Aparte de que no estaba refrigerado ni nos dejaron bajar a telefonar, se creó un clima de cierta angustia,

porque nos hicieron bajar por dos veces a controlar nuestros equipajes. Al parecer, tres pasajeros, que venían de Atenas a Madrid, habían desaparecido, y se temía que en sus equipajes pudiera venir algún artefacto explosivo.

Pasé algo de miedo y, sobre todo, pensaba con bastante rabia en lo bien que podría yo haber aprovechado ese tiempo charlando contigo o bañándome en Calafell.

Pero el caso es que llegué con bien, aunque cansada, como te digo.

Ahora son las nueve de la mañana y, todavía en la cama, me pongo a escribirte, antes de deshacer el equipaje ni ponerme a pensar en ninguna otra cosa.

He dormido en el cuarto de mi hija, que es el más fresco de casa, con todas las ventanas abiertas, y me ha despertado la luz ardiente y silenciosa del domingo. No hay absolutamente nada en la nevera y he desayunado con una jarra de agua con trozos de limón. Me gusta, a pesar de todo, estar aquí. Reconozco con cariño los objetos que me rodean, los libros, un mono de felpa, la puertecita que sale a la terraza, las fotografías pinchadas en la pared. Cuando me fui de Madrid todo esto me agobiaba y ahora, en cambio, el reencuentro se hace placentero.

El buzón estaba lleno hasta los topes de cartas, pero ninguna de amor. Mi hija, según me ha dicho Rafael, llega esta tarde a las ocho. Dentro de un rato bajaré a una tienda, que suele estar abierta los domingos, y compraré lo preciso para no desfallecer de hambre.

Ahora, que estoy nuevamente aquí, me doy cuenta de lo bien que me ha sentado este viaje, de las fuerzas que me ha dado para afrontar lo que quiera depararme esta nueva etapa. Llegaba a Barcelona al borde de la bancarrota de ánimos, y los he recuperado todos, gracias a ti y a tu generosidad. Para ti, que a veces no pareces darte muy bien cuenta de cómo eres, puede parecer normal ofrecer incondicionalmente tu casa de Cadaqués a una persona casi extraña, como yo lo era cuando llegué, y proporcionarle, aparte del ambiente y las comodidades que he tenido, una plena libertad. Pero yo te aseguro que es —estadísticamente— muy insólito. A mí hace tiempo que nadie me trataba tan bien. No porque la gente que conozco y quiero me trate casi nunca mal, sino porque me suelen enredar y marear, colgarse de mí para esto o aquello. También me gusta que me quieran así, pero, si yo estoy agotada y vacía, me fatiga mantenerme en esa brecha. Tú ni siquiera das importancia a lo que das ni lo calibras. Abrigas sin pesar, como las mantas buenas, y es esa mezcla de ligereza y de capacidad de entrega lo que te hace ser tan Tú.

Reedité de Carmen Martín Gaité un libro de ensayo, *Usos amorosos del siglo XVIII*, y más adelante, un día que nos encontramos en casa de Miguel y Mari Paz —no recuerdo si en el curso de la fiesta que dan todos los años en su casa coincidiendo con la Feria del Libro madrileña—, se me ocurrió pedirle que me escribiera un cuento para niños, que se publicaría en la colección Grandes Autores. Respondió resueltamente que no, que nunca había pensado en hacer algo infantil, pero poco después me notificó que había cambiado de opinión, y unas semanas más tarde me anunció el envío del texto: «No sé cómo agradecerte la sugerencia que me hiciste hace un mes en casa de Miguel y Mari Paz. No solo me ha permitido ensayar con ilusión (y creo que buenos resultados) un género al que no me había dedicado nunca, sino que me ha permitido colaborar con un amigo sensible y encantador, que me ha estimulado continuamente con su entusiasmo [el amigo era Eguillor, que, por sugerencia de Carmiña, hacía las ilustraciones]... Lo que más me importa, de todas maneras, es que leas el cuento. Muchas veces, según lo estaba escribiendo, me acordaba

de ti imaginando que te gustaría. Desde que acabé *El cuarto de atrás*, no había gozado tanto escribiendo una cosa, ni me había sentido tan en vena ni tan divertida. Ojalá le guste a Milena». El cuento, muy bonito, muy distinto a lo que se publica habitualmente para niños, se llamó *El Castillo de las Tres Murallas*, y Martín Gaité escribiría todavía otros dos libros infantiles más.

Poco antes de que apareciera el primero de ellos, también en Lumen, murió su hija, la Torci a quien había dedicado *El Castillo de las Tres Murallas*, en plena juventud y de una terrible enfermedad. Carmiña había tenido otro hijo, un niño que vivió solo dos o tres años. Me escribe el 3 de julio del 87 que irá a Cadaqués, donde Andreu Teixidor le ha cedido un apartamento, que espera que tengamos ocasión de vernos y hablar largamente, y añade: «Contra todas las apariencias que puedan derivarse de mi imagen pública (nunca me ha ido profesionalmente mejor que ahora), este verano estoy padeciendo más que nunca la ausencia de mi hija, y tantas otras cosas que se derivan de ella. Hace falta una moral de caballo para seguir teniendo ganas de vivir, y yo misma no entiendo de dónde saco las fuerzas. Es un milagro (que hace ella). Espero que estés bien y que tus hijos estén sanos y alegres. Disfruta de ellos lo más que puedas. No apreciamos las cosas hasta que las perdemos».

Dudo que creyera en la existencia de otra vida después de la muerte, pero acariciaba la idea, y de ahí sacaba parte de las fuerzas para seguir —la otra parte la sacaba de su trabajo, y no estoy segura de que no fuera ligada a la primera—, de que de algún modo su hija estaba presente. Y cada vez que me hablaba así de mis propios hijos, yo me sentía avergonzada y culpable —absurdamente avergonzada, irrazonablemente culpable— de que estuvieran sanos y alegres, de que estuvieran vivos.

En el 91, José María Conget nos invitó a tres novelistas españolas a Nueva York, para que participáramos conjuntamente en un acto único, que consistía en un breve discursito de cada una, seguidos luego de un coloquio. Conget es un excelente escritor, un buen amigo y un magnífico anfitrión. Estuvimos una semana en un buen hotel del centro de Manhattan, Carmen Martín Gaité, Cristina Fernández Cubas y yo. Con una libertad total y todo el tiempo del mundo. Lo pasamos muy bien juntas, sin estorbarnos ni limitarnos en ningún momento. Solíamos coincidir en el desayuno, después cada una hacía planes por su cuenta y al caer la tarde nos encontrábamos, sin habernos puesto previamente de acuerdo, en el hotel. Comíamos algo, tomábamos una copa, nos metíamos en la habitación de una de las tres para enseñarnos las compras (Carmiña compraba prendas de ropa en tiendas de viejo y en mercadillos; Cristina, pequeños objetos disparatados, divertidos, lúdicos; yo, regalos más formales para la próxima Navidad). Charlábamos por los codos, bromeábamos, nos hacíamos alguna confidencia, reíamos mucho. El acto para el cual nos habían invitado fue un show de gran altura. Ni que lo hubiéramos ensayado antes. Transcurrió de un modo bastante formal hasta que me tocó hablar a mí. Toda mi argumentación se basaba en un error —confundía a una conocida periodista por otra—, y Cristina empezó a darme patadas, cada

vez más contundentes, por debajo de la mesa. Por fin pregunté qué pasaba, y, cuando Carmiña me señaló mi confusión, manifesté —la sala estaba de bote en bote— a la concurrencia: «¡Ah, entonces lo que he dicho no vale!». Hubo una carcajada general y se oyó una voz: «¿Desde dónde no vale?». A partir de ahí se estableció un clima desenfadado y cordial, y —tanto Carmiña como Cristina tienen un gran sentido del humor— las risas fueron constantes. Dudo que el público se haya divertido nunca tanto en un acto cultural.

El 12 de junio de 2000 recibí la última carta de Carmiña:

Querida Esther:

Gracias por tu carta tan cariñosa como son siempre las tuyas. No fui a la fiesta de los Visor porque no me encontraba bien y cancelé esa semana todos mis compromisos para irme al campo con mi hermana y hacerme posteriormente un chequeo en el Ruber. No han encontrado nada de importancia, pero los rastros de unas gripes víricas que tuve este invierno, unido a una subida de azúcar, han hecho que el médico me aconseje total reposo a partir de esta semana y la cancelación de todos mis compromisos. Hasta el 7 de agosto que comienza mi Curso Magistral en Santander, estaré cuidándome, terminando las conferencias y tomando el aire sano de la Sierra que espero me siente muy bien. Quizás en los últimos años he tirado demasiado del cuerpo, como tú misma me advertiste en una ocasión, y cuando hay que empezar a cuidarse un poco el cuerpo avisa.

Te supongo ejerciendo con una felicidad que envidio mucho tus funciones de abuela.

Dale de mi parte un abrazo a Milena y otro con todo el cariño para ti.

Yo estaba fuera de España cuando, el 23 de julio, falleció Carmiña.

Mujeres en Lumen

Ya he dicho que —con excepción de mi padre, los empleados del almacén y tío Guillermo, que seguía trabajando a solas en el antiguo local— Lumen fue una empresa de mujeres. El único colaborador que permaneció muchos años con nosotras en las oficinas de Sarrià, ocupándose del servicio de prensa, fue Ricard Grau —un tipo encantador, hermano de una de mis mejores amigas, que había abandonado por exceso de exigencia la carrera de pianista—, y tal vez esa abrumadora presencia femenina obedeciera en parte al hecho de que muchos hombres se sienten incómodos y heridos en su vanidad si reciben órdenes de nosotras.

No existían en los sesenta, ni creo que existan hoy, muchas empresas editoriales regidas por mujeres. Hay, eso sí, muchísimas mujeres trabajando en ellas, ocupando incluso cargos destacados, pero no en la cúspide, donde se toman las decisiones realmente importantes. Las decisiones realmente importantes son en nuestro mundo las que conciernen al dinero, y es ahí donde se estrellan nuestras reivindicaciones. No tenemos apenas acceso a los puestos o a los trabajos en los que hay un capital considerable en juego. Es más fácil que escribamos un libro a que llevemos una editorial, es más fácil que pintemos un cuadro a que levantemos un puente, hagamos una película de gran presupuesto o construyamos una urbanización. Dije hace muchos años en un coloquio que, cuando una editorial era llevada por una mujer, se trataba casi siempre de un negocio familiar o se debía a que alguien la había montado para ella. Era el caso (aunque esto no lo especifiqué, porque soy poco mentirosa pero no digo todas las verdades) de las tres editoras que estábamos aquel día en la mesa. (Yo dirigí durante cuarenta años una editorial —y creo que con fortuna— porque mi padre la compró para mí. Es improbable que un consejo de accionistas me nombrara gerente de una empresa —y ni siquiera directora literaria— a los veintidós años, y más improbable todavía que me mantuviera en este cargo tanto tiempo.) Recuerdo, por ejemplo, que, con motivo del día del Libro de 1996, se hizo en Barcelona una foto de editores para *La Vanguardia*: en ella aparecen casi cincuenta hombres y solo dos mujeres.

Formábamos, pues, una empresa de mujeres, y esto, sin que nos lo propusiéramos, sin que fuéramos siquiera conscientes de ello, se reflejaba en el modo de trabajar, en el trato con la gente

de fuera y dentro, en el ambiente de la oficina. Solo ahora, con la perspectiva de la distancia, advierto hasta qué punto era Lumen atípica (para muchos, sin duda, catastróficamente atípica; para nosotros, maravillosamente atípica). Una editorial en la que mi padre, que era supuestamente el hombre de negocios, no solo no se lamentó una sola vez de que un título o una serie fuera ruinosa, sino que entró un día en mi despacho para preguntarme: «¿Hay alguna razón para que dejes de publicar Palabra de Siempre, aparte de que no se vende?». Palabra de Siempre (casi todos los nombres de nuestras colecciones empezaban con «palabra»: Palabra e Imagen, Palabra en el Tiempo, Palabra Menor, Palabra de Siempre, Palabra Seis) era una preciosa colección de clásicos grecolatinos, dirigida por mi primo Xavier Roca, notario y escritor, al que desde niño llamamos en el ámbito familiar «el Sabio». Respondí que no. Y papá: «Pues entonces prosíguela y la financio yo». Una editorial en la que no se negó nunca un anticipo o un préstamo a un colaborador (lo curioso es que, contra lo que se pronostica, casi todos cumplían, casi todos devolvían el dinero), y en la que, lejos de ceñirse a un día de pago (nunca lo hubo), yo tenía un montón de billetes en mi cajón y, siempre que no fueran cantidades elevadas, pagaba a traductores, correctores, diseñadores gráficos e ilustradores lo que me parecía cuando me parecía. Una editorial en la que, para asistir a la Feria del Libro Infantil de Bolonia, viajábamos en uno o dos coches, nos alojábamos todos en Florencia y pasábamos en Venecia un par de días de total relaxo.

Un poco caótico tal vez, pero funcionaba. Funcionó milagrosamente (dado que los milagros no suelen repetirse, no lo propondría a nadie como ejemplo a seguir) durante más de treinta años, hasta la muerte de mi padre. Hubiéramos podido, claro, y lo sabíamos, ganar más dinero, y decidimos, sin embargo, permitirnos el lujo de editar lo que nos gustaba y de trabajar a nuestro aire. No menos que en otros lugares, en ocasiones más, pero a nuestro aire. Recuerdo un día de huelga en que se decidió, sin necesidad siquiera de discutirlo, que todos la hacíamos, y, cuando pasé casualmente a media mañana por mi despacho porque se me ocurrió que había dos cuestiones urgentes que resolver, allí estaban todos, trabajando, a puerta cerrada y sin coger el teléfono, pero trabajando. Sin ponerse de acuerdo, creyendo que iban a estar solos, habían pasado como yo casualmente por allí para resolver un par de cuestiones urgentes.

En cuanto a nuestro catálogo... En ningún momento me había planteado yo privilegiar la literatura femenina, y, por otra parte, la colección más importante y representativa, Palabra en el Tiempo, era dirigida, como ya he contado, por un hombre, el profesor Antonio Vilanova. Sin embargo, comparando catálogos de distintas casas editoras, descubrí casualmente un día que el porcentaje de obras debidas a mujeres era en el nuestro más elevado.

No se trataba ni remotamente de un cincuenta por ciento, era apenas un veinte —estoy hablando de los años ochenta, y dudo que la situación haya variado mucho—, pero aun así rebasaba a los demás. Estábamos sencillamente más sensibilizadas, más receptivas, ante la literatura escrita por individuos de nuestro mismo sexo. ¿O a qué otra razón podía deberse? Pero una cosa es publicar,

sin ser consciente de ello, sin habérselo propuesto, a más escritoras que otras editoriales, y otra dedicar deliberadamente una atención especial a la literatura femenina. Se me había sugerido un montón de veces, y por parte de personas distintas, que creara una colección de narrativa escrita por mujeres. Dudé durante años. En principio soy contraria a todo tipo de discriminación, y me provocan incluso cierto recelo aquellas que llamamos positivas y que tienden a compensar el carácter injusto de discriminaciones ya establecidas. Finalmente, tras discutirlo con amigos y colaboradores, nos pareció que reunir en una colección lo que estaban haciendo en el campo de la literatura (por otra parte, aquel en el que antes y mejor hemos empezado a desarrollar una actividad distinta a las que nos estaban tradicionalmente asignadas) las mujeres podía tener — para nosotras y quizá también para ellos— cierto interés. Se nos pregunta a las escritoras hasta la saciedad si existe o no una literatura femenina. La respuesta obedece en parte a la generación. Rosa Chacel —siempre rotunda, siempre apasionada, siempre tremenda— lo negaba con una vehemencia que lindaba en la indignación. Ana María Matute afirmaba que no había libros de hombres y libros de mujeres, sino libros buenos y libros malos. Pero que existan libros buenos y libros malos no excluye que haya libros escritos por hombres y libros escritos por mujeres. Y dado que, cuando uno se sienta a escribir, lo hace con todo aquello que es, cuando nosotras nos sentamos a escribir lo hacemos con todo lo que comporta de diferente (y es mucho) nuestra condición de mujeres. En unas se reflejará más y en otras menos, o nada, pero allí está.

Finalmente creamos pues la colección —primero se llamaría Femenino Singular y más tarde, cuando supimos que este nombre estaba registrado y no podíamos utilizarlo, Femenino Lumen— y establecimos un premio para novelas escritas por mujeres. Carmen Giral y yo recorrimos buena parte de España para contarle. La colección llegó a sacar muchos títulos —siguió hasta poco después de que yo vendiera Lumen—, y el número de originales, alguno muy bueno, presentados cada año al premio superó nuestras expectativas. Nos dio además ocasión de conocer a autoras tan interesantes como Ángeles de Irisarri o Menchu Gutiérrez. Algunos títulos de Femenino Lumen tuvieron excelentes críticas, algunos se vendieron muy bien, pero creo que se trataba de casos individuales, no creo que se debiera a la colección. Si esta consiguió un grupo fiel de lectores — me resisto a escribir «de lectoras»—, fue muy reducido.

En cambio obtuvimos un éxito rotundo con la serie infantil A Favor de las Niñas. Descubrí en una librería de París la edición francesa de un cuento —en español se llamaría *Rosa Caramelo*— que me encantó. Reunía a tope y unidas las dos cualidades que busco en los libros para niños: belleza formal y contenido interesante. Pertenecía a la pequeña editorial que había montado en Milán una mujer nacida en Argentina y ciudadana de todas partes (o de muchas, o de ninguna), Adela Turín. Una de las personas más inteligentes, más creativas y más «suyas» que he tenido la suerte de encontrar. Detenta el índice más alto de ideas por minuto imaginable. Un nivel de exigencia elevadísimo. Una visión personal de casi todo (sin que se lo proponga ni lo sepa). Dice,

con vocecita inocua y educada, verdades terribles. A veces es agotadora, a veces te parece dura y te asusta lo que tomas por intransigencia. Pero luego descubres su delicadeza, su eficacia para cuidar de ti cuando estás mal o la necesitas, su capacidad para comprender en la práctica lo que en el plano teórico no aceptaría jamás, la exacta proporción de inteligencia y de ternura que pone en la amistad, y se te pasa el susto.

Adela ha trabajado los últimos años, ya muchos, en el campo de los libros infantiles, que considera, y coincido con ella, enormemente importantes para el posterior desarrollo de la persona. Hizo, en los setenta, unas colecciones muy bonitas, divertidas, imaginativas, diferentes. Libros que hacían hincapié en los valores femeninos, reivindicaban igualdad de derechos y posibilidades, invertían los roles asignados tradicionalmente a ambos sexos. Aparecían justo en el momento adecuado y tuvieron un gran éxito a nivel internacional. Y también en España.

Una colección de poesía, un premio y un primer ganador

Una mañana compareció en mi despacho José Batlló. Había montado, sin disponer casi de medios, una revista, *Camp de l'Arpa*, y una colección de poesía, El Bardo, a la que había puesto punto final tras publicar el número cien. Traía un montón de carteles ilustrados con poemas y venía a pedirme que comercializara a través de mi distribuidor los que habían sobrado de su edición. Se me ocurrió algo mucho mejor. ¿Por qué no reanudábamos en Lumen, bajo su dirección, El Bardo, empezando por el número 101?

La colección, que aún se sigue publicando, dirigida ahora por Andreu Jaume —buen amigo, que empezó a trabajar siendo muy joven con nosotros y ha seguido en Lumen—, se convirtió enseguida en una de las mejores que existían en lengua castellana. Era espléndida la selección de títulos y muy bonita la presentación.

Durante más de veinte años casi todo el diseño de la editorial corrió a cargo de Joaquín Monclús, un chico de Zaragoza que había pasado un día por nuestras viejas oficinas, antes de que las trasladáramos a Sarrià, para mostrarnos alguno de sus trabajos, y que, en vista de que le encargué un cartel sobre Buñuel, había decidido que esto era base suficiente para liarse la manta a la cabeza y venirse con su novia a vivir a Barcelona. Eran jovencísimos los dos cuando, poco después, tuvieron un bebé, y los tres iban juntos a todas partes. Juntos hacían canguros en casa de los amigos, y juntos, con el cuco a cuestas, venían a repasar libros a nuestro almacén. Le pusieron de nombre Isaac; la madre me explicó que significaba «el que siempre ríe», y realmente Isaac tenía un buenísimo carácter y no daba guerra nunca. Con el tiempo, Joaquín acabaría haciéndose cargo de todo el diseño gráfico de Lumen y convirtiéndose —no solo en aquello que concernía a su campo profesional— en uno de mis más íntimos colaboradores y de mis mejores amigos, asiduo de los aperitivos en mi despacho, de los frecuentísimos almuerzos en grupo, de las idas a Cadaqués, y acompañante obligado de los viajes a Bolonia.

Para la colección El Bardo, diseñó una cubierta muy sobria, muy elegante, que aún siguen utilizando: una hermosa tipografía impresa en negro sobre una cartulina beis. El interior en papel ocre claro y con los cuadernillos sin abrir. Eso último nos gustaba —me encanta tener que abrir

con un cuchillo las páginas del libro—, pero recibimos protestas, quejas de que en una edición cara tuviéramos tamaño descuido, nos llegaron libros devueltos como defectuosos, y tuve que escribir muchas cartas explicando que se trataba de algo deliberado y que la encuadernación intonso constituía un lujo.

Batló tiene buen gusto literario, posee un fino instinto de editor, y es un trabajador incansable, capaz de resolver cualquier problema que se plantee en una empresa relacionada con libros. Podría ser un colaborador excepcional, si no tuviera de pronto reacciones inesperadas... o reacciones que, en mi torpeza, yo no era capaz de prever y de las que acaso fui en parte responsable.

Varias veces me notificaría que dejaba la dirección de El Bardo. Una de ellas, cuando contraté los títulos de Neruda. «Pero... ¿si creí que Neruda te gustaba! ¿Tienes algo contra él? ¿Piensas que no encaja en la colección?», inquirí consternada. No, no era eso. Sí le gustaba Neruda, y claro que sí encajaba. ¿Qué ocurría, pues? Acabé por entender que el problema radicaba en que la colección iba demasiado bien, incluso comercialmente, y eso quitaba interés al proyecto, lo despojaba de su carga romántica. En esta y en otras ocasiones logré convencerle para que siguiera, pero finalmente dejaría Lumen —era inevitable—, y yo tendría que proseguir la colección sin él, solo que entonces le cambié el nombre y pasó a llamarse Poesía.

Batló me propuso, y acepté encantada, que creáramos un premio ligado a la colección. Conseguimos un jurado excepcional, del que formaban parte Carlos Barral, José María Valverde y Juan Ramón Masoliver. No solo excepcional por su competencia y su prestigio, sino por lo muy en serio que se tomaron la cuestión. Las deliberaciones y la votación tenían lugar, la significativa fecha del 24 de octubre, en el curso de un almuerzo en el restaurante Orotava, y las discusiones eran apasionadas, sobre todo si se enfrentaban dos posibles ganadores de estilos muy distintos. Juan Ramón Masoliver, el mayor de todos nosotros, abogaba invariablemente por lo más nuevo y experimental, y con una energía que me maravillaba. Un año la polémica fue tan enconada y de difícil solución —llegamos incluso a repetir las votaciones— que a las siete y cuarto seguíamos sentados a la mesa del Orotava, sabiendo que desde las siete nos esperaban periodistas y amigos en el local de Lumen para tomar una copa y que se les comunicara quién era el ganador. No creo que premio alguno se haya dado jamás de forma tan honesta. No ya aquella mañana, sino ni siquiera minutos antes, sabíamos nosotros mismos quién se lo iba a llevar.

El primer Premio El Bardo (1977) lo obtuvo, en esta ocasión sin que el jurado tuviera que discutir apenas («clásicos» y «modernos» estábamos de acuerdo, y Juan Ramón escribiría un prólogo entusiasta), Álvaro Pombo, con *Variaciones*. Le conocí en Madrid unos meses después, en el curso de un viaje que hice con Adela Turín para presentar A Favor de las Niñas, y a las dos nos hizo mucha gracia aquel tipo insólito, decimonónico, tan educado... No advertí, sin embargo, hasta mucho después que, entre todos los individuos que tendría ocasión de tratar a través de

Lumen, Álvaro era uno de los realmente interesantes, uno de los más entrañables y humanos, de los más tiernos y divertidos, uno, sin duda, de los que poseían mayor talento, y uno de aquellos cuya amistad importaba conseguir y conservar.

Jorge Herralde creó el año 1982 el Premio Herralde, de narrativa en lengua castellana, y me invitó a formar parte del jurado. Teniendo yo mi propia editorial, con una colección de narrativa, la propuesta sorprendió a muchos y quizá mi aceptación también. Pero Jorge y yo nos habíamos conocido a los catorce años en un hotel de Playa de Aro donde veraneaban nuestras familias, nos habíamos reencontrado diez años después —antes de que él fundara Anagrama—, a través del que sería mi primer marido, y hemos sido desde entonces íntimos amigos. Tenemos absoluta confianza el uno en el otro, y le consideraba el mejor editor del país. Así pues, él me lo propuso y yo acepté. Y enseguida se me ocurrió animar a Álvaro para que se presentara. Álvaro andaba en busca de editor, tenía escritas varias obras y otras en proyecto, y había enviado a Lumen un par de originales, pero en Palabra en el Tiempo editábamos sobre todo narrativa extranjera, los textos de Pombo eran difíciles y, para ser poco mentirosa, confesaré que no estaban a la altura del que mandó al premio, *El héroe de las mansardas de Mansard*, que yo no había leído previamente y que es espléndido.

Pombo ganó por unanimidad, ha editado toda su obra narrativa en Anagrama, se ha afirmado como uno de los autores más relevantes en lengua castellana y, caso insólito en nuestro país desmemoriado, me ha agradecido siempre y ha recordado hasta hoy que le diera la idea de concursar, que le animara cuanto hizo falta y que intentara apaciguar durante meses sus telefónicas dudas y ansiedades. En mi siguiente viaje a Madrid, me esperaba en la habitación del hotel una magnífica orquídea proustiana (su madre cultiva orquídeas, ¿quién, salvo Álvaro Pombo, podía tener una madre especializada en cultivar orquídeas?).

Muchos años después, en 1991, volví a editar a Pombo. Me telefoneó Herralde para comunicarme que Álvaro había escrito un extenso poema y que le gustaría publicarlo en Lumen. Se titulaba *Protocolos para la rehabilitación del firmamento*. Era un texto breve y muy hermoso. «Había sido pensado —explica Álvaro en la edición de su obra poética completa— desde un principio con una disposición tipográfica especial: se trataba de que cada verso en sentido tradicional constituyese una estructura prosódica completa.» Eso significa que los versos, o sea las líneas, eran larguísima y no podían de modo alguno partirse. Nos divirtió idear multitud de soluciones. La más loca era utilizar un tipo de letra minúsculo y regalar una lupa junto con cada ejemplar. Se optó por un recurso más sencillo: hacer páginas desplegadas.

Vino Álvaro Pombo a Barcelona y dio una lectura en mi casa de sus *Protocolos*. Invité a muy poca gente: Jorge Herralde y Lali Gubern, Joaquín Monclús, que se encargaba como siempre del diseño, Carmen Giralt, Ana María Matute y apenas nadie más. Fue fantástico. Las actuaciones de Álvaro siempre lo son. En la televisión, en la radio, en un coloquio, desborda la escena con su

desmesura, con su voz potente y ronca, con su peculiar sentido del humor. Pero algo extraño debieron de ver en él mis perros, porque no hubo forma de hacerlos callar, por mucho que les repitiera yo que se trataba de un personaje importante y muy amigo mío, que no convenía enojarse porque le acababa de pedir un texto para un libro sobre animales que teníamos en proyecto, y porque Lali iba a comentar que los tenía pésimamente educados.

A los pocos días recibí los textos con una carta donde decía:

Adjunto dos piezas zoológicas para el libro que vais a hacer de animalitos cuya protección y ensalzamiento corre por cuenta nuestra. Han aparecido o aparecerán ya publicadas, pero no creo que ni los gatos del Parque del Oeste ni el periquito Kamikaze se molesten por una cosa así. No son de piques, porque están a lo que están —no como otros—. En su reino, para decirlo igual que Rilke, que es «lo abierto», no se tiene ni espacio ni tiempo ni ganas de picarse. Por eso dice Rilke: *Mit allen Augen sieht die Kreatur das Offene*: totalidad de ojos que, por cierto, se menciona también, abreviadamente, en *Protocolos para la rehabilitación del firmamento*, al hablar de los crédulos ojos de las yeguas, las mulas y las vacas, y, muy especialmente, en el protocolo de Ocaña, el baloncesto y los botijos... Considero indispensable añadir que mis etopeyas zoológicas atienden a la intersubjetividad constituida cada vez que un animal y un hombre se contemplan. Y debo añadir —y lo tengo muy hablado con mi abogada divorcista Luisa Nérida Bianchiotti— que de Rainer me divorcio justo a causa de esto: porque es colosal haber escrito, con referencia a la «media seguridad del pájaro» (el consternado ser cuyo destino es a la vez volar y proceder y provenir de un huevo) que: «Como asustado de sí mismo, zigzaguea en el aire como una grieta en una hendida taza. Así la huella del murciélago rasga la porcelana de la tarde». En esto es colosal, sí. Pero confuso en el fondo por cargazón conceptualista. Como dijo Félix (el de Azúa) en el mejor artículo que ha escrito: Rilke quiso ser, él mismo en persona, un animal. Yo añado que esto le impidió entender del todo bien ese complejísimo tipo de animal que llamamos doméstico. Debe entenderse no trágicamente, como lo hace Rilke en la octava elegía, sino como yo, cómicamente, con la inmensa seriedad de todo lo que tiene gracia y nos hace sonreír o reír alegremente. Dedicaré, por cierto, una sección especial en mis «Ideas para una fenomenología del animal doméstico» al comportamiento *superinfernal* de los dos perros de Esther...

Otros poetas: José María, José Agustín, Jaime, Juan, Mario, Cristina,
Jesús, José Luis...

Publiqué un número considerable de poetas hispanoamericanos y españoles en Lumen, y con varios de ellos mantuve una relación personal importante. He hablado ya de Pablo Neruda, de Álvaro Pombo, de Carlos Barral, de Ana María Moix. Hubo muchos otros.

A José María Valverde le conocía desde mis años de universidad. Había ganado la cátedra de Estética, pero yo le tuve en Filosofía de primer curso. Era el catedrático más joven, era poeta, era interesante y sensible. Creo que todas las alumnas andábamos medio enamoriscadas de él. Pero todas sabíamos que se había venido desde Madrid a Barcelona con una esposa alemana — fantaseábamos una teutona típica y luego, cuando conocí a Pilar, resultaría que de alemana, salvo los ojos claros y el cabello rubio, no tenía apenas nada— y una caterva de hijos, de distintas edades, pero todos todavía pequeños.

Me gustaba su poesía. Hay dos versos relacionados con la muerte que me impresionaron entonces y no he olvidado nunca: «Se quedarán mis cosas sin mí desconcertadas», y: «Oh, Señor, anestésame la muerte, como a tantos les haces con la vida». Cuando, casi cincuenta años después de que yo le conociera, murió finalmente José María tras una larga dolencia, le pregunté a Pilar cómo habían sido sus últimos momentos. Me contó que estaban reunidos en familia, charlando en la sala, y que José María, ya muy agotado por la enfermedad, había quedado adormecido. La muerte sobrevino tan plácida que ella ni se dio cuenta hasta que se lo indicó una de las hijas. Caí en la contradicción de agradecer a Dios (un dios en el que no creo) que hubiera atendido la súplica que le formulara tiempo atrás un joven poeta, que sí creía en él y que siguió creyendo siempre. Porque José María —sin que eso signifique que estuviera exento de dudas— era un hombre de profundas convicciones: creía en Dios, en la revolución, creía en el hombre. Su afán de honestidad y coherencia le llevó a acciones tan quijotescas como renunciar, por razones políticas, a su cátedra en la universidad y tener que arrostrar largos años de voluntario exilio en Canadá. Practicaba, al igual que Comín, un cristianismo de izquierdas, pero, al contrario que Comín, no

tenía ninguno de los vicios del político. Aunque me llevaba bastantes años, a veces me sorprendía su ingenuidad. Su escándalo, por ejemplo, ante la actitud de la familia Panero —sobre todo respecto a la viuda—, por haber colaborado en la película *El desencanto*, de Jaime Chávarri. O que, tras haber traducido para Lumen otras obras de James Joyce, se negara a hacerlo con la correspondencia, a causa de las cartas cruzadas entre el escritor y Nora, cuya obscenidad le parecía agravada por el hecho de tratarse no de una prostituta o de una amante, sino de su propia esposa. Aunque esos ramalazos de puritanismo no quitan que Valverde fuera una persona muy abierta, un hombre extraordinariamente tolerante y comprensivo con los demás (acaso menos consigo mismo).

Las clases y las conferencias de José María eran muy buenas, pero los paréntesis, los larguísimos paréntesis que intercalaba en ellas, más o menos relacionados con el tema que estaba tratando (y cuanto menos relacionados, mejor) eran extraordinarios. Estos paréntesis y las manos. Unas manos largas, bellísimas, estilizadas, que recordaban las de El Greco y que movía con elegancia suprema.

Tuve que esperar hasta último curso para encontrar en Jaume Vicens Vives un profesor de la talla de José María Valverde o Antonio Vilanova. Y, si había pedido a Antonio que llevara la que iba a ser, gracias a él, la mejor de mis colecciones, recurrí también en múltiples ocasiones a José María. Me tradujo *Emma*, de Jane Austen, *Elegías de Duino*, de Rilke, *Ulises*, de James Joyce; formó parte del jurado del premio de poesía, y, sobre todo, editó sus *Poesías reunidas*, donde se recoge su obra poética completa, salvo aquellos poemas que decidió eliminar porque no quería ver reeditados.

Pilar —la alemana, en realidad solo hija de padre alemán, de la que andábamos celosas hace cincuenta años las alumnas de primero—, estupenda compañera de José María y colaboradora entusiasta en todas sus empresas, me ha regalado hace poco, como precioso recuerdo, un ejemplar de la tesis doctoral de Eco, con una dedicatoria autógrafa de Umberto al poeta.

En Lumen fuimos publicando también, uno tras otro —alternando los nuevos con la reedición de los aparecidos antes en otras editoriales—, todos los libros de poemas de José Agustín Goytisolo. Me consideraba su editora en exclusiva, estaba encantado de que lo fuera y no tuvimos nunca el menor desacuerdo profesional..., aunque podía ser muy contradictorio, muy obstinado, muy irritante a veces. Muy irresponsable también en ocasiones, porque, atento solo a lo que en determinado momento a él le interesaba, capaz era de perder el resto del mundo de vista. Como cuando les encontramos a él y a Ton Carandell, su mujer, paseando por las callejuelas de Cadaqués, e íbamos Esteban y yo acompañados por la Paya —secretaria y compañera de Allende hasta los últimos momentos de La Moneda, que residía entonces en Cuba—, y le advertí que no debía decirse a nadie que ella estaba en España, y antes de transcurrir veinticuatro horas lo sabían desde La Habana hasta Pekín.

No, para estas cosas no podías fiarte de José Agustín. Que era capaz además de insistir hasta derrotarte por puro agotamiento si se empeñaba en que hicieras algo que no querías hacer... Como cuando me hizo llevar en mi coche hasta Segovia —para asistir a la fiesta que daban cada año Pedro Altares y su mujer— a unas personas a las que yo dije desde el primer momento que no quería llevar... Me vio después tan enfadada que me metió en un mesón contiguo al acueducto, y fue pidiendo como desagravio, pese a mis vanas protestas, cantidades ingentes de un estupendo jamón que sabía me gustaba, y me miraba entretanto con aire contrito y desolado, aire del niño al que han pillado en falta, hasta que me salió el jamón por las orejas y no pude contener la risa y se me pasó el enfado. Porque era irritante, y no escuchaba muchas veces lo que le decías (inútil advertirle, por ejemplo, que estabas llegando tarde al aeropuerto, o agobiadísima de trabajo, si se había sentado ante la mesa de tu despacho para leerte su último libro —que tú por otra parte ya conocías, puesto que ibas a editarlo— desde la dedicatoria hasta el final), pero era también entrañable y cariñoso y muy listo, y a mí me era imposible mantener mucho tiempo un enfado con él, casi diría que me era imposible enfadarme con él en serio. Porque era, además de lo ya dicho, un amigo leal, y, sobre todo, un buenísimo poeta... y, aunque pueda parecer un disparate, a una persona cuyo trabajo admiro estoy dispuesta a disculparle muchas cosas. Sería, al menos, un disparate que comparto con Gimferrer, que, según cuentan, cuando le preguntaron un día si era muy amigo de Fulanito, protestó, atónito y contundente: «¿Cómo voy a ser amigo de Fulanito, si no me gusta nada lo que escribe?». Y llevaba parte de razón: no es fácil mantener amistad con un artista cuya obra no valoras.

Cuando llegué con Milena al tanatorio donde iban a tener lugar las exequias y la incineración de José Agustín, se precipitó a nuestro encuentro Víctor, su nieto, y nos preguntó en tono casi agresivo: «¿Habéis llorado?». Respondimos que sí, y en mi caso no era literalmente cierto. Yo no había derramado ni una lágrima, pero lo que el niño quería saber era algo distinto, quería saber si nos había dolido mucho la muerte de su abuelo. Y sí había dolido, y seguiría doliendo, y yo empezaba a barruntar que tanto o más que sus cualidades echaría de menos a la larga sus defectos.

Otro poeta, un mito que va a más pero que ya lo era hace cuarenta años: Jaime Gil de Biedma. Cuando me preguntan si éramos amigos, yo —obstinada en poco mentir— respondo que no, porque no fuimos lo que yo entiendo por amigos (amigos se tienen pocos, se pueden contar con los dedos de una mano, de las dos con suerte: ¿cómo pudo decir en una entrevista la mujer de Neruda que tenían mil amigos?). Pero nos respetábamos recíprocamente mucho y creo que nos teníamos un sincero afecto. Me invitó un par de veces a almorzar fuera de casa; pasé algunos ratos en el sótano que habitaba cuando le conocí y luego en su nuevo piso de un edificio construido por Ricardo Bofill; estuvo él muchas veces en el mío. Especialmente interesantes y divertidas eran las cenas en mi casa con los Barral (creo que una de las últimas salidas de Jaime fue para asistir a una de estas cenas, cuando faltaba poco para la inesperada muerte de Carlos, que debió de ser para él un golpe

terrible). Eran muy amigos, se querían y Jaime reñía a Carlos tanto o más de lo que le reñía la propia Ivonne. Le reprochaba su pereza y su frivolidad, su falta de constancia y de rigor, causa de que rindiera mucho menos de lo que hubiera podido rendir, de que no llegara hasta donde tenía la obligación de llegar; le reprochaba que malgastara su talento, que perdiera el tiempo en naderías, que maltratara tanto su precaria salud con el alcohol y con el tabaco. Pero esto no evitaba que las veladas con los dos fueran extremadamente agradables. (Otras cenas que recuerdo con nostalgia —estas muy frecuentes— reunían en mi casa a los Barral con los Herralde, y con Mario y Nicole Muchnik, que más tarde se trasladarían a Madrid, donde él crearía una nueva editorial, Taller de Mario Muchnik, y ella se dedicaría con excelentes resultados a una vocación que no le conocíamos: la pintura.)

Fue Ana María Moix, en su papel de mediadora y de hada madrina, la que me comunicó que Jaime estaba terminando un libro en prosa, unas memorias, y que existía la posibilidad de que me las diera para publicarlas en Lumen. La primera edición se llamaba *Diario del artista seriamente enfermo*. Pocos libros me ha hecho tanta ilusión editar y de casi ninguno se ha hablado tanto antes incluso de que saliera. Aunque Jaime podía mostrarse duro y hosco a veces, el trato en este caso fue perfecto: estuvimos de acuerdo en todos los detalles de la edición y no surgió el menor problema... Por el contrario, su heredero me obligó a destruir una segunda edición, posterior a la muerte de Jaime, cuando estaba ya impresa y encuadernada, y a repetirla entera, por haber introducido yo unas correcciones puramente ortográficas con las que tengo la certeza de que el autor hubiera estado de acuerdo. ¡Ah, las viudas y los viudos de los genios, a menudo fervientes devotos que no entienden de la misa la mitad y son más papistas que el Papa! También después de su muerte, editaríamos en Lumen la poesía de Jaime, *Las personas del verbo*, con un prólogo de Carme Riera.

Hubo, como he dicho, muchos más poetas en Lumen. Los argentinos Mario Trejo, uno de los tipos con más talento y creatividad que he conocido en mi vida, y menos capaz de aprovecharlos —costó Dios y ayuda reunir su poesía, por otra parte no muy extensa, y editarla—, capaz de poner patas arriba la vida de cualquiera en sus intentos de arreglar el mundo y capaz de destruir con ejemplar empeño las mejores oportunidades, y Juan Gelman, grandísimo poeta, imaginativo, cariñoso, entrañable, marcado por una tragedia tan sobrecogedora que cualquier intento de consuelo me hubiera parecido un agravio (quizás él no lo sepa, pero el personaje de un cuento que escribí para niños se llama Marcela en homenaje a su hijo brutalmente asesinado); la uruguaya Cristina Peri Rossi, colaboradora y amiga, apasionada en el amor, en la política y en la literatura, apasionada en todo, de la que editamos en Lumen algunos cuentos, una novela y varios excelentes libros de poemas, que me descubrió a autores tan extraordinarios como Felisberto Hernández o el propio Gelman, y que formó parte del jurado del premio de narrativa femenina; Jesús Lizano —último poeta épico se define él a sí mismo, épico y libertario—, torrencial, desbordante, jocosos,

filosófico, desmesurado, cuyas lecturas constituyen todo un espectáculo, en el que un público fervoroso y variopinto, formado por fans de muy distinto pelaje, se emociona hasta las lágrimas y ríe a carcajadas, Jesús, que se toma su función de poeta con una seriedad que no he visto en nadie —y que me parece conmovedora—, que le ha sacrificado, acaso como nadie, su vida entera, y que nos ha ido mandando a lo largo de veinte años —le conozco desde la universidad, donde fuimos compañeros de curso e hicimos teatro juntos— una serie de «Cartas abiertas al poder literario», donde denuncia —con un leve toque de paranoia— la marginación de su obra y el dominio que ejerce el poder sobre la cultura, cartas que no tienen desperdicio y que alguien debería publicar un día; José Luis Giménez-Frontín, otro amigo de juventud, que, aparte de su obra como poeta y novelista, ha llevado a cabo, en beneficio de todos, una espléndida labor dirigiendo las actividades culturales de la Cabra de Catalunya...

Poetas sin duda muy distintos, pero que ahora, envueltos en la nostalgia del recuerdo, me parecen todos ellos tiernos y entrañables.

Dos magníficas sorpresas: Gustavo Martín Garzo y Javier Pastor

Dije en el primer capítulo que existe un momento sublime para el editor: aquel en que abre el original de un perfecto desconocido y se encuentra ante una obra importante. Dije también que es poco frecuente. A lo largo de mis cuarenta años de profesión, habrá ocurrido como mucho una docena de veces. Y entre todos los casos tienen un relieve especial, viví con especial ilusión, dos: *El lenguaje de las fuentes*, de Gustavo Martín Garzo, y *Fragmenta*, de Javier Pastor.

El original de *El lenguaje de las fuentes* estaba en mi casa, entre el gran montón de textos pendientes de lectura que tienen su lugar especial en el mueble —mitad mesilla de noche, mitad mesa de trabajo— que había diseñado y construido Joaquín Monclús para mí. A partir de la segunda página, tuve la certeza de que se trataba de algo muy especial y lo devoré con fruición. A las tres de la madrugada lo había concluido, y estaba histérica, intentando deducir quién era el tal Martín Garzo, recordar si su novela me había llegado a través de alguien, y de quién, y preguntándome sobre todo cuánto tiempo llevaría allí, junto a mi cama, sin que yo le echara una ojeada, y cuántos otros editores podían haberla leído y haber decidido publicarla entretanto.

A la mañana siguiente llegué al despacho antes que de costumbre y empezamos a llamar al domicilio de Garzo en Valladolid, donde no estaba, y a su lugar de trabajo, donde tampoco le localicé. No pude hablar con él hasta la tarde, pero la novela, aunque había pasado por otras editoriales y alguna de ellas no la había devuelto ni había dado todavía una respuesta, seguía libre. (Hace poco me comentó su hija Elisa, que estuvo viviendo un invierno en mi casa mientras hacía unos cursos de posgrado, que algunas de las cartas que acompañaban en aquellos primeros tiempos los originales devueltos eran demoledoras y afectaban mucho a su padre, lo cual me sorprendió, no ya por la calidad que en este caso concreto tenían las obras —cualquiera puede equivocarse o disentir del gusto de otros—, sino porque un lector profesional debería saber —como sé yo, y lo dije ya en otro punto de estas confesiones— el trabajo que supone escribir una mala novela y la ilusión que se ha puesto en ella, y hace falta una dosis considerable de propia frustración o gratuita malevolencia para que este trabajo y esta ilusión no te merezcan un respeto.)

Gustavo estaba contentísimo de publicar en Palabra en el Tiempo, y en Lumen lo estábamos de

publicarle a él. Quedaba el problema del título (a veces costaría Dios y ayuda encontrar título para sus novelas). El provisional, *La huida a Egipto*, no convencía a nadie. Gustavo pensó en *El pozo del milagro*, que se citaba en el libro y «tenía la virtud de nombrar el milagro como el lugar del amor terrenal», pero surgía otro problema: la acumulación de tanto término con vocación «espiritualista» —milagro, santos, y los nombres de José, María y Jesús en la primera página del libro— podía dar al lector una impresión equivocada. Escribe Garzo el 20 de octubre del 92: «No puedo ocultarte mi preocupación ante la moda *evangelizante* que nos invade. El libro de Saramago, la novela finalista del Premio Ateneo de Sevilla, y ahora mismo el rutilante Premio Planeta. No me he atrevido siquiera a leer el libro de Saramago, que supongo tendrá interés. La sola idea de que pueda agrupárselos a todos —incluido el mío— en lo que el propio Sánchez Dragó ha llamado *libros de espiritualidad* me pone los pelos de punta». Creo que Gustavo tiende a preocuparse en exceso por las cosas, a angustiarse demasiado, a darles demasiadas vueltas, pero en este punto no le faltaba razón.

Finalmente la novela se llamaría *El lenguaje de las fuentes*, y Garzo ganaría con ella el Premio Nacional de Literatura 1993. Era un buen comienzo, y desde entonces hasta hoy Gustavo ha escrito mucho y bien.

Dos años después, en el 92, me mandó su siguiente novela... con un título imposible: *El canto de la cabeza*. Tan imposible me parecía que debí de arriesgarme a sugerirle otro, porque he encontrado una carta en que me dice: «Supongo que te va a dar un soponcio cuando leas lo que viene ahora, pero sigo dando vueltas al título. Como te dije por teléfono, me gusta mucho el que me habéis propuesto, pero no puedo ocultarte mis dudas sobre si es una elección acertada, sobre todo teniendo en cuenta el anterior. *El lenguaje de las fuentes*, *Visitante del aire*... ¿No resulta un poco excesivo, no podemos caer en el riesgo de lo etéreo? Creo que en ambos libros hay esa cosa desviada, anómala, esa exaltación de la tristeza y de la debilidad (mi lado terrible de contratenor); pero también desolación, dureza sin límites, la ceguera obstinada de los animales libadores. Me pregunto si ese lado oscuro, profundamente materialista, queda reflejado en títulos así. Es una duda que os transmito y que me hace pensar que *El canto de la cabeza* tal vez sea menos atractivo pero refleje mejor ese fondo de opacidad y de loca avidez». Nada que objetar a que rechazara el título propuesto, pero había que seguir buscando, porque a Tita (Esperanza Ortega, mujer de Gustavo, también escritora, aunque de poesía) y a Carmen Balcells (con la que yo le había puesto en contacto y que era ahora su agente) *El canto de la cabeza* les debía de parecer tan infumable como a mí. Lista de títulos propuestos por unos y otros: «El laberinto de la memoria», «Como en los sueños», «Relato de señora con espejo», «Canto interior», «Ama y haz lo que quieras», «La bola de cristal», «Marea oculta», «Las sombras de la memoria». Gustavo nos envía entonces la reproducción del cuadro de un discípulo de Leonardo, «como último acto de homenaje a mi incomprensido título, que me sigue pareciendo el mejor, aunque no guste casi a nadie», y se

decide por *Marea oculta*. Lo había propuesto Tita, y para Gustavo lo que decía Tita iba a misa, cuanto hacía Tita estaba tocado por la gracia. Quiero subrayar que, aunque muchos hombres se las den de feministas, apenas he conocido a ninguno que nos entienda, nos valore y nos respete como Gustavo, y ni a uno solo que, al citar sus preferencias literarias, dé tantos nombres de mujeres.

Antes de salir yo de Lumen, editaría otras dos novelas de Gustavo: *La vida nueva*, para cuya cubierta le propuse una ilustración que hiciera, a mediados del siglo xv, para *La divina comedia*, Giovanni di Paolo, que le encantó («La ilustración», escribe, «me parece un milagro. Toda la novela está en ella. El vuelo de los amantes; la confusión entre la realidad y el sueño; el conflicto (que en Dante no existe, pero que en mi libro es esencial) entre la verdad o la justicia y el amor») y *El pequeño heredero*, que es para mí una de sus mejores obras.

Descubrir a Martín Garzo («descubrir» hasta cierto punto, pues forzosamente tenían que ser muchos los que sabían ya de él y, en cualquier caso, un talento como el suyo no iba a permanecer largo tiempo oculto), discutir con él sus libros, mimar la edición de sus obras, ha constituido una de mis grandes satisfacciones profesionales y personales.

Hubo un regalo supletorio. Poco después de que se creara RqueR, Gustavo —al que no le habíamos pedido nada, sugerido nada, porque ni se nos había pasado por la imaginación la posibilidad de publicar algo suyo— le escribió a Milena que estaba terminando un texto muy especial, *Pequeño manual de las madres del mundo*, que no encajaba en ningún género, y que, si le gustaba, se lo daría para que lo publicara, pues le parecía adecuado para su nueva editorial. Era el mejor de los regalos imaginables, porque era una prueba de solidaridad y de confianza; era, sobre todo, una muestra de amistad y de cariño.

El otro hallazgo, *Fragmenta*, no apareció por casualidad en mi mesilla de noche entre un montón de originales anodinos. Me llegó a través de Juan Goytisolo. En una de sus estancias en Barcelona, Juan me comunica que quiere hablar conmigo y me cita en el hotel Oriente, donde suele alojarse. (A menos que le sea imprescindible no sube más allá de la plaza Catalunya.) Me ha invitado a cenar una vez, con Milena, en el Amaya y otras dos en las terrazas al aire libre que hay a pocos pasos del hotel. La cena de hoy es un tanto pintoresca, porque entre el ruido infernal de los coches que cruzan a nuestro lado, el alboroto de los transeúntes que deambulan hablando a gritos y empujándose por el centro del paseo, los camareros que se abren paso con las bandejas entre mesa y mesa —después de atravesar peligrosamente la riada de vehículos—, y los mendigos y vendedores que intentan llegar hasta los clientes, Juan, mientras cruza unas frases con los amigos marroquíes que nos acompañan, mientras se ocupa de que dos criajos guapísimos, hijo y sobrino de uno de ellos, que no dejan de besarse con entusiasmo, reciban sus raciones de patatas y aceitunas (comenta que por la mañana los ha llevado al acuario y al zoológico y a no sé cuántos sitios más), que se ponen a comer con idéntico entusiasmo (los besos sabrán luego a patata y a

aceituna), mientras deja anonadada a una supuesta bailarina oriental que ha bailado una supuesta danza del vientre, dirigiéndose a ella en árabe («¡no jodas, tío, que soy de Sabadell!», protesta ofendidísima la muchacha mientras recoge las monedas), me está dando una fantástica clase magistral sobre *El Quijote*, que yo me esfuerzo denodadamente en seguir, pues lo que Juan Goytisolo dice —y escribe— me interesa siempre, porque no es lo que oigo día tras día en boca de todos, y, esté o no de acuerdo con sus opiniones, resultan estimulantes y revulsivas. A veces, reveladoras. De Juan —parecerá una tontería, pero es poco frecuente— aprendo todavía cosas que me interesan y no sé. De modo que luché por no perder palabra de su discurso-diatriba sobre *El Quijote* y sobre la edición que de él ha hecho Paco Rico.

No descubro *Fragments*, como ocurrió con *El lenguaje de las fuentes*, en el silencio y la soledad de mi dormitorio, sino en el barullo nocturno de la parte baja de las Ramblas. Juan me ha citado para esto. Me tiende el original. No conoce al autor, me explica, le ha llegado a través de un tercero. Pero es una novela, supone que una primera novela, muy interesante, se sale de lo corriente, merecería la pena publicarla; si lo hacemos, él escribirá una crítica para *El País*.

La novela de Javier es dura, difícil, rigurosa. Revela desde las primeras páginas la ambición, la exigencia, la capacidad del autor. Me gusta mucho. Creo en ella sin reservas; o acaso, más que en ella, en las enormes posibilidades del individuo que la ha escrito. La contratamos enseguida, y enseguida conozco a Javier, y poco más tarde a su mujer, a Maite. Entre ellos y mis hijos y yo se establece un amor a primera vista, somos al poco tiempo tan amigos como si nos conociéramos desde siempre. En nuestros viajes a Madrid pasamos horas y horas juntos, todos los veranos suben con nosotros a Cadaqués.

Admiro a Javier por su talento de narrador, por su fabuloso uso del lenguaje, pero también por el rigor y por la entrega que pone en su trabajo. De acuerdo con Maite, dedica todo su tiempo a la escritura; en estos momentos a su próxima novela. No importa los años que le lleve, no importa rectificar, corregir, empezar de nuevo. Nadie se plantea si va a ser o no comercial, si va a dar dinero, si puede aspirar a un premio. A Javier lo único que le importa es escribir una buena novela, o sea una novela que se aproxime a la idea que tiene en su mente. Y a Maite le importa que él la escriba. Por este objetivo están dispuestos a sacrificar ambos muchas cosas, a aunar esfuerzos. Han hecho, codo con codo, la apuesta máxima.

Y yo apuesto por ellos, por los dos, y por el libro.

Mi experiencia en una multinacional: sinergia, argumentos de venta, convenciones pintorescas

He dicho que Lumen fue posible gracias a la presencia de mi padre, a la rara mezcla que se daba en él de entusiasmo idealista y de sentido común, a su ilimitada confianza en mí (que yo no compartía), a su instinto para los negocios, a su capacidad de trabajo. Muerto él, no encontré a nadie que le sustituyera. Y una editorial es un negocio demasiado difícil, demasiado arriesgado, para que yo, a mis casi sesenta años, tuviera ánimos o ganas de asumirlo. Tal vez de haber sabido que mi hija Milena, que ya llevaba un tiempo trabajando conmigo, llegaría a aficionarse tanto a la profesión, no lo hubiera hecho, o tal vez sí, pero lo cierto es que decidí vender Lumen a una multinacional que me permitiera seguir llevándola del modo más independiente posible. Y me dirigí al exdirector de los grupos editoriales de Bertelsmann (ahora Random House Mondadori) en Barcelona, antiguo compañero ocasional de bridge (de ahí el rumor de que había perdido mi editorial en una partida de naipes), que siempre repetía que, si algún día se me ocurría vender Lumen, se lo dijera en primer lugar a él. Los contactos se iniciaron después de Navidad y la venta era ya un hecho antes de Semana Santa.

Y enseguida empezaron a hablar todos de sinergia. Desde el gerente general hasta las secretarías. Supuse que lo habrían aprendido en un cursillo de formación empresarial, y, dado que yo no había cursado ninguno y no tenía claro qué era aquello tan maravilloso que nos iba a suceder, corrí al diccionario ideológico y a la enciclopedia que utilizo habitualmente para resolver dameros y crucigramas. El Casares definía sinergia como: «Concurso activo y concertado de varios órganos para realizar una función», y la enciclopedia agregaba otra definición que se ajustaba más a nuestro caso: «Acción combinada de dos o más causas cuyo efecto es superior a la suma de los efectos individuales». Eso era. Cuando una pequeña o mediana editorial vocacional e independiente, como Lumen, se unía a una poderosa multinacional, como Bertelsmann, ambas se potenciaban recíprocamente, y alcanzaban cotas a las que no cabía aspirar por separado. Los recursos económicos, los contactos internacionales, el departamento de

promoción y la red de ventas de Plaza y Janés (la editorial del grupo a la que Lumen pasaba a pertenecer) abrían a mis libros posibilidades insospechadas.

Seguí, pues, haciendo mi trabajo de siempre (en el que no interferían apenas para nada, salvo su empeño en descatalogar títulos y reducir el catálogo a una lista de novedades y éxitos de venta), en mi local de siempre y, en gran medida, con mis colaboradores de siempre. Y esperé ilusionada los fantásticos resultados de la sinergia, acrecentadas mis esperanzas por el hecho de que se trataba de un grupo alemán y en mi ámbito familiar lo alemán era casi sinónimo de seriedad y de eficacia. Pero imagino que, para que varios órganos concursen en una misma función, tienen que pertenecer a una misma especie, tienen que ser compatibles. Y no era el caso. La distribución de Plaza y Janés resultaba excelente para los libros de Plaza y Janés, no para los míos; los vendedores estaban capacitados para vender mejor que nadie Stephen King o Mary Higgins Clark o, en el caso de Lumen, éxitos de venta como Quino o como Eco, pero no James Joyce o Virginia Woolf; las ideas del departamento de promoción (les hubiera encantado incluir dibujitos de Mafalda hasta en los anuncios y carteles de poesía) no encajaban en el estilo de Lumen. La gracia sinérgica no descendió, pues, sobre nosotros, o, caso de hacerlo, trajo pobres resultados.

Después dejó de hablarse tanto de sinergia y surgieron los «argumentos de venta». En la primera reunión con vendedores, hablé de la importancia de los autores y de la calidad de los libros. Pero vi que no se trataba de esto. Entonces recurrí a contar el argumento —creo pertenecer a una familia de buenas narradoras— y señalé que el lector se lo iba a pasar muy bien. Pero tampoco esto les servía. ¿Qué eran, pues, los argumentos de venta? Básicamente dos: que se hiciera la versión cinematográfica —a poder ser con Julia Roberts y Richard Gere de protagonistas— y, por encima de todo, que saliera en televisión. ¿Y si no se hacía por el momento la película y no salía en televisión? Bueno, también valía si se relacionaba con algo de viva actualidad, con un escándalo, con gente famosa..., si la autora, por ejemplo, había tenido un lío con un político importante o con el presidente del gobierno. ¿Servía esto como argumento de venta? A falta de algo mejor..., aunque era preferible con el presidente, claro, y si pudiera ser con el rey...

Querían «libros mediáticos», y yo seguía editando —sin que nadie lo discutiera ni pusiera reparos— los que consideraba buenos (o sea, los que nos gustaban a Antonio Vilanova, a Carmen Giralt, a mi hija y a mí). Generalmente —había excepciones— los vendían mal —con desgana, sin fe—, y al cabo de un tiempo empezaba la lucha solapada por, previa destrucción de los ejemplares sobrantes, eliminar el título del catálogo. Mantener el fondo editorial no era económicamente rentable. Poco importaba, por tanto, la duración de los contratos. En el caso concreto de Juan Marsé, se me sugirió la posibilidad de, aprovechando la publicación de su última novela, *Rabos de lagartija*, contratar prácticamente la totalidad de su narrativa. Me entusiasmó la idea de tener a Juan en mi catálogo. Pensaba sacar tres novelas cada año y

conservarlas en el fondo de Lumen. Pero descubrí, al recibir copia de los contratos, que los derechos caducaban a los dos años de la firma. ¡Ni tiempo me daba a sacar todos los títulos! Era tan disparatado, que la propia Carmen Balcells amplió el plazo. Grandezas y servidumbres de la sinergia: me permitía tener a un autor como Marsé, al que Lumen no hubiera podido acceder, pero de un modo muy peculiar y limitado.

Algo similar ocurrió con el premio Femenino Lumen de narrativa escrita por mujeres, que llevaba concediéndose con bastante éxito cuatro años. Me comunicaron que, al disponer de más recursos, el importe se podía multiplicar por cinco y convertirse en una cantidad relativamente importante, lo cual atraería a autoras de más nombre. En principio aumentar la cuantía del premio parecía estupendo, pero ¿qué ocurriría si se presentaba esa autora de más nombre y la novela que prefería el jurado había sido escrita por una novelista desconocida de Panamá? Cuando está en juego una suma elevada de dinero, la situación se complica y se impone la sensatez. Y, sin embargo, yo no disponía de un jurado manipulable —¡cualquiera manipula a una Nora Catelli, a una Cristina Peri Rossi, a una Ana María Moix!—, y no estaba dispuesta ni a intentar hacerlo ni a dejarme condicionar yo a mi vez. No quería conceder un premio a imagen y semejanza de la mayoría de los que se dan en este país, y que he criticado siempre. De modo que aquí acabaron su andadura premio y colección. En este punto resultó la sinergia todavía menos eficaz, incluso contraproducente.

También las multinacionales celebran sus grandes convenciones anuales. ¡Y qué convenciones! Una mezcla curiosa de fiesta infantil para niños un poco zafios y mitin preelectoral en un pueblo norteamericano.

Solían tener lugar fuera de Barcelona. Hubo una en la costa levantina, otra en Canarias, otra en Túnez... Nos congregaban en uno de esos hoteles destinados a ferias y congresos, a grandes grupos, hoteles con suntuosos vestíbulos y habitaciones mucho menos suntuosas, con aparatosos bufetes para el desayuno y para la cena. Había siempre excursiones turístico-culturales y algún esparcimiento para interrumpir las sesiones de trabajo. En estas, los distintos editores exponíamos los títulos que íbamos a sacar y esgrimíamos nuestros argumentos de venta, o sea, cuáles teníamos la suerte o al menos la esperanza de que se llevaran al cine y cuáles procedían o estaban de algún modo relacionados o habían aparecido en televisión, y éramos a veces vituperados desde el público —«¡nos los vendéis como purasangres y luego resultan burros de carga!», «en lugar de un autor que decís es igual que Vázquez Montalbán, ¿por qué no nos dais un libro del propio Vázquez Montalbán?», «¡eso no le interesa a nadie!» (a Dios pongo por testigo que oí estos comentarios tal como los cito)—, porque aquello no tenía nada que ver con Distribuciones Enlace, de espíritu de cruzada ni asomo, y los editores, lejos de ser objeto de veneración, éramos unos infelices ineptos que no colmábamos sus aspiraciones, únicos responsables de cualquier fracaso.

La respuesta de los directivos era contundente. Sesión cumbre de la convención. Entra el gran

jefe. Tiene un aspecto impresionante, sombrío, se parece más a Lenin que nunca. Cruza la sala, sube al estrado, levanta con gesto brusco y dramático el paño que cubre una pizarra. Leemos, escrito en trazos enérgicos y con muchos subrayados y signos de admiración, algo parecido a: «El golpe ha sido duro. Estamos gravemente heridos. Pero seguimos vivos. Nos recuperaremos. Venceremos». El «venceremos» subrayado tres veces y con triple signo de admiración. Sigue un largo silencio, para darnos tiempo a que asimilemos el mensaje. Después, en una pantalla, listas de prensa en que figuran los libros más vendidos. «¿Cuáles son los libros que se venden? ¿Lo veis? ¡Los de autores españoles! ¿Y qué lugar ocupamos nosotros en la lista de ventas? ¿Cuántos libros aparecen de nuestro grupo entre los más vendidos? Queda claro, ¿no?» Yo estoy pensando en la actuación, tan distinta —ignoro si más o menos eficaz—, de Carlos, en su pipa, su camisa negra descubierta sobre el pecho, su sonrisa irónica y amable, sus cuatro autores más importantes del siglo XX (ahora Carlos ha muerto y ya no sabré nunca quién es el cuarto), estoy pensando en los inteligentes y en ocasiones malévolos incisivos con que salpican Herralde y Castellet la apasionada defensa de sus autores y sus libros, en las brillantes disertaciones —tan graciosas, tan petulantes— del joven Azúa, y me pregunto si actuaciones como esta que estoy presenciando se enseñan en las escuelas de dirección de empresas, escuelas carísimas a las que acuden a dar conferencias los mejores profesores de Estados Unidos, y si enseñan también que para ganarse a los vendedores es preciso, al margen de ocasionales broncas y regañinas, situarse al que se considera su nivel. Si es preciso disfrazarse de moro, ponerse camisetas con eslóganes ridículos, cantar chorradas a coro, bailar encima de las mesas, contar chistes verdes, hacer bromas obscenas... Porque, al concluir el gran banquete de clausura, mientras todos miramos consternados cómo se nos va derritiendo en los platos el helado que por error han servido los camareros antes de tiempo y que no osamos tocar, uno de los directivos ha iniciado su discurso con las palabras: «Cuando llegué a España me dijeron que la gente era muy religiosa, y enseguida comprobé que era verdad, porque en la oficina oía decir todo el rato: ¡hostia!, ¡hostia!, ¡hostia!».

Punto final

Mi carrera de editora terminó de modo brusco e inesperado. Tenía que jubilarme, según contrato, a los sesenta y cinco años, y estaba a punto de cumplir sesenta y cuatro. La sinergia no había funcionado demasiado, ni yo había encajado mucho en el sistema, pero no habían surgido tampoco grandes problemas ni vivíamos, que yo supiera, una situación conflictiva. Tampoco creo que nadie me tuviera personal inquina. Pienso que nada de cuanto ocurrió tuvo lugar a nivel personal.

Lo cierto es que un día, a principios de verano, Juan Pascual, nuestro jefe directo en aquellos momentos, me citó en su despacho a las cinco de la tarde; y a Milena y a Carmen Giralt, a las cinco y media. Me comunicó de sopetón que habían decidido prejubilarme. Yo no saldría perjudicada económicamente, a mi hija Milena le doblarían el sueldo y pasaría a ser directora literaria; era demasiado joven y le faltaba rodaje para llevar ya la editorial, de modo que por el momento quedaría como directora Carmen, mi colaboradora de tantos años. Yo estaba atónita. Quise oírle decir que se trataba en realidad de un despido y pregunté el motivo. Si se trataba de un despido, y no había ningún motivo especial. No alegué nada en contra. Eran las cinco y media, hicieron entrar a Carmen y a Milena, sin que tuviéramos ocasión de hablar antes entre nosotras, y Juan les comunicó lo mismo que me acababa de comunicar a mí. Carmen no objetó nada; Milena dijo que aquello la tomaba por completo por sorpresa y que tenía que reflexionar.

Lo cierto es que salí de allí decidida a aceptar lo que había acordado la empresa. Me parecía inoportuno, me parecía un disparate, me parecía una torpeza —sobre todo faltando, como faltaba, solo un año para mi jubilación—, pero no tenía las menores ganas de entablar batalla. ¿Para conseguir qué? ¿Y contra quién?

Sin embargo, la gente que me rodeaba no opinó lo mismo. Ana María Moix y Marisa Blanco, directora de «Babelia» en *El País* que estaba de paso en Barcelona, se plantaron en mi casa y se pasaron lo que quedaba de tarde convenciéndome de que aquello no podía quedar de ese modo; si no quería pelearlo por mí, tenía que pelearlo por otros, tanta otra gente que sufría los mismos atropellos y no podía defenderse, mientras que yo sí podía y estaba por lo tanto obligada a hacerlo. Se corrió la voz. Llovieron las llamadas telefónicas. Joaquín Monclús opinó que

deberían dimitir todos los que trabajaban conmigo. Jorge Herralde, que jamás me ha fallado como amigo ni como editor ni como nada, me mandó copia de un artículo feroz que iba a mandar a la prensa. Javier Pastor tomó el primer avión desde Madrid y se presentó en Barcelona para estar a mi lado.

Después de varias llamadas sin que yo me pusiera al teléfono, consentí en volver al despacho de Juan Pascual, esta vez acompañada del abogado que había trabajado muchos años para Lumen, había negociado su venta y gozaba de mi confianza. Juan me dijo que cómo podía haberme tomado las cosas así, que no nos habíamos entendido, que podía seguir en mi puesto el tiempo que decidiera, y que además él me quería mucho y le constaba que yo —aunque mi timidez me impidiera demostrarlo— también le quería. Todo me parecía un disparate, pero lo cierto es que, si bien estaba segura de que Juan —y menos que nunca en aquel momento— no me quería en absoluto, y todavía más segura de que yo no le había querido nunca, no sentía tampoco una especial animadversión contra él, no me parecía siquiera un mal tipo. Cumplía sencillamente el papel que le correspondía, hacía lo que tocaba.

Respondí que solo quería conservar mi cargo tres meses más, hasta que se celebrara el cuarenta aniversario de Lumen, tal como estaba programado y anunciado (no le pregunté, pero me preguntaba, cómo pensaban arreglárselas para celebrarlo sin mí).

Así pues, en octubre montaron en el piso de Milena una fiesta espectacular. Supongo que la mala conciencia colectiva hizo que Carmen echara la casa por la ventana y que nadie protestara ni por la fiesta ni por el Rolex que me regalaron. Encargaron también un pastel enorme, monumental, en forma de cocodrilo, en memoria de aquel primer libro de Lumen, *Las lágrimas de cocodrilo*, que Marta Pessarrodona vendía en el tren de Terrassa cuarenta años atrás. Vinieron —algunos de muy lejos— casi todos los amigos que me importaba que estuvieran aquella noche conmigo (todos menos uno: Joaquín Monclús), y charlamos y bebimos juntos hasta el amanecer. Fue bonito.

Poco antes se había celebrado la convención anual del grupo. Esta vez en Túnez. La situación no era cómoda para mí, pero decidí asistir. No me puse chilaba ni gorrito, ni canté, ni bailé, ni conté chistes (entre otras cosas porque un ataque de ciática me tenía doblada de dolor), pero me senté con mi hija, con Carmen y con Andreu Jaume en la mesa del estrado, para exponer el programa editorial del año, y en uno de esos gestos aparentemente inútiles, pero que justifican seguir vivo y adelante, ninguno de los cuatro expuso argumentos de venta, ninguno habló de televisión ni de cine ni de personajes y temas mediáticos: durante casi una hora, y sin que seguramente nos escuchara nadie, hablamos solamente de libros y de literatura.



Jorge Herralde, Esther Tusquets y Oscar Tusquets, fotografiados en una caseta de la Fiesta Mayor de Sant Feliu de

Guixols. Verano de 1960.



Magín Tusquets —sin el cual la aventura de Lumen no hubiera sido posible— con la perrita Safo. En aquellos años, cuando le preguntaban a Carmen Balcells qué hubiera querido ser en la vida, ella respondía: «Hija de Magín Tusquets». Yo he tenido la suerte de serlo.



Nuestro primer stand en la Feria de Frankfurt. Lo diseñaron Oscar y Lluís y transportamos desde Barcelona las piezas encima del dos caballos.



Camilo José Cela con el primer libro que editó en Lumen, *Toreo de salón*.



Con Terenci Moix, quizás el mismo día que acordamos publicar en Palabra en el Tiempo *El día que murió Marilyn*.



Con Miguel Delibes, en el campo, a la hora de la siesta: un momento de paz casi perfecta. La fotografía la hizo Oriol Maspons.



Lluís Clotet, Oriol Maspons, Alexandre Cirici y Oscar Tusquets, autores del texto, las fotos y la maqueta de uno de los libros más hermosos (y trabajosos y difíciles) editados en Lumen, *Arquitectura gòtica catalana*.



Esteban Busquets, Matilde Urrutia y Pablo Neruda ante el Ayuntamiento de Barcelona, una tarde de abril de 1967. Oriol Maspons nos sacó un montón de fotos, de las que solo ha sobrevivido esta.



Umberto Eco presenta en Barcelona *Apocalípticos e integrados*. En la foto: Antonio y Lolita Vilanova, yo, Eduardo García Rico, Esteban Busquets, Emilio Blay y, agachado en el centro, Umberto.



Ana María Moix —una de las cosas realmente buenas que me han pasado en la vida— con mi hija Milena. Ana, como regalo de nacimiento, escribió para ella un libro infantil, *La maravillosa colina de las edades primitivas*, del que le cedió los derechos de autor, y una preciosa carta de bienvenida a este complicado mundo.



Los editores de Distribuciones de Enlace: Carlos Barral, Pedro Altares, Paco Fortuny, Alfonso Carlos Comín, Romà Cuyàs, Jorge Herralde, Rafael Martínez Alés, Beatriz de Moura y yo. (No logro recordar quién es la muchacha del centro de la foto.)



Cuatro mujeres de larga presencia en Lumen: Flora Marqués, nuestra primera empleada, que murió todavía muy joven; Rosa Casasayas, que empezó a trabajar con nosotros siendo casi una niña; Carmen Giralt, durante muchos años mi mano derecha y una de mis mejores amigas, y yo.

En París, delante del hotel que me había aconsejado Carlos Barral.



Con Ana María Matute, en una presentación de *El mismo mar de todos los veranos*.



Con tres poetas, grandes amigos, que editaron en Lumen su poesía completa: José Agustín Goytisolo, Jesús Lizano y José María Valverde.



Tres novelistas españolas —Esther Tusquets, Carmen Martín Gaité y Cristina Fernández Cubas— se divierten (y divierten al público) en Nueva York.

Siempre, desde muy pequeña, me habían gustado apasionadamente los libros. Quizá sería más exacto decir que siempre, hasta donde alcanza mi memoria, me había apasionado que me contaran historias.



Esther Tusquets, la gran escritora y editora que transformó Lumen desde sus orígenes en los sesenta, como una editorial franquista y católica, en un sello literario de referencia, escribió este libro alentada por su hija, la escritora Milena Busquets, quien luego dirigiría también el sello: «Esto es lo que quiero que escribas. No unas memorias solemnes, sino estas pequeñas anécdotas que constituyen la vida cotidiana de una editorial y que cuando las cuentas tú resultan divertidas». El resultado es este libro iluminador y emocionante, indispensable para los amantes de la literatura y de la edición, que, como no podía ser de otro modo con una autora que «vive como editora todas las horas del día y sueña con libros la mayor parte de las noches», recoge, por supuesto, anécdotas y retratos inolvidables de grandes escritores y agentes —Mario Vargas Llosa, Carmen Martín Gaité, Camilo José Cela, Miguel Delibes, Umberto Eco o Carmen Balcells— y los avatares de una gran aventura editorial, en la que no han faltado dificultades y momentos amargos, pero también ese «momento sublime para el editor: aquel en que abre el original de un perfecto desconocido y se encuentra ante una obra importante».

«Es una escritora proustiana que utiliza la memoria como arma de conocimiento. Con ella realiza un espléndido ajuste de cuentas con las costumbres de la España del último medio siglo.»

ANA MARÍA MOIX

«Con una sinceridad fuera de lo corriente, llevó el género de la autobiografía hacia caminos desconocidos en España.»

JOSEP MARIA CASTELLET

«Uno de los grandes testigos de la vida de la burguesía catalana en la segunda mitad del siglo xx y una de las escritoras más dotadas para la evocación en la literatura española.»

El Mundo

«Una mujer enormemente sensible, luchadora, crítica, gran escritora y magnífica editora. Esther Tusquets era una persona que ha contribuido como muy poca gente a lo que somos nosotros mismos, este país nuestro, desde el punto de vista cultural.»

FERRAN MASCARELL

«Aparcada la vertiente de editora, renació la de escritora, pero esta vez con esa famosa sensación de ir dejando lastre, que impregnaba su literatura pero que acentuaría centrándose directamente en recuerdos y en memorias.»

El País

«Estas *Confesiones de una editora poco mentirosa* de Esther Tusquets muestra una vida interesantísima y con contradicciones sobre la que ha hablado y escrito mucho, muchísimo.»

The Huffington Post

«Al estilo de las crónicas de los clásicos, estas *Confesiones de una editora poco mentirosa* constituyen el relato, escueto y sostenido, de los avatares de una aventura editorial que, iniciada a finales de los años sesenta, como una minúscula empresa familiar, se convertiría en una de las editoriales más prestigiosas del país.»

Quelibroleo

Esther Tusquets nació en 1936 y murió en 2012 en Barcelona. Cursó estudios de Filosofía y Letras (con especialidad de Historia) en las universidades de Barcelona y Madrid. Dirigió durante cuarenta años la editorial Lumen. Tuvo dos hijos (uno de ellos es la escritora Milena Busquets). Se inició tardíamente como escritora, en 1978, con la novela *El mismo mar de todos los veranos* a la que siguieron *El amor es un juego solitario* (1979), *Varada tras el último naufragio* (1980), *Para no volver* (1985), *Con la miel en los labios* (1997), *Correspondencia privada* (2001) y *¡Bingo!* (2007), muchas de las cuales fueron traducidas a varios idiomas. Publicó, además, los volúmenes de relatos *Siete miradas en un mismo paisaje* (1981) y *La niña lunática y otros cuentos* (1996); la recopilación de textos ensayísticos *Prefiero ser mujer* (2006) y *Pequeños delitos abominables* (2010), varios para niños, y sus memorias, integradas por *Confesiones de una editora poco mentirosa* (2005; Lumen 2020), *Habíamos ganado la guerra* (2007) y *Confesiones de una vieja dama indigna* (2009).

Edición en formato digital: enero de 2020

© 2005, Esther Tusquets

© 2020, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial

Fotografía de portada: © Oriol Maspons

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-264-0579-1

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

[1] Carme Riera, excelente escritora y gran amiga (en Lumen editamos su *Tiempo de espera*), me dice que se trataba del escritor Alberto Rojas Jiménez, amigo de juventud, y que fue en Barcelona donde Neruda escribió el hermoso poema «Alberto Rojas Jiménez viene volando». También me comenta que a Neruda no le gustaba entonces Barcelona y estaba deseando marcharse a Madrid, pero ni aquella primera tarde ni en ninguno de los posteriores encuentros en mi ciudad hizo comentario alguno que permitiera suponer la persistencia de tal animadversión.

[2] Por fin se lo he preguntado a Marta y me ha dicho: «Sí me enfadé con Gabriel, pero no porque yo estuviera en contra del encierro, sino porque, oponiéndose él como se oponía a mi militancia política, era absurdo que se encontrara, sin saber cómo ni por qué, metido allí».

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

Confesiones de una editora poco mentirosa

1. A veces un libro empieza por el título
2. Una editorial franquista, religiosa y moralizante nos cae inesperada y, como corresponde, de los cielos
3. Cómo una familia bastante normal pasa del seny a la rauxa
4. Primer encuentro con un autor importante: Ana María Matute
5. ¿Vale una imagen más que mil palabras?
6. Palabras, palabras, palabras...
7. El controvertido Camilo José Cela, de quien estuve a punto de llegar a ser amiga
8. Delibes, Castilla, las perdices rojas
9. «Enfermizo perfeccionismo» de un autor (Mario Vargas Llosa) y laboriosa elaboración de un espléndido relato (Los cachorros)
10. Tres pesadillas del pequeño editor: la censura, las traducciones, los autores en busca desesperada de que alguien los publique
11. La mayoría de edad: editar narrativa y conocer a Carmen Balcells
12. Una niña flaca, introvertida, vestida de cortina, y su hermano Terenci
13. Su amigo Pedro (Pere, el Gimfe) y, a través de Pedro, Juan Benet
14. Una tarde con Neruda en la Barcelona franquista
15. Ana María, Sitges y la felicidad
16. Dos golpes de suerte: Mafalda y El nombre de la rosa
17. Distribuciones de Enlace: ocho editores atípicos, independientes y comprometidos
18. Con Carlos Barral por tierras levantinas y andaluzas
19. Recuerdos muy personales del encierro en Montserrat

20. El mismo mar de todos los veranos

21. Carmiña en sus cartas

22. Mujeres en Lumen

23. Una colección de poesía, un premio y un primer ganador

24. Otros poetas: José María, José Agustín, Jaime, Juan, Mario, Cristina, Jesús, José Luis...

25. Dos magníficas sorpresas: Gustavo Martín Garzo y Javier Pastor

26. Mi experiencia en una multinacional: sinergia, argumentos de venta, convenciones pintorescas

27. Punto final

Imágenes

Sobre este libro

Sobre Esther Tusquets

Créditos

Notas